

La Vida de Jesucristo

James Stalker

- **Capítulo 1**: Nacimiento, infancia y juventud de Jesús
- **Capítulo 2**: La nación y época
- **Capítulo 3**: El año de retiro
- **Capítulo 4**: El año de popularidad
- **Capítulo 5**: El año de oposición
- **Capítulo 6**: El fin
- **Conclusión**

Capítulo I

NACIMIENTO, INFANCIA Y JUVENTUD DE JESÚS

La natividad

Augusto César ocupaba el trono del imperio romano, y bastaba un movimiento de su dedo para poner en juego la maquinaria del gobierno sobre casi todo el mundo civilizado. Estaba orgulloso de su poder y riquezas, y era una de sus ocupaciones favoritas preparar un registro de las poblaciones y de los productos de sus vastos dominios. Por esto promulgó un edicto, como dice Lucas el evangelista, "que toda la tierra fuese empadronada", o para expresar con más exactitud lo que las palabras quieren decir, que se hiciera un censo de todos sus súbditos, para que sirviera como base para futuras contribuciones.

Uno de los países afectados por este decreto fue Palestina, cuyo rey, Herodes el Grande, era vasallo de Augusto. Esto puso a toda la tierra en movimiento; porque, de conformidad con la antigua costumbre judaica, el censo se tomaba, no en las localidades en donde los habitantes residieran sino en los lugares a que pertenecían como miembros de las doce tribus originales.

Entre las personas que el edicto de Augusto, desde lejos, arrojó a los caminos, estaba una humilde pareja de la villa de Nazaret de Galilea, José, carpintero de la aldea, y María, su esposa. Para inscribirse en el registro debido, tenían que hacer un viaje de unos 150 kilómetros, porque a pesar de ser aldeanos, tenían en sus venas la sangre de reyes y pertenecían a la antigua y real ciudad de Belén, en la parte meridional del país. Día por día la voluntad del emperador, como

una mano invisible, los impulsaba hacia el sur, por el pesado camino, hasta que por fin ascendieron la pedregosa subida que conducía a la puerta de la población; él amedrentado de ansiedad, y ella casi muerta de fatiga.

Llegaron al mesón, pero lo hallaron atestado de forasteros que llevando el mismo negocio que ellos, habían llegado con anticipación. Ninguna casa abrió amistosamente sus puertas para recibirlos, y se resolvieron a preparar para su alojamiento un rincón del corral, que de otro modo hubiera sido ocupado por las bestias de los numerosos viajeros. Allí, en esa misma noche, ella dio a luz a su hijo primogénito; y por no haber una mano femenil que la ayudara, ni cama que lo recibiera, lo envolvió ella misma en pañales y lo acostó en un pesebre.

De esta manera fue el nacimiento de Jesús. Nunca comprendí bien lo patético de la escena hasta que, estando un día en el cuarto de un antiguo mesón de la población de Eisleben, en la Alemania Central, me dijeron que en ese mismo punto, cuatro siglos hacía, en medio del ruido de un día de mercado y la confusión de un mesón, la esposa del pobre minero Hans Lutero, que estuvo allí en un negocio, sorprendida como María por una angustia repentina, dio a luz, en medio de tristeza y pobreza, al niño que había de ser Martín Lutero, el héroe de la Reforma y el creador de la Europa moderna.

A la mañana siguiente, el ruido y la actividad comenzaron de nuevo en el mesón y en el corral. Los ciudadanos de Belén seguían con sus ocupaciones; el empadronamiento continuaba; y entre tanto el más grande suceso de la historia del mundo se había verificado. Nunca sabemos dónde pueda estarse iniciando el comienzo de una nueva época. La venida de cada nueva alma al mundo es un misterio y un arca cerrada llena de posibilidades. Sólo José y María conocían el tremendo secreto; que sobre ella, la virgen rústica y esposa del carpintero, se había conferido la honra de serla madre de Aquel que era el Mesías de su raza, el Salvador del mundo y el Hijo de Dios.

Había sido predicho en la antigua profecía que el había de nacer en ese mismo punto: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel". El decreto del soberbio emperador hizo caminar hacia el sur a la fatigada pareja; pero otra mano los iba guiando, la de Aquel que encamina los intentos de emperadores y reyes, de estadistas y parlamentos, para llevar a cabo Sus propios propósitos, aunque ellos no lo conozcan. Los guiaba él que endureció el corazón de Faraón, llamó a Ciro como esclavo a sus pies, hizo del poderoso Nabucodonosor siervo suyo, y de la misma manera podía dominar para su magno propósito la soberbia y la ambición de Augusto César.

El grupo alrededor del niño

Aunque Jesús hizo su entrada al teatro de la vida de una manera tan humilde y silenciosa; aunque los ciudadanos de Belén ni soñaban lo que pasaba entre ellos; aunque el emperador de Roma ignoraba que su decreto había tenido que ver con el nacimiento de un rey que había de reinar no sólo sobre el mundo romano, sino también sobre muchas tierras en donde las águilas romanas no llegaron jamás; aunque a la mañana siguiente la historia del mundo seguía ruidosamente las vías de sus intereses ordinarios, completamente inconsciente del suceso que acababa de verificarse, sin embargo, este acontecimiento no pudo dejar del todo de llamar la

atención. Tal como la criatura saltó en el vientre de la anciana Elizabet cuando se le acercó la madre del Señor, así cuando apareció Aquel que traía consigo un mundo nuevo, anticipaciones y presagios de la verdad nacieron en varios de los representantes del mundo antiguo que había de desaparecer. Aquí y allá, un temblor indefinido y apenas perceptible, conmovió a almas sensibles que estaban en espera, y las reunió alrededor de la cuna del niño. ¡Ved al grupo que se juntó para mirarle! Representa en miniatura toda su historia futura.

Primero vinieron los *pastores*, de los campos vecinos. Lo que no fue visto por los reyes y los grandes del mundo, fue motivo que arrebató a los príncipes del cielo hasta hacerles romper los límites de la invisibilidad con que se revisten, para expresar su gozo y explicar la significación del gran suceso. Y buscando los corazones más dignos para comunicarlo, los hallaron en estos sencillos pastores, que pasaban una vida de contemplación y oración en los campos llenos de instructivos recuerdos; en donde Jacob había guardado sus rebaños, donde Booz y Rut se casaron, y David, el personaje máximo del Antiguo Testamento, pasó su juventud. Allí aprendían éstos, por el estudio de los secretos y necesidades de sus propios corazones, mucho más, tocante a la naturaleza del Salvador venidero, que lo que pudiera aprender el fariseo en medio de la pompa religiosa del templo, o el escriba hurgando a ciegas en las profecías del Antiguo Testamento. El ángel los dirigió a donde estaba el Salvador, y se apresuraron a ir a la aldea para hallarlo. Eran representantes de la gente aldeana "de corazón bueno y recto" que más tarde formó la mayor parte de sus discípulos.

Después de ellos vinieron *Simeón y Ana*, representantes de los devotos e inteligentes escrutadores de las Escrituras que en aquel tiempo esperaban que apareciera el Mesías, y después vinieron a ser algunos de sus más fieles adherentes.

Al octavo día después de su nacimiento, el niño fue circuncidado, "conforme a la ley", ingresó en el pacto y con su propia sangre escribió su nombre en la lista de la nación. Poco después, cuando terminaron los días de la purificación de María, lo llevaron de Belén a Jerusalén para presentarlo al Señor en el templo. Era "el Señor del templo entrando al templo del Señor"; pero pocos de los que visitaban el sagrado recinto deben de haber recibido menos atención por parte de los sacerdotes, porque María, en vez de ofrecer el sacrificio que era usual en semejantes casos, sólo pudo ofrecer dos tórtolas, la ofrenda de los pobres.

Sin embargo, había ojos que observaban, sin ser deslumbrados por la ostentación y el brillo del mundo, ante los cuales la pobreza del niño no lo ocultaba. Simeón, el anciano santo, que en respuesta a sus oraciones había recibido promesa secreta de que no moriría sin que hubiera visto al Mesías, encontró a los padres con el niño. Como un rayo pasó por su inteligencia la idea de que éste, por fin, era Aquél; y tomándolo en sus brazos, alabó a Dios por la venida de la luz que iba a ser revelada a los gentiles y la gloria de su pueblo Israel.

Mientras hablaba, otro testigo entró en el grupo. Era Ana, viuda piadosa que literalmente moraba en los atrios del Señor y había limpiado la vista de su espíritu con la eufrasia y la ruda de la oración y el ayuno, hasta que pudo traspasar con una mirada profética el velo del sentido. Agregó su testimonio al del anciano, alabando a Dios y confirmando el tremendo secreto a las otras almas que estaban en espera y en busca de la redención de Israel.

Los pastores y estos ancianos santos estaban cerca del punto en que el nuevo poder entraba al mundo. Pero el mismo suceso conmovió a almas susceptibles que estaban a una distancia mucho mayor. Es probable que fuera después de la presentación en el templo y después que sus padres habían vuelto a Belén, adonde querían fijar su residencia en vez de Nazaret, que Jesús fue visitado por los sabios del Oriente. Estos eran miembros de la clase instruida conocida por el nombre de *magos*, depositarios de la ciencia, la filosofía, la habilidad médica y los misterios religiosos de los países de más allá del Eufrates.

Tácito, Suetonio y Josefo nos dicen que prevalecía, en las regiones de donde vinieron los magos, una expectación general de que un gran rey iba a levantarse en Judea. Sabemos también, por los cálculos del gran astrónomo Kepler, que en ese mismo tiempo se veía en el cielo una brillante estrella temporaria. Los magos se dedicaban con ardor al estudio de la astrología y creían que todo fenómeno extraordinario en el cielo era señal de algún suceso notable en la tierra; y es posible que, viendo alguna relación entre esta estrella, a la cual indudablemente su atención estaba activamente dirigida, y esa expectación general de que hablan los antiguos historiadores, se dirigieran hacia el Occidente para ver si esta esperanza había sido cumplida. Pero debe de haberse despertado en ellos un deseo más profundo, al que Dios respondió. Si su indagación comenzó por la curiosidad y la especulación científica, Dios la condujo en adelante hasta llegar a la verdad perfecta.

Este es su modo de actuar siempre. En vez de increpar a los imperfectos, él nos habla en lenguaje que comprendemos, aunque exprese su idea muy imperfectamente y de este modo nos conduce a la verdad perfecta. De la misma manera que hizo uso de la astrología para conducir a la astronomía, y de la alquimia para conducir a la química, y tal como el Renacimiento literario precedió a la Reforma, así él empleó la erudición de estos hombres, que era mitad error y superstición, para conducirnos a la luz del mundo. La visita de ellos era una profecía de cómo, en el futuro, el mundo gentil recibiría la doctrina y salvación divinas y traería sus riquezas y talentos, su ciencia y filosofía para ofrecerlos a los pies de Jesús.

Todos éstos se colocaron alrededor del niño para adorarle; los pastores con su sencilla admiración, Simeón y Ana con la reverencia aumentada por la sabiduría y la piedad de largos años, y por último los Magos con sus valiosos dones del Oriente y sus almas preparadas para recibir la instrucción. Pero mientras estos ilustres adoradores contemplan al niño, podemos ver con la imaginación cómo aparece tras ellos, un semblante siniestro y asesino.

Este era *Herodes*. Este príncipe ocupaba entonces el trono de la nación, el trono de David y de los Macabeos. Era un usurpador extranjero de baja cuna; sus súbditos lo aborrecían, y ocupaba el trono solamente por el favor de los romanos. Era capaz, ambicioso y espléndido. Sin embargo, tenía un alma tan cruel, astuta, sombría e impura, que solamente podía encontrarse entre los tiranos de los países orientales. Había sido culpable de todos los crímenes, y había por decirlo así hecho nadar su palacio en la sangre de su esposa, de sus tres hijos, y de muchos de sus parientes. Ahora en su vejez estaba atormentado por las enfermedades, los remordimientos, el odio del pueblo, y el cruel temor que le causaba el pensamiento de que se levantara un aspirante al trono que él había usurpado.

Los magos habían tenido que llegar a la capital para preguntar dónde había de nacer

Aquel cuya estrella habían visto en el Oriente. Esta pregunta hirió a Herodes en su punto más susceptible, pero con diabólica hipocresía ocultó sus temores. Habiendo sabido por los sacerdotes que el Mesías nacería en Belén, hacia allá dirigió a los extranjeros e hizo de modo que volviesen y le dijeran con exactitud dónde se encontraba el nuevo Rey, a quien esperaba destruir de un solo golpe. Sus planes fueron frustrados. Los magos, amonestados por Dios para que no volviesen, regresaron a su país por otro camino.

Entonces su furia estalló como tempestad y envió sus soldados a que matasen en la ciudad de Belén a todos los niños de dos años abajo. Tan fácil le hubiera sido hender una montaña de diamante como cortar la cadena de los designios divinos. Metió su espada al nido, pero ya el pájaro había volado. José y María huyeron con el niño a Egipto y allí permanecieron hasta la muerte de Herodes. Volvieron después, y residieron en Nazaret, siendo amonestados que no fueran a Belén, porque allí hubieran estado en los territorios de Arquelao, hijo de Herodes y semejante a su sanguinario padre. El semblante asesino de Herodes, contemplando de una manera malévola al niño, era una triste profecía de cómo los poderosos del mundo habían de perseguirlo y cortar su vida de sobre la tierra.

Los años de silencio en Nazaret Falta de informes fidedignos

Los datos que hasta aquí poseemos son relativamente completos; pero con su establecimiento en Nazaret, después del regreso de Egipto, se acaban nuestros informes. Lo demás de la vida de Jesús, hasta el principio de su ministerio público, nos está encubierto con un denso velo que se levanta una sola vez.

Nosotros habríamos deseado que la narración hubiese continuado, siendo igualmente completa con respecto a los años de su niñez y juventud. En las biografías modernas hay pocas partes más interesantes que las anécdotas que relatan de la juventud de sus héroes, porque en éstas podemos ver, en miniatura y con encantadora simplicidad, el carácter y el plan de su vida en el porvenir, ¿Qué no daríamos por saber los hábitos, las amistades, los pensamientos, las palabras y las acciones de Jesús, durante tantos años? Pero así plugo a Dios, cuyo silencio no es menos admirable que sus palabras.

Era natural que donde Dios había guardado silencio y la curiosidad era muy intensa, la imaginación del hombre procurara llenar el vacío. Por eso, en los primeros tiempos de la iglesia, aparecieron evangelios apócrifos, pretendiendo dar todos los detalles de los acontecimientos que los evangelios inspirados no mencionan. Están llenos especialmente de dichos y hechos de la niñez de Jesús. Pero estos escritos sólo manifiestan cuan incapaz es la imaginación humana de tratar semejante tema, y por el contraste de su oropel y exageración, ponen en relieve la solidez y veracidad de la narración de las Escrituras. Ellos le hacen autor de frívolas maravillas, diciendo que hacía pájaros de barro y los echaba a volar, y que cambiaba en cabritos a sus compañeros de juego, etc. En una palabra, son colecciones de fábulas indignas y blasfemas.

Un mal éxito tan grotesco nos amonesta a no entrometer la imaginación en el recinto sagrado. Bástanos saber que él crecía en sabiduría, en estatura, y en favor con Dios y con los hombres. Fue un niño y un joven real y pasó por todos los grados de un desarrollo natural. Su cuerpo y su inteligencia crecían juntos, el primero aumentándose en vigor, y la otra adquiriendo

conocimientos y poder. Su carácter, en continuo crecimiento, manifestaba tal gracia que cualquiera que le viese descubría y amaba su bondad y pureza.

Pero aunque no se nos permite dar rienda suelta a nuestra imaginación, no se nos prohíbe y es más bien nuestro deber hacer uso del material auténtico que nos proporcionan costumbres de la época o incidentes de su vida posterior que se relacionan con su edad temprana, para enlazar la infancia con el período de su vida en que los evangelistas toman de nuevo el hilo de la biografía. Y es posible que de este modo adquiramos, a lo menos en cierto grado, una idea verdadera de lo que él era como niño y como joven, y entre cuáles influencias continuó su desarrollo durante tantos años de silencio.

Su hogar

Sabemos cuáles fueron las influencias del hogar en que fue educado. Su hogar era uno de aquellos que hacían la gloria de su país como la hacen de los nuestros, hogares de piadosos e inteligentes artesanos. José, el jefe de la familia, era un hombre sabio y santo; pero el hecho de que no se le menciona en el resto de la vida de Jesús ha hecho que se crea generalmente que murió durante la juventud de Cristo, dejando a es e el cuidado de la familia.

Su madre probablemente ejerció la más decisiva de todas las influencias exteriores sobre el desarrollo de Jesús. Lo que era ella puede inferirse del hecho de haber sido escogida de entre todas las mujeres del mundo, para ser coronada con el más alto honor que a una mujer pudiera concedérsele. El cántico que de ella nos queda, tocante a su gran privilegio, nos la presenta como un alma religiosa, rebotante de fervor poético y de patriotismo, y como una mujer que estudiaba las Escrituras y especialmente lo relativo a las mujeres célebres, porque está saturado del Antiguo Testamento y amoldado sobre el cántico de Ana. Ella no fue una reina milagrosa de los cielos, como la califica la superstición, sino una mujer pura, eminentemente santa, amante y de alma elevada. No necesita ella más aureola. Bajo el influjo del amor de María crecía Jesús, que igualmente la amaba con amor ardiente.

Había otros miembros de la familia; tenía hermanos y hermanas. De dos de ellos, Santiago y Judas, tenemos Epístolas en las Escrituras, y por ellas podemos conocer sus caracteres. Tal vez no sea irreverente inferir del tono severo de sus escritos, que en el estado de incredulidad deben de haber sido de carácter duro y poco simpático. Nunca creyeron en Jesús durante su vida y probablemente no fueron sus compañeros muy íntimos en Nazaret. Es probable que estuvo solo la mayor parte del tiempo, y lo patético de su dicho que "no hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa" tuvo también aplicación aun antes de que él iniciara su ministerio.

Influencias educativas

Jesús recibió su educación en casa, o tal vez en la de algún escriba de la sinagoga de la aldea; pero fue solamente la educación de un pobre. Como decían con desprecio los escribas, "nunca había aprendido", o como nosotros diríamos, no era graduado de ninguna institución. Esto es cierto; pero el amor al saber se había despertado en él en edad muy temprana. Todos los días experimentaba la alegría que produce la buena y profunda meditación. Tenía la mejor clave

para adquirir conocimientos: la inteligencia lista y el corazón amante; y los tres grandes libros: la Biblia, el Hombre, y la Naturaleza, estaban abiertos delante de él.

Es fácil comprender el entusiasmo ferviente con que Jesús se dedicó al estudio del *Antiguo Testamento*. Sus dichos, llenos de citas de él, nos dan una prueba muy convincente de que este estudio formaba, por decirlo así, el alimento de su inteligencia y el consuelo de su alma. El estudio que hizo de las Escrituras en su juventud fue el secreto de la admirable facilidad con que hacía uso de ellas en lo sucesivo para enriquecer su predicación y reforzar su doctrina, para resistir los asaltos de sus opositores, y para vencer las tentaciones del maligno.

Las citas que hizo Jesús de aquellas Escrituras nos indican también que las leyó en el original hebreo y no en la versión griega que se usaba generalmente. El hebreo era idioma muerto aun en Palestina, tal como actualmente lo es el latín en Italia; pero era natural que él deseara leer las Escrituras en las mismas palabras en que fueron escritas. Aquellos que no han logrado tener una buena educación, pero que con muchas dificultades han logrado aprender lo suficiente del griego para leer el Nuevo Testamento, entenderán mejor como Cristo, en una aldea, se posesionaría de aquel antiguo idioma y con cuánto deleite se dedicaría al estudio de los pergaminos de la sinagoga o de los manuscritos que él mismo pueda haber tenido. El idioma en que él hablaba y pensaba familiarmente era el arameo, rama del mismo tronco a que pertenecía el hebreo. Tenemos fragmentos de éste en algunos de los dichos memorables de Jesús, tales como: "Talita, cumi", y "Eloi, Eloi, lama sabactani". Por otra parte, tuvo la misma oportunidad de aprender el griego, que un muchacho nacido en Panamá o en Puerto Rico tendría para aprender el inglés, pues Galilea de los gentiles estaba habitada por muchos que hablaban el griego. De modo que él poseyó, probablemente, tres idiomas: uno, el gran idioma religioso del mundo, en cuya literatura estaba profundamente versado; otro, el más perfecto que jamás ha existido para expresar las ciencias y los conocimientos humanos, aunque no tenemos evidencia de que estuviese familiarizado con las grandes obras de literatura griega; y el tercero, el idioma del pueblo al cual con especialidad dirigía sus predicaciones.

Hay pocos lugares donde *la naturaleza humana* pueda estudiarse mejor, que en un pequeño pueblo o aldea, porque allí se conoce casi totalmente la vida y carácter de sus habitantes. En una ciudad puede verse mayor número de personas, pero con pocas está uno relacionado íntimamente, porque allí sólo la vida exterior es visible; no así en una aldea, donde la vista exterior es reducida, pero la interior es profunda y la espiritual ilimitada. Nazaret era una ciudad notable por su maldad, como puede muy bien inferirse de aquella pregunta proverbial: "¿De Nazaret puede haber algo de bueno?". Jesús no conocía el pecado en su propia alma, pero en la ciudad tenía delante la exhibición completa del tremendo problema del mal con el cual era su misión luchar.

Entraba en contacto íntimo con la naturaleza humana por motivo de su oficio. No cabe duda de que él trabajaba como carpintero en el taller de José. ¿Quiénes podían conocerlo mejor que los que vivían en el mismo lugar y los que, más tarde, admirados por su predicación, exclamaron: "¿No es éste el carpintero? ". Sería difícil comprender plenamente la significación del hecho de que de entre todas las condiciones en que Dios pudiera haber colocado a su Hijo, durante su permanencia entre los hombres, escogiese la de un artesano. Este hecho selló con eterno honor el trabajo del obrero. Hizo también que Jesús se familiarizase con los sentimientos

de la multitud y le ayudó a conocer lo que es el hombre. Después se dijo que él sabía esto tan perfectamente, que no necesitaba que ningún hombre se lo enseñase.

Los viajeros nos dicen que el lugar en donde él creció es uno de los más hermosos de la tierra. Nazaret está situado en un valle apartado, en forma de cuenca, entre las montañas de Zabulón, precisamente en donde éstas descienden al valle de Esdraelón, con el cual está unido por una vereda escarpada y pedregosa. Sus blancas casas, con vides que trepan por las paredes, se medio ocultan entre los huertos y arboledas de olivo, higuera, naranjo y granado. Sus campos están divididos por cercas de cacto, y adornados con flores de diferentes colores. Tras la aldea se levanta una colina de 150 metros de altura, desde cuya cima se disfruta de una de las vistas más hermosas del mundo. Al norte se ven las montañas de Galilea, y las cumbres del Hermón cubiertas de nieve; al oeste, la cumbre del Carmelo, la costa de Tiro y las relucientes aguas del Mediterráneo; a unas cuantas millas al este, la masa cónica del Tabor; y al sur el llano de Esdraelón con las montañas de Efraín más allá.

La predicación de Jesús nos muestra cuan profundamente él había aspirado la esencia de la belleza natural y lo mucho que se había deleitado en los variados aspectos de las estaciones. Fue mientras andaba por estos campos cuando era joven que recogió aquellas hermosas figuras que usaba con tanta abundancia en sus parábolas y discursos. En aquella colina adquirió el hábito de su vida posterior, de retirarse a las montañas para pasar la noche en oración solitaria. Las doctrinas de su predicación no fueron formuladas en el momento de pronunciarlas. Fueron emitidas como una corriente al presentarse la ocasión, pero el agua de ella se había estado recogiendo en un recóndito manantial durante muchos años. Su doctrina la había desarrollado en los campos y en las montañas durante los años de feliz y tranquila meditación y oración.

Debe mencionarse todavía otra influencia educativa. Cada año, después de haber cumplido los doce años, iba con sus padres a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Afortunadamente tenemos el relato de la primera de estas visitas. Es la única ocasión durante treinta años, en que el velo de lo desconocido se levanta un tanto.

Todos aquellos que recuerdan su primer viaje de la aldea a la capital de su país, comprenderán el gozo y agitación que debe de haber experimentado Jesús al salir del hogar. Por más de 100 kilómetros el camino atraviesa una región de la cual cada kilómetro rebosaba de recuerdos históricos e inspiradores. Él se unió a la creciente caravana de peregrinos que caminaban, llenos de entusiasmo religioso, para conmemorar la gran fiesta eclesiástica del año. Se dirigía hacia una ciudad que cada corazón judío amaba con una intensidad mayor que la que se haya dado jamás a cualquier otra capital. Una ciudad llena de objetos y recuerdos a propósito para tocar las más profundas fuentes de interés y emoción en su alma.

En tiempo de la Pascua la ciudad hervía con forasteros de más de 50 países diferentes, que hablaban otros tantos idiomas y vestían otros tantos trajes diferentes. Jesús tomaba parte, por primera vez, en una solemnidad antigua y llena de recuerdos patrióticos y sagrados. No ha de extrañarnos que cuando llegó el día en que debía volver, estuviese tan excitado con los nuevos objetos de interés, que no se uniese a la compañía en el lugar y tiempo señalados. Un lugar fascinaba su interés sobre cualquier otro: el templo, y especialmente la escuela donde enseñaban los maestros de la sabiduría. Su mente rebosaba de preguntas, cuya aclaración podía pedir

a aquellos doctores. Su sed de sabiduría tenía la primera oportunidad para satisfacerse. Allí pues, escuchando a los oráculos de la sabiduría de aquel tiempo y con la excitación pintada en su semblante, le hallaron sus atribulados padres, que volvían con ansiedad para buscarlo, habiéndole echado de menos después de la primera jornada hacia el Norte.

Su respuesta a la pregunta un tanto represiva de su madre, descubre el carácter de su alma en el tiempo de su juventud, y nos deja ver ampliamente los pensamientos que lo ocupaban en las campiñas de Nazaret. Nos muestra que a pesar de su juventud se había elevado ya sobre las masas del pueblo, las que pasan la vida sin preguntarse cuál será la significación o el término de la existencia. Sabía que había de desempeñar una misión divinamente señalada, cuyo cumplimiento debía ser la sola ocupación de su vida. Este fue el pensamiento ardiente de toda su vida posterior. Debiera ser el primero y el último pensamiento de toda vida. En la vida posterior de Jesús vemos que con frecuencia repite en sus predicaciones ese pensamiento, y por último lo oímos resonar, cual campana de oro, al concluir su obra, en aquellas palabras tan solemnes: " ¡Consumado es!".

Se ha preguntado con frecuencia si Jesús supo siempre que era el Mesías, y en caso contrario, cómo y cuándo le vino este conocimiento; si le fue sugerido al oír a su madre referir la historia de su nacimiento, o si le fue anunciado por inspiración interior. ¿Vino este conocimiento de una sola vez, o gradualmente? ¿Cuándo fue que tomó forma en su alma el plan de su carrera, que llevó a cabo tan resueltamente desde el principio de su ministerio? ¿Fue el lento resultado de años de reflexión, o le vino instantáneamente? Estas preguntas han ocupado la atención de los más eminentes cristianos, y han recibido muy diferentes contestaciones. Y no me atreveré a resolverlas; mucho menos, teniendo delante la respuesta que dio a su madre, me permito pensar en que haya habido un tiempo en que no supiese cuál iba a ser su misión en este mundo.

Sus visitas subsecuentes a Jerusalén deben de haber tenido mucha influencia sobre el desarrollo de su carácter. Si volvió con frecuencia a escuchar y a hacer preguntas a los rabinos de las escuelas del templo, no debe de haber tardado en descubrir cuan superficial era su renombrada sabiduría. Es probable que en estas visitas anuales descubriese la completa corrupción de la religión de aquel tiempo, y la necesidad de una reforma radical tanto en la doctrina como en la práctica, y marcarse las prácticas y las personas que más tarde había de atacar con la vehemencia de su indignación sagrada.

Tales fueron las condiciones externas entre las cuales creció Jesús hasta la edad madura. Sería fácil exagerar la influencia que pudiera suponerse que ejercieron sobre su desarrollo. Mientras más grande y original sea el carácter, menos depende de las peculiaridades de su situación. Se alimenta de las fuentes profundas que tiene dentro de sí, y en su germen encierra un tipo que se desarrolla según sus propias leyes y que desafía las circunstancias. En otras circunstancias cualesquiera, Jesús hubiera llegado a ser, en todos los puntos esenciales, exactamente la misma persona que llegó a ser en Nazaret.

Capítulo 2

LA NACIÓN Y LA ÉPOCA

Llegamos ahora al tiempo en que, después de treinta años de silencio y retiro en Nazaret, iba Jesús a presentarse en el teatro de la vida pública. Es pues, el punto en que conviene hacer un examen de las circunstancias de la nación en la cual iba a trabajar, y formar un concepto claro de su carácter y de sus propósitos.

Toda biografía notable es el registro de la entrada al mundo de una nueva fuerza, que trae consigo algo diferente de todo lo que ha habido antes, y del modo en que esto nuevo es gradualmente incorporado con las fuerzas conocidas, para formar parte de lo futuro. Es obvio, pues, que los que quieren formarse idea de esta fuerza necesitan dos cosas: primero, una clara comprensión del carácter de la nueva fuerza misma; y segundo, una consideración del mundo en que se ha de incorporar. Sin ésta, no es posible entender la diferencia específica de aquélla, ni puede apreciarse la manera en que será recibida; es decir, la bienvenida que le sea dada o la oposición con que tenga que luchar. Jesús hizo al mundo el aporte más original tendiente a modificar la historia futura de la raza que lo que ha traído cualquier otro. Pero no podemos comprender ni su carácter, ni las dificultades que confrontó mientras procuraba incorporar en la historia el don que traía, sin tener una idea clara de la condición de la esfera en que iba a pasar su vida.

El teatro de su vida

Cuando al concluir el último capítulo del Antiguo Testamento, volteamos la hoja y vemos el primer capítulo del Nuevo, tendemos a pensar que en el tiempo de Mateo se hallaban las mismas personas y el mismo estado de cosas que en el de Malaquías. Pero no puede haber idea más errónea. Cuatrocientos años pasaron entre Malaquías y Mateo, y efectuaron en Palestina un cambio tan completo como no se ha efectuado en ningún otro país en igual tiempo. Hasta el lenguaje mismo del pueblo había cambiado; y ahora existían costumbres, ideas, partidos, e instituciones tales que si Malaquías hubiese resucitado, apenas habría conocido su país.

La condición política del país

Políticamente el país había pasado por vicisitudes extraordinarias. Después del cautiverio había sido organizado como una especie de Estado sagrado bajo la dirección de sus sumos sacerdotes; pero conquistador tras conquistador lo había hollado, cambiando todas las cosas. Por algún tiempo los valientes macabeos habían restaurado la antigua monarquía. La batalla de la libertad se había ganado muchas veces y otras tantas se había perdido; un usurpador ocupaba el trono de David; y por fin el país estaba completamente bajo el poder del gran imperio romano, que había extendido su dominio sobre todo el mundo civilizado. El país había sido dividido en varias porciones pequeñas, que el extranjero tenía bajo diferentes formas de gobierno tal como los ingleses gobernaban la India. Galilea y Perea eran gobernadas por reyezuelos, hijos de aquel Herodes bajo cuyo reinado nació Jesús, quienes mantenían con el imperio romano una relación semejante a la que tenían los reyes súbditos de la India para con la reina Victoria. Judea estaba bajo un oficial romano que era subordinado del gobernador de Siria y guardaba para con aquel

funcionario una relación como la del gobernador de Bombay con el gobernador general de Calcuta. Los soldados pasaban revista en las calles de Jerusalén; los estandartes romanos ondeaban sobre las fortalezas del país; los recaudadores del tributo del imperio se sentaban a las puertas de todas las ciudades. Al Concilio Sanedrín, órgano supremo del gobierno judío, le era todavía concedida una sombra de su poder; sus presidentes los sumos sacerdotes eran viles instrumentos de Roma, puestos y quitados según el capricho de aquélla. Tanto había caído la nación orgullosa, cuyo ideal siempre había sido gobernar el mundo, y cuyo patriotismo era una pasión religiosa y nacional tan intensa como nunca ardió en otro país alguno.

La condición religiosa y social

Respecto a la religión los cambios habían sido igualmente grandes y la caída igualmente completa. Es cierto que exteriormente parecía haber progreso en lugar de retroceso. La nación era mucho más ortodoxa que en ningún período anterior de su historia. En un tiempo, su peligro principal había sido caer en la idolatría; pero lo que había sufrido en la cautividad la había corregido de aquella tendencia para siempre. Desde entonces, dondequiera que han llegado los judíos han sido los monoteístas más intransigentes.

Después de la vuelta de Babilonia se organizaron los oficios y órdenes sacerdotales, y los servicios del templo y las fiestas anuales continuaron observándose en Jerusalén con estricta regularidad. Además se organizó una nueva y muy importante institución religiosa que casi dejó en segundo término el templo y su sacerdocio. Esta fue la Sinagoga con sus rabinos. Parece que antiguamente no existía, pero debe su existencia a la reverencia que se tenía a las Escrituras. Las sinagogas se multiplicaban dondequiera que había judíos, y cada sábado se llenaban con las congregaciones ocupadas en la oración; se pronunciaban exhortaciones por los rabinos— una nueva orden creada por la necesidad de que hubiera traductores del hebreo, en el que se encontraban las Escrituras y que había llegado a ser un idioma muerto—y se daba lectura a casi todo el Antiguo Testamento una vez al año, en oídos del pueblo. Se establecieron escuelas de teología semejantes a nuestros seminarios, donde se educaban los rabinos y donde los libros santos eran inspirados.

Pero, a pesar de toda aquella religiosidad, la religión había declinado tristemente. Las exterioridades se habían multiplicado y la espiritualidad había desaparecido. Por más ruda y pecaminosa que haya sido a veces la nación antigua, era capaz, aun en sus peores tiempos, de producir poderosas figuras religiosas que sostenían en alto el ideal de la vida y conservaban la relación entre la nación y el cielo; y las inspiradas voces de los profetas mantenían fresca y limpia la corriente de la verdad. Pero no se había oído la voz de ningún profeta desde hacía cuatrocientos años. Los libros de las antiguas profecías se conservaban con reverencia idolátrica; pero no había hombres con suficiente inspiración del Espíritu para entender lo que él mucho antes había escrito.

Los representantes de la religión de aquel tiempo eran *los fariseos*. Como su nombre hebreo lo indica, en su origen se levantaron como campeones de la separación de los judíos de entre las demás naciones. Era una idea noble mientras la distinción a que se daba importancia consistía en la santidad. Pero era mucho más difícil mantener esta distinción que la diferencia en las peculiaridades exteriores, tales como el vestido, el alimento, el lenguaje, etc. En el curso del

tiempo esta diferencia vino a sustituir aquélla.

Los fariseos eran ardientes patriotas, listos siempre para dar su vida por la libertad de su país, y aborrecían el lujo extranjero con intensidad apasionada. Despreciaban y aborrecían a las demás razas, y retenían con una fe tenaz la esperanza de un futuro glorioso para su país. Pero insistieron tanto en la misma idea que llegaron a creerse especialmente favorecidos del cielo simplemente porque eran descendientes de Abraham, y perdieron de vista la importancia del carácter personal. Multiplicaron las peculiaridades judaicas y sustituyeron con observancias exteriores tales como ayunos, oraciones, diezmos, abluciones, sacrificios, etc., la gran diferencia característica de amor hacia Dios y hacia el hombre.

Al partido fariseo pertenecía la mayor parte de *los escribas*. Se llamaban así porque eran a la vez intérpretes y copistas de las Escrituras y abogados del pueblo; pues estando el código legal de los judíos incorporado en las Escrituras, la jurisprudencia llegó a ser una rama de la teología.

Eran los principales intérpretes en las sinagogas, aunque se permitía hablar a todo varón que estuviera presente en el culto. Profesaban una reverencia ilimitada a las Escrituras, contando cada palabra y letra de ellas. Tenían magnífica oportunidad para difundir entre el pueblo los principios religiosos del Antiguo Testamento, exhibiendo los gloriosos ejemplos de sus héroes y diseminando las palabras de los profetas, pues la sinagoga fue uno de los medios más poderosos de instrucción que jamás se ha inventado en país alguno. Pero ellos perdieron del todo esta oportunidad. Formaron una estéril clase eclesiástica y escolástica, usaron de su posición para su propio engrandecimiento y despreciaron a aquellos a quienes daban piedras en lugar de pan, considerándolos como una canalla vulgar e ignorante. Lo más espiritual, esencial, humano y grande en las Escrituras lo pasaban por alto.

Generación tras generación se multiplicaban los comentarios de sus hombres notables, y los discípulos estudiaban los comentarios en vez del texto. Aún más, era entre ellos una regla que la interpretación correcta de un pasaje tenía tanta autoridad como el texto mismo; y puesto que las interpretaciones de los maestros famosos se considerabais correctas, el cúmulo de opiniones tenidas en tanto aprecio como la Biblia misma llegó a adquirir proporciones enormes. Estas eran "las tradiciones de los ancianos".

Gradualmente vino a estar en boga un sistema arbitrario de exégesis por el cual, cada opinión podía relacionarse con algún texto y recibir el sello de la autoridad divina. Cada una de las peculiaridades farisaicas que se inventaban era sancionada de este modo. Estas se multiplicaron hasta aplicarse a todos los detalles de la vida personal, doméstica, social y pública, y llegaron a ser tan numerosas que requerían toda una vida para aprenderlas. La instrucción de un escriba consistía en estar familiarizado con ellas, con los fallos de los grandes rabinos, y con las formas de exégesis que ellos habían sancionado. Esta era la hojaresca con que ellos alimentaban al pueblo en las sinagogas. Cargaban la conciencia con innumerables detalles, cada uno de los cuales se representaba tan divinamente sancionado como cualquiera de los diez mandamientos. Esta fue la carga intolerable que Pedro dijo que ni él ni sus padres habían podido soportar. Esta fue la horrible pesadilla que se apoderó, por tanto tiempo, de la conciencia de Pablo.

Pero tuvo consecuencias aún peores. Es una ley bien conocida de la historia que, siempre que el ceremonial es elevado al mismo nivel que la moral, ésta pronto se pierde de vista. Los escribas y los fariseos habían aprendido a hacer a un lado, mediante su exégesis arbitraria y sus discusiones casuísticas, las obligaciones morales de mayor peso, y compensaban el desprecio que de ellas hacían, aumentando las observancias rituales. Así podían ostentar el orgullo de la santidad, mientras daban rienda suelta a sus egoístas y viles pasiones. La sociedad estaba podrida por dentro con los vicios, y barnizada por fuera con una religiosidad engañosa.

Había un partido de protesta. *Los saduceos* impugnaban la autoridad que se daba a las tradiciones de los padres, demandaban que se volviera a la Biblia, y a nada más que la Biblia, y reclamaban la moralidad en lugar del ritual. Pero su protesta era efecto solamente de un espíritu de negación y no impulsada por el ardiente principio opuesto de religión. Eran escépticos, fríos y mundanos. Aunque alababan la moralidad, era una moralidad raquítica, y sin la iluminación de ningún contacto con las regiones elevadas de las fuerzas divinas, de donde debe venir la inspiración de una moralidad pura. Rehusaban sobrecargar sus conciencias con los penosos escrúpulos de los fariseos; pero era porque deseaban llevar una vida de comodidad y regalo. Ridiculizaban el exclusivismo farisaico, pero habían perdido lo que era más propio del carácter, la fe y las esperanzas de la nación. Se mezclaban libremente con los gentiles, afectaban la cultura griega, acostumbraban diversiones extranjeras, y consideraban inútil pelear por la libertad de la patria. Una de las ramas extremas de esta secta eran *los herodianos*, quienes aprobaban la usurpación de Herodes, y trataban, por medio de cortesés lisonjas, de ganarse el favor de los hijos de éste.

Los saduceos pertenecían principalmente a *las clases más elevadas y ricas* de la sociedad. Los fariseos y los escribas formaban lo que pudiéramos llamar *la clase media* aunque algunos de ellos pertenecían a las familias de alto rango. *Las clases bajas y los campesinos* estaban separados de sus ricos vecinos por una gran cima; pero se apegaban a los fariseos por admiración, como los ignorantes se allegan siempre a los partidos extremos. Más abajo todavía había *otra clase numerosa que había perdido toda conexión con la religión y con la vida social bien ordenada*; ésta la formaban los publicanos, las rameras, y otros pecadores, por cuyas almas nadie se interesaba.

Tal era *el estado lastimoso de la sociedad* en medio de la cual Jesús había de desarrollar su influencia. Una nación esclavizada; las clases más elevadas entregadas al egoísmo, a las intrigas de la corte y al escepticismo; los maestros y representantes principales de la religión perdidos en un mero formalismo, jactándose de ser los favoritos de Dios, mientras que sus almas estaban carcomidas por la falsa esperanza y por el vicio; el pueblo común desviado por ideales falsos; e hirviendo en el fondo de la sociedad, una masa abandonada de pecado desvergonzado y desenfrenado.

¡Este era el pueblo de Dios! Sí, a pesar de su horrible degradación, éstos eran los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, los herederos del pacto y de las promesas. Atrás, más allá de los siglos de degradación, descollaban las figuras imponentes de patriarcas, de reyes según el corazón de Dios, de salmistas, de profetas y de generaciones de fe y de esperanza.

Sí, y por delante había grandeza también. La palabra de Dios, una vez enviada del cielo y

vertida por la boca de los profetas, no podía volver a él vacía. El había dicho que a aquella nación le sería concedida la perfecta revelación de Sí mismo, que en ella aparecería el ideal perfecto del hombre, y que de ella saldría la regeneración de toda la raza humana. Por eso les esperaba un futuro maravilloso. El río de la historia se había perdido como en las arenas del desierto; pero estaba destinado a reaparecer y a seguir el curso que Dios le había señalado. El término en que se cumpliría esta promesa estaba cercano, por más que las señales de los tiempos parecían extinguir toda esperanza. ¿No es cierto que todos los profetas desde Moisés habían hablado de uno que había de venir, *precisamente* cuando la oscuridad fuera más profunda, y más honda la degradación, para restaurar la perdida gloria del pasado?

Tal pregunta se hacía no pocas almas fieles en aquel tiempo tan penoso y lleno de degradación. Hay hombres buenos aún en las épocas peores de la historia. Había hombres buenos aun en los egoístas y corrompidos partidos judaicos. Pero especialmente persiste la piedad en tales épocas, en los hogares humildes del pueblo. Así como nos es permitido esperar que en la Iglesia Romana en los tiempos modernos haya quienes a pesar de todas las ceremonias interpuestas entre el alma y Cristo puedan llegar hasta él, y por medio de un instinto espiritual apoderarse de la verdad y dejar a un lado lo falso, así entre el pueblo común de Palestina hubo algunos que oyendo leer las Escrituras en las sinagogas y leyéndolas en sus hogares, instintivamente descuidaron las exageradas e interminables explicaciones de sus maestros y vieron la gloria del pasado, de la santidad, y de Dios, que los escribas no alcanzaban a ver.

El punto de más interés para estas personas era la promesa de un libertador. Sintiendo hondamente la vergüenza de la esclavitud nacional, lo falaz de los tiempos, y la iniquidad tremenda que se fermentaba bajo la superficie de la sociedad, ansiaban y oraban por el advenimiento del Prometido y la restauración del carácter y la gloria nacionales.

También los escribas se ocupaban mucho de este punto de las Escrituras; y era un distintivo principal de los fariseos el apreciar altamente las esperanzas mesiánicas. Pero ellos habían torcido las profecías sobre el particular por interpretaciones arbitrarias, y pintaban el futuro con colores tomados de su propia imaginación carnal. Hablaban del advenimiento como de la venida del reino de Dios, y del Mesías como el Hijo de Dios. Pero lo que ellos principalmente esperaban de él era que por la acción de sus maravillas y por su fuerza irresistible, libertara a la nación de la servidumbre y la levantara al más alto grado de esplendor mundano. No dudaban que simplemente porque eran miembros de la nación escogida, serían destinados a ocupar los lugares más elevados en el reino, y nunca sospecharon que les era necesario un cambio interior para poder llegar hasta él. Los elementos espirituales del mejor tiempo, es a saber la santidad y el amor, estaban ocultos a sus mentes tras las formas deslumbrantes de una gloria material.

Tal era el aspecto de la historia judía cuando llegó la hora de realizarse el destino nacional. Esto complicó extraordinariamente la obra que el Mesías debía llevar a cabo. Era de esperarse que él encontrase una nación empapada en las ideas inspiradas por las visiones de sus precursores los profetas, a cuya cabeza pudiera colocarse y de la cual recibiera una cooperación entusiasta y eficaz. Pero no fue así, Apareció en un tiempo en que el país había caído de sus ideales y había falseado sus tradiciones más sublimes. En vez de hallar a una nación llena de santidad y consagrada a la obra divinamente ordenada de ser una bendición para todos los

pueblos, nación que él podría fácilmente llevar a su completo desarrollo y salir con ella luego a la conquista espiritual del mundo, halló que su primera obra debía ser proclamar una reforma en su propio país, y soportar la oposición de las preocupaciones que se habían acumulado allí durante siglos de degradación.

Las últimas etapas de su preparación

Entre tanto, Aquél que cada uno esperaba conforme a sus miras, estaba en medio de ellos sin que se sospechara su presencia. Difícilmente podían ellos pensar que Aquél que era el objeto de sus meditaciones y oraciones, crecía en el hogar de un carpintero allá en la despreciada Nazaret. Pero así era. Allí estaba, preparándose para su carrera. Su mente estaba ocupada en considerar las vastas proporciones de la obra que tenía por delante, tal como las profecías del pasado y los hechos del presente indicaban; sus ojos estaban fijos en todo el país, y su corazón doliente a causa del pecado y vergüenza de la nación. Sentía moverse dentro de sí las fuerzas gigantescas necesarias para hacer frente al vasto designio; y gradualmente se volvía una pasión irresistible el deseo de salir y dar expresión a los pensamientos que tenía, y de ejecutar la obra que le había sido encomendada.

Jesús no tenía más que tres años para llevar a cabo la obra de su vida. Si tomamos en consideración cuan rápidamente pasan tres años de una vida ordinaria y lo poco que generalmente queda hecho a su fin, comprenderemos cuáles deben de haber sido la grandeza y la calidad de ese carácter, y cuáles la unidad e intensidad de esa vida que en un tiempo tan asombrosamente breve hizo impresión tan honda e indeleble sobre el mundo, y legó a la humanidad una herencia tan valiosa de verdad y de influencia.

Es generalmente admitido que al entrar en la vida pública Jesús tenía una mente cuyas ideas estaban completamente desarrolladas y ordenadas, un carácter perfectamente definido en todas sus partes, y unos designios que marchaban a su fin sin la menor vacilación. Durante los tres años no hubo ninguna desviación de la línea que marcó para sí desde el principio. La razón de esto debe de haber sido que durante los treinta años anteriores a su ministerio público, sus ideas, su carácter, y sus designios pasaron por todos los grados de un desarrollo completo. A pesar del humilde aspecto exterior de su vida en Nazaret, era debajo de la superficie una vida de intensidad, variedad y grandeza. Bajo su silencio y retiro se verificaron todos los grados de un crecimiento que dio nacimiento a la magnífica flor y fruto que todos los siglos contemplan con admiración. Su preparación duró mucho tiempo. Para uno que poseía facultades como las de que él disponía, treinta años de reticencia y reserva absolutas fueron largo tiempo. En su vida posterior él no desplegó otro rasgo característico mayor que su grandiosa reserva en palabra y obra. Esto también lo aprendió en Nazaret. Allí esperó hasta que sonara la hora de su preparación completa. Nada podía tentarle a que saliera antes de su tiempo, ni el ardiente deseo de intervenir con protesta indignada en la escandalosa corrupción de la época, ni las creces de su pasión de hacer bien a sus semejantes.

Pero al fin arrojó de sí la herramienta del carpintero, dejó a un lado el vestido de trabajador, y se despidió de su hogar y del querido valle de Nazaret. Pero faltaba algo todavía. Su carácter, aunque en secreto había crecido hasta adquirir tan nobles proporciones, necesitaba todavía una preparación especial para la obra que tenía que hacer; y sus ideas y designios, a pesar de

estar muy maduros ya, necesitaban ser solidificados por el fuego de una importante prueba. Aún faltaban los últimos dos incidentes de su preparación: el bautismo y la tentación.

El bautismo de Jesús.

Jesús no vino ante la nación, de su retiro de Nazaret, sin una nota de aviso. Puede decirse que su obra fue comenzada antes de que él pusiera mano a ella.

Una vez más, antes de oír la voz de su Mesías, la nación había de escuchar la voz de la profecía, callada durante tanto tiempo. Por todo el país corrían nuevas de que en el desierto de Judea había aparecido un predicador; no como los que repetían en las sinagogas las ideas de hombres ya muertos, ni como los cortesanos y lisonjeros maestros de Jerusalén, sino un hombre rudo y fuerte, que hablaba de corazón a corazón, con la autoridad de uno que está seguro de su inspiración.

Juan había sido nazareno desde su nacimiento; había vivido años enteros en el desierto, vagando en comunión con su propio corazón por las solitarias riberas del Mar Muerto. Vestía el manto de pelo y el cinto de cuero de los antiguos profetas, y su rigor ascético no buscaba alimento más delicado que langostas y miel silvestre que hallaba en el desierto. Sin embargo, conocía bien lo que es el hombre. Estaba informado de todos los males de la época, de la hipocresía de los partidos religiosos, y de la corrupción de las masas; poseía un poder maravilloso para escudriñar el corazón y conmover la conciencia, y sin temor alguno descubriría los pecados favoritos de todas las clases sociales.

Pero lo que más llamó la atención hacia él, e hizo vibrar todo corazón judaico de un cabo del país al otro, era el mensaje que traía. Este no era otra cosa que manifestar que estaba para venir el Mesías, y que iba a establecer el reino de Dios. Toda Jerusalén salía a él. Los fariseos estaban ansiosos de oír las nuevas mesiánicas, y aun los saduceos fueron despertados momentáneamente de su letargo. Multitudes venían de las provincias para oír su predicación, y los esparcidos y ocultos individuos que ansiaban y oraban por la redención de Israel se congregaban para dar la bienvenida a la conmovedora promesa.

Pero a la vez que este mensaje, Juan traía otro, que en diferentes almas despertaba muy diferentes sentimientos. Decía a sus oyentes que la nación en general no estaba preparada para recibir al Mesías; que el simple hecho de descender de Abraham no sería motivo suficiente para que fuesen admitidos a su reino, sino que había de ser un reino de justicia y de santidad, y que la primera obra de Cristo sería rechazar a todos aquellos que no fuesen caracterizados por estas cualidades, así como el agricultor arroja con su aventador la paja y el hortelano corta todo árbol que no da fruto. Por esto llamaba a la nación en general—a toda clase y a todo individuo—al arrepentimiento, mientras todavía había tiempo, como una preparación indispensable para gozar de las bendiciones de la nueva época. Como signo externo de este cambio interior, bautizaba en el Jordán a todos aquellos que recibían con fe su mensaje. Muchos fueron movidos por el temor y la esperanza y se sometieron al rito, pero eran muchos más los que se irritaban por la exposición de sus pecados y se retiraban llenos de ira e incredulidad. Entre éstos estaban los fariseos hacia los cuales él era especialmente severo, y quienes se ofendieron hondamente porque él tenía en tan poco aprecio la descendencia de Abraham a la cual ellos daban tanta importancia.

Un día apareció entre los oyentes del Bautista, uno que llamó su atención de una manera especial, e hizo temblar su voz que nunca había vacilado mientras denunciaba en lenguaje enérgico a los más elevados maestros y sacerdotes de la nación. Y cuando éste se presentó, después de concluido el discurso, entre los candidatos para el bautismo, Juan retrocedió. Comprendía que a éste no correspondía el baño de arrepentimiento que no vacilaba en aplicar a todos los otros, y que él mismo no tenía derecho para bautizarlo. Había en el semblante del candidato una majestad, una pureza, una paz, que hirió a este hombre duro como una roca, con un sentimiento de indignidad y de pecado. Era Jesús, que había venido directamente acá, de la carpintería de Nazaret.

Parece que Juan y Jesús no se habían visto antes, aunque sus familias tenían parentesco, y la conexión entre sus carreras había sido predicha antes de su nacimiento. Esto puede haber sido debido a la distancia entre sus respectivos hogares en Galilea y en Judea, y aún más a los hábitos peculiares de Juan. Pero cuando, obedeciendo al mandato de Jesús, procedió Juan a la administración del rito, llegó a entender la significación de la abrumadora impresión que el desconocido había hecho sobre él; porque le fue dado el signo por el cual, como Dios le había indicado, había de conocer al Mesías, de quien él era precursor. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús, al tiempo que salía del agua en actitud de oración, y la voz de Dios en el trueno lo anunció como su Hijo amado.

La impresión hecha en Juan por la simple mirada de Jesús revela mucho mejor que lo que harían muchas palabras, cuál era su aspecto cuando iba a comenzar su obra, y las cualidades del carácter que había estado madurándose en Nazaret hasta su perfecto desarrollo.

El bautismo mismo tenía una significación importante para Jesús. Para los demás candidatos que lo recibieron, el rito tenía un significado doble. Indicaba el abandono de sus pecados anteriores, y su entrada en la nueva era mesiánica. Para Jesús no podía tener la primera de estas significaciones, sino en tanto que él se hubiera identificado con su nación, adoptando este modo de expresar su convicción de la necesidad que ella tenía de ser purificada. Pero significaba que también estaba ya entrando por esta puerta a la nueva época de la cual él mismo iba a ser el autor. Este acto expresaba su idea de que había llegado el tiempo en que debía abandonar las ocupaciones de Nazaret y dedicarse a su obra especial.

Pero aun más importante fue el descenso del Espíritu Santo sobre él. No era ésta una vana manifestación, ni simplemente una indicación para el Bautista. Era el símbolo de un don especial, dado entonces, para prepararlo para su obra, y para culminación del prolongado desarrollo de sus facultades peculiares.

Es una verdad que se olvida con frecuencia, que el carácter humano de Jesús dependía, desde el principio hasta el fin, del Espíritu Santo. Estamos inclinados a imaginarnos que la conexión entre este carácter y la naturaleza divina hacía esto innecesario. Al contrario, lo hacía mucho más necesario, porque para ser órgano de su naturaleza divina, su naturaleza humana debía estar investida de dones supremos, y sostenida constantemente por el ejercicio de ellos. Estamos acostumbrados a atribuir la sabiduría y gracia de sus palabras, su conocimiento sobrenatural aun de los pensamientos de los hombres, y los milagros que hacía, a su naturaleza divina. Pero en los Evangelios tales prerrogativas se atribuyen constantemente al Espíritu Santo.

Esto no significa que eran independientes de su naturaleza divina, sino que en ellos su naturaleza humana fue capacitada mediante un don especial del Espíritu Santo, para ser el instrumento de su naturaleza divina. Este don le fue dado en su bautismo. Era análogo al posesionamiento de los profetas, tales como Isaías y Jeremías, por el Espíritu de inspiración en aquellas ocasiones de que han dejado el relato, en que fueron llamados a iniciar su vida pública. Es análogo también al derramamiento especial de la misma influencia que reciben a veces en su ordenación, aquellos que van a comenzar la obra de su ministerio. Pero a él le fue dado sin medida, mientras que a otros siempre ha sido dado sólo en cierta medida; y comprendía especialmente el don de poderes milagrosos.

La tentación de Jesús

Un efecto inmediato de esta nueva investidura parece haber sido el que experimentan con frecuencia, en menor grado, otros que en su pequeña medida han recibido el mismo don del Espíritu para alguna obra. Todo su ser fue conmovido con respecto a su obra. Su anhelo de ocuparse de ella fue elevado al punto más alto, y sus pensamientos se ocuparon intensamente de los medios por los cuales la había de llevar a cabo.

Aunque su preparación para su obra había durado muchos años, aunque su corazón estaba puesto en ella, y el plan de su vida estaba claramente definido, era natural que cuando se dio la señal de comenzarla inmediatamente, y se sintió repentinamente poseído de los poderes sobrenaturales necesarios para ejecutarla, se presentaron en tumulto a su mente innumerables pensamientos y sentimientos, y que buscara un lugar solitario en donde reflexionar una vez más sobre toda la situación. Por tanto, se retiró apresuradamente de las riberas del Jordán y fue impulsado al desierto, según se nos dice, por el Espíritu que acababa de serle dado. Allí, por cuarenta días vagó entre arenales y montañas áridas, estando su mente tan absorbida con las emociones e ideas que se amontonaban sobre él que se olvidó aun de comer.

Pero nos causa sorpresa y asombro cuando leemos que durante estos días su alma era escenario de una terrible lucha. Se nos dice que fue tentado por Satanás. ¿Con qué podría él ser tentado, en momentos tan sagrados?

Para entender esto es menester recordar lo antes dicho del estado de la nación judaica, y especialmente sobre la naturaleza de las esperanzas mesiánicas que abrigaban. Esperaban a un Mesías que obrara maravillas deslumbrantes y estableciera un imperio que abarcara todo el mundo, con Jerusalén como su centro, y habían puesto en segundo término las ideas de justicia y santidad. Invirtieron por completo el concepto divino del reino que no podía menos que dar a los elementos espirituales y morales la preferencia sobre las consideraciones materiales, morales y políticas. Ahora bien, lo que tentó a Jesús fue ceder en algo a estas esperanzas, al ejecutar la obra que su Padre le había encomendado. Debe de haber previsto que de no hacerlo así, era probable que la nación, viendo frustradas sus esperanzas, se apartara de él con incredulidad e ira.

Las diferentes tentaciones no fueron más que modificaciones de este mismo pensamiento. La sugestión de que cambiara las piedras en pan para satisfacer su hambre era una tentación a hacer uso del poder de milagros de que acababa de ser dotado, para un objeto inferior a aquellos para los cuales le fue conferido. Esta tentación fue precursora de otras en su vida posterior, tales

como cuando la multitud pedía una señal, o que descendiera de la cruz para que pudieran creer en él.

Es probable que la sugestión de que se arrojara del pináculo del templo fuera también una tentación a condescender con el deseo del vulgo de ver maravillas, porque era parte de la creencia popular que el Mesías aparecería repentinamente y de una manera maravillosa; tal como, por ejemplo, si saltara del pináculo del templo para caer en medio de las multitudes congregadas abajo.

Es claro que la tercera y principal tentación, la de ganarse el dominio de todos los reinos del mundo por un acto de homenaje al maligno, no fue más que un símbolo de obediencia al concepto universal de los judíos de que el reino venidero había de ser una vasta estructura de fuerza material. Era una tentación tal como la que todo obrero de Dios, fatigado con el lento progreso de la justicia, debe de sentir con frecuencia, y a la cual personas aun de las mejores y más sinceras han cedido a veces; una tentación a comenzar por fuera en vez de comenzar por dentro, a hacer primero una gran armazón de conformidad externa con la religión, y llenarla después con la realidad. Fue la tentación a que sucumbió Mahoma cuando hizo uso de la espada para sojuzgar a aquellos a quienes después iba a dar la religión, y a la que sucumbieron los jesuitas cuando bautizaban a los paganos primero y los evangelizaban después.

Nos causa asombro pensar en que se presentaran semejantes sugestiones a la santa alma de Jesús. ¿Podía ser tentado él a desconfiar de Dios y aun a adorar al maligno? No hay duda de que estas tentaciones fueron arrojadas de él como las imponentes olas se retiran, hechas pedazos, del seno de la peña sobre la que se han arrojado. Pero estas tentaciones pasaron sobre él no sólo en esta ocasión, sino muchas veces antes en el valle de Nazaret, y frecuentemente después en las luchas y crisis de su vida. Debemos tener presente que no es pecado el ser tentado, que sólo es pecado ceder a la tentación. Y de hecho, cuanto más pura sea el alma tanto más doloroso será el aguijón de la tentación al buscar entrada en su pecho.

Aunque el tentador se apartó de Jesús sólo por algún tiempo, fue ésta la lucha decisiva; fue completamente derrotado y su poder destruido de raíz. Milton ha indicado esto concluyendo en este punto el *Paraíso Restaurado*. Jesús salió del desierto con el plan de su vida, formado sin duda mucho antes, endurecido por el fuego de la prueba. Nada es más notable en su vida posterior que la resolución con que llevaba a cabo este plan. Otros hombres, aun aquellos que han ejecutado grandes obras, no han tenido a veces ningún plan definido, y sólo han visto gradualmente, en la evolución de las circunstancias, el camino que debían seguir. Sus propósitos han sido modificados por los eventos y por los consejos de otros. Pero Jesús principió con su plan perfeccionado, y nunca se desvió de él ni en el grueso de un cabello. Rechazó la intervención en este plan de su madre y de su discípulo principal, tan resueltamente como lo sostenía bajo la furibunda oposición de sus enemigos declarados. Y su plan era establecer el reino de Dios en el corazón de cada hombre, y poner su confianza no en las armas de fuerza política y material sino en el poder del amor y en la fuerza de la verdad.

Su ministerio

Divisiones de su ministerio público

Se calcula generalmente que el ministerio público de Jesús duró tres años. Cada uno de ellos tiene su carácter propio. El primero puede llamarse el *año de retiro*, tanto porque los datos que tenemos de él son muy escasos, como porque durante este año, parece sólo haber estado saliendo muy lentamente a la luz pública. Fue pasado en su mayor parte en Judea. El segundo fue el *año de popularidad*, durante el cual todo el país había llegado a saber de él. Su actividad era incesante, y su fama resonaba por toda la extensión del país. Transcurrió casi totalmente en Galilea. El tercero fue el *año de oposición*, durante el cual su popularidad iba menguando, sus enemigos se multiplicaban, y lo atacaban con más y más tenacidad, y por fin él sucumbió, víctima del odio. Pasó los primeros seis meses de este año final en Galilea, y los otros seis en otras partes del país.

Bajo este aspecto el bosquejo de la vida del Salvador se parece al de muchos reformadores y bienhechores de la humanidad. Una vida tal comienza, muchas veces, con un período durante el cual el público llega gradualmente a tener noticias del nuevo hombre que está entre ellos. Luego viene el período en que su doctrina o reforma es llevada en hombros de la popularidad; y concluye con una reacción en la cual las añejas preocupaciones e intereses que han sido atacados por él se recobran del ataque, y ganando a su favor las pasiones del vulgo lo destruyen en su rabia.

Capítulo 3

EL AÑO DE RETIRO

Los datos que de este año poseemos son en extremo escasos, y consisten sólo en dos o tres incidentes, que deben ser enumerados aquí, especialmente porque forman una especie de programa de la futura obra de Jesús.

Los primeros discípulos

Cuando él salió del desierto después de los cuarenta días de tentación, con su plan para el futuro mejor comprendido y más asegurado por aquella terrible lucha, y con la inspiración de su bautismo que henchía aún su corazón, apareció otra vez en la ribera del Jordán, y Juan lo señaló como su gran sucesor, del cual había hablado frecuentemente. Lo presentó especialmente a algunos de sus discípulos escogidos, quienes al momento se hicieron discípulos de Jesús.

Es probable que el primero de éstos a quienes Jesús habló fuera el hombre que más tarde había de ser su discípulo favorito y dar al mundo el más inspirado retrato de su carácter y vida. Juan el Evangelista—porque en verdad lo era—ha dejado de este primer encuentro, y de la entrevista que siguió, una narración que retiene en toda su frescura la impresión que la majestad y pureza de Cristo hicieron en su alma impresionable.

Los otros jóvenes que se juntaron a él al mismo tiempo fueron Andrés, Pedro, Felipe, y Natanael. Habían sido preparados para seguir a su nuevo Maestro, por haber estado asociados con el Bautista; y aunque no abandonaron por lo pronto sus ocupaciones para seguir a Jesús, como lo hicieron más tarde, recibieron en su primera entrevista impresiones que determinaron toda su carrera subsecuente.

Parece que los discípulos del Bautista no pasaron todos a la vez a unirse con Cristo. Pero los mejores de ellos lo hicieron. Algunos mal intencionados trataron de excitar envidia en Juan, llamando su atención al hecho de que él iba perdiendo influencia mientras el otro la ganaba. Pero conocían poco a ese gran hombre, cuyo principal rasgo característico era su humildad. Les contestó diciendo que era su gozo menguar mientras Jesús crecía, porque Cristo era el esposo que conduce la esposa a su casa, mientras que él no era más que el amigo del esposo, cuya felicidad consistía en ver la corona de festiva alegría puesta en las sienes del otro.

El primer milagro

Con sus nuevos seguidores Jesús se apartó de la escena del ministerio de Juan y se fue para el norte, a Cana de Galilea, para asistir a unas bodas a que había sido invitado. Aquí hizo la primera manifestación del poder milagroso de que acababa de ser dotado, cambiando el agua en vino. Fue una manifestación de su gloria hecha especialmente para sus nuevos discípulos quienes según se nos dice, desde entonces creyeron en él, lo cual quiere decir sin duda, que fueron completamente convencidos de que él era el Mesías. También tenía por objeto dar la nota fundamental de su ministerio como totalmente diferente del ministerio del Bautista. Juan era un ermitaño ascético, que huía de las moradas de los hombres y llamaba a sus oyentes a que salieran al desierto. Pero Jesús traía nuevas de gozo a los hogares de los hombres; iba a mezclarse en la vida común de ellos, y a efectuar una feliz revolución en sus circunstancias, lo cual sería como cambiar en vino el agua de su vida.

La purificación del templo

Poco después de este milagro, Jesús volvió otra vez a Judea para asistir a la Pascua, donde dio otra prueba aún más notable del alegre y entusiasta estado de su mente en aquel tiempo. Purgó el templo de los vendedores de animales y de los cambiadores de dinero, que habían introducido su tráfico a los atrios sagrados.

Se les permitía a estas personas seguir su sacrílego tráfico bajo el pretexto de la comodidad de los forasteros que venían para adorar en Jerusalén, vendiéndoles las víctimas que no podían traer desde países extranjeros, y proporcionándoles a cambio de dinero extranjero las monedas judaicas que eran las únicas con que podían pagar sus contribuciones al templo. Pero lo que había comenzado bajo el velo de un pretexto piadoso, había llegado a ser una perturbación enorme al culto, y a echar a los prosélitos gentiles del lugar que Dios les había concedido en su casa.

Es probable que Jesús haya presenciado con indignación esta vergonzosa escena muchas veces durante sus visitas a Jerusalén. Ahora, con el celo profético de su bautismo sobre él, prorrumpió en una manifestación de su desagrado. La misma mirada de irresistible pureza y majestad que había asombrado a Juan cuando Jesús pedía el bautismo, evitó de parte del innoble gentío toda resistencia hizo que los espectadores reconocieran en él las facciones de los profetas de los días antiguos, ante quienes reyes y turbas igualmente temblaban. Fue el principio de su obra de reformación contra los abusos religiosos de la época.

Nicodemo

Hizo otros milagros durante la fiesta, los cuales deben de haber suscitado muchos comentarios entre los peregrinos de todo lugar, cuya multitud llenaba la ciudad. Uno de los resultados de estos milagros fue el traer a su alojamiento, una noche, a aquel venerable y ansioso investigador a quien pronunció el maravilloso discurso sobre la naturaleza del nuevo reino y los requisitos para ser admitido en él, que nos ha sido conservado en el capítulo 3 del Evangelio según San Juan. Parecía ser una señal de esperanza el que uno de los principales de la nación se acercara a él en un espíritu tan humilde; pero Nicodemo fue el único de ellos sobre cuya mente la primera manifestación del poder del Mesías produjo una impresión honda y favorable.

Causas de la escasez de informes sobre este año

Hasta aquí seguimos con claridad los primeros pasos de Jesús. Pero en este punto nuestros informes con respecto al primer año de su ministerio, después de comenzar con tanta abundancia, terminan por completo y durante los ocho meses siguientes nada sabemos de él, sino que bautizaba en Judea—"aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos"—y que él "hacía y bautizaba más discípulos que Juan".

¿Qué puede significar semejante vacío? Es de notarse también que sólo en el cuarto Evangelio tenemos los pocos detalles indicados arriba. Los otros tres omiten por completo el primer año de su ministerio, y comienzan su narración con el ministerio en Galilea, apenas indicando de la manera más ligera que hubo uno anterior en Judea.

Es harto difícil explicar esto. La explicación más natural sería tal vez, que los incidentes de este año eran imperfectamente conocidos al tiempo en que los evangelios fueron escritos. Sería enteramente natural que los pormenores del período durante el cual Jesús no había llamado mucho la atención pública, se hubieran recordado con menos exactitud que los períodos en que él era, por mucho, el personaje más conocido del país. Pero, en verdad, los sinópticos hacen poca mención de lo que sucedía en Judea hasta que se acercaba el fin de su vida. Es a Juan a quien debemos la narración sistemática de sus repetidas visitas al Sur.

Pero es difícil que Juan, al menos, haya ignorado los acontecimientos de estos ocho meses. Quizás hallemos la explicación, fijándonos en un hecho poco observado, referido por Juan; que por algún tiempo Jesús continuó en la obra del Bautista. Bautizaba por manos de sus discípulos y juntaba aun mayores multitudes que Juan. ¿No quiere decir esto que estaba convencido, por la poca impresión que su manifestación de sí mismo en la Pascua había producido, que la nación aún estaba enteramente incapaz de recibirlo como el Mesías, y que era necesario continuar la obra preparatoria de arrepentimiento y bautismo; y por consiguiente, teniendo en reserva su carácter más elevado, se hizo por algún tiempo colega de Juan? Confirma esta opinión el hecho de que fue al tiempo de la prisión de Juan, a fines de este año, cuando entró de lleno en su carrera mesiánica en Galilea.

También se ha sugerido otra explicación más profunda del silencio de los sinópticos acerca de este periodo, y sus pocas noticias de sus visitas posteriores a Jerusalén. Jesús vino primeramente a la nación judaica, cuyos representantes autorizados se hallaban en Jerusalén. El era el Mesías prometido a sus padres, el complemento de la historia de su nación. En verdad tenía una misión mucho más extensa para con todo el mundo, pero debía comenzar con los judíos y en Jerusalén. La nación sin embargo, representada por sus caudillos en Jerusalén, lo rechazó, y así él se vio obligado a establecer desde otro centro la comunidad que había de

abarcar todo el mundo. Habiéndose hecho evidente esto antes del tiempo en que fueron escritos los evangelios, los sinópticos pasaron casi en silencio, como obra de resultados puramente negativos, su actividad en el centro de la nación, y concentraron la atención en el período de su ministerio en el cual él estaba formando la compañía de almas fieles que había de ser el núcleo de la iglesia cristiana. Sea esto como fuere, a fines del primer año del ministerio de Jesús ya se proyectaba sobre Judea y Jerusalén la sombra de un tremendo suceso futuro; la sombra del más espantoso crimen nacional que el mundo ha visto jamás, el rechazamiento y la crucifixión de su Mesías.

Capítulo 4

EL AÑO DE POPULARIDAD

Galilea, la escena del trabajo de este año

Después de pasar un año en el Sur, Jesús cambió la esfera de su actividad al Norte del país. En Galilea podría él dirigirse a mentes que no estaban ofuscadas por las preocupaciones y el arrogante orgullo de Judea, donde tenían su centro las clases sacerdotales e instruidas y cabía esperar que si su doctrina e influencia se arraigaban profundamente en una parte del país, aunque remota del centro de autoridad, podría volver al Sur sostenido por un irresistible reconocimiento nacional y ganar de un asalto la ciudadela misma de la preocupación.

Su extensión y población El campo en donde desplegó su actividad durante los siguientes dieciocho meses era bastante reducido. Aun toda la Palestina era un país muy limitado: bastante menor que la república de El Salvador, y apenas un tercio del área de Costa Rica. Es importante que se tenga esto presente, porque hace inteligible la rapidez con que el movimiento que inició Jesús se extendió por todo el país, y cómo las multitudes le siguieron de todas partes. Es de interés recordar esto como una demostración del hecho de que las naciones que más han contribuido a la civilización del mundo han sido limitadas, durante el período de su grandeza, a territorios muy pequeños, Roma no era más que una sola ciudad, y Grecia era un país muy pequeño.

Galilea era la más septentrional de las cuatro provincias en las que Palestina estaba dividida. Tenía casi 100 kilómetros de largo por 50 de ancho. Estaba constituida, en su mayor parte, por una elevada meseta, cuya superficie estaba interrumpida por irregulares masas montañosas. Cerca de su lindero oriental, remataba súbitamente en un gran barranco por el cual corría el Jordán, y en medio del cual, a 150 metros bajo el nivel del Mediterráneo, estaba el hermoso Mar de Galilea, de forma de arpa.

Toda la provincia era muy fértil, y su superficie estaba densamente cubierta de grandes aldeas y pueblos. Pero el centro de actividad era la cuenca del lago, extensión de agua de 20 kilómetros de largo por 10 de ancho. A su margen oriental, alrededor del cual corría un listón de verdor de unos 400 metros de ancho, se elevaban colinas altas y desnudas, surcadas por lechos de

torrentes. Por el lado occidental las montañas descendían lentamente y sus faldas estaban ricamente cultivadas, produciendo espléndidas cosechas de todas clases, mientras que a su pie, la ribera estaba verde con vigorosos bosques de olivos, naranjos, higueras y todos los productos de un clima casi tropical.

Al extremo septentrional del lago, el espacio entre el agua y las montañas estaba ensanchado por la boca del río, y regado por muchas corrientes de las colinas, de tal manera que era un perfecto paraíso de fertilidad y hermosura. Se llamaba la llanura de Genesaret, y aún en la actualidad, cuando toda la cuenca del lago casi no es más que una ardiente soledad, se cubre todavía de mieses, dondequiera que lo toca la mano del agricultor; y en donde la pereza lo ha dejado desatendido, está cubierto de espesos matorrales de espinos y adelfas. En el tiempo de nuestro Señor contenía las principales ciudades de aquella región, tales como Capernaún, Betsaida y Corazín. Pero toda la ribera estaba tachonada de pueblos y aldeas y formaba una verdadera colmena de bulliciosa vida humana.

Los medios de subsistencia eran abundantes, gracias a las cosechas y frutas de toda clase que los campos producían tan ricamente; y las aguas del lago hervían de peces, dando empleo a miles de pescadores. Además, pasaban por aquí los grandes caminos reales de Damasco a Egipto y de Fenicia al Eufrates, y lo hacían un vasto centro de tráfico. Miles de naves para la pesca, el transporte, o la diversión se movían de aquí para allá sobre la superficie del lago, de tal manera que toda la región era un foco de energía y prosperidad.

Vuelta de Jesús del Sur

La noticia de los milagros que Jesús había hecho en Jerusalén, ocho meses antes, había sido llevada a Galilea por los peregrinos que habían estado al Sur en la fiesta. Sin duda también las noticias de su predicación y su bautismo en Judea habían dado origen a mucha conversación y admiración antes de que él llegara. Por consiguiente, cuando volvió entre ellos, los galileos estaban algo preparados para recibirlo.

Visita a Nazaret

Uno de los primeros lugares que visitó fue Nazaret, el hogar de su niñez y juventud. Apareció allí en la sinagoga un sábado, y siendo ahora conocido como predicador, fue invitado a leer la Escritura y a hablar a la congregación. Leyó un pasaje de Isaías en el cual se da una descripción fervorosa de la venida y de la obra del Mesías: "El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová...".

Mientras hacía comentarios sobre el texto, pintando los rasgos característicos del tiempo del Mesías—la emancipación del esclavo, el enriquecimiento del pobre, la curación de los enfermos—la curiosidad del auditorio al oír por primera vez, a un joven predicador que se había educado entre ellos, pasó a un encantado asombro, y prorrumpieron en los aplausos que era costumbre permitir en las sinagogas judaicas.

Pero pronto vino la reacción. Comenzaron a murmurar: ¿No era éste el carpintero que había trabajado entre ellos? ¿No eran sus padres vecinos suyos? ¿No estaban sus hermanas casadas en la población? Su envidia se despertó. Y cuando prosiguió diciéndoles que la profecía que acababa de leer se cumplía en él mismo, manifestaron un colérico desdén. Le exigieron una señal, como aquellas que se decía que había hecho en Jerusalén; y cuando les hizo ver que no podía actuar milagros entre los incrédulos, se arrojaron sobre él en una tempestad de envidia e ira. Arrastrándolo de la sinagoga a una peña detrás de la población, si no se hubiera librado de una manera milagrosa, lo habrían despeñado, coronando así su iniquidad proverbial con un hecho que habría despojado a Jerusalén de su mala preeminencia de matar al Mesías.

Cambio de su morada a Capernaum

Desde aquel día Nazaret no fue más su hogar. Es cierto que en otra ocasión, movido de su amor profundo para con sus antiguos vecinos, la visitó, pero sin mejor resultado. Desde entonces estableció su residencia en Capernaum, en la ribera noroeste del Mar de Galilea. Esta población ha dejado de existir por completo. No es posible descubrir con certeza ni aun su sitio. Puede ser que ésta sea una razón para que, en la mente del cristiano, no se relacione con la vida de Jesús, con "la misma prominencia que tiene Belén, en donde nació, Nazaret, en donde fue criado, y Jerusalén, en donde murió. Pero debemos fijar aquella población en nuestra memoria al lado de éstas, porque fue su residencia durante dieciocho de los meses más importantes de su vida. Se le llama su propia ciudad, y en ella se le pidió el tributo como ciudadano de la localidad. Estaba perfectamente adaptada para ser el centro de sus trabajos en Galilea, porque era el foco de la actividad en la cuenca del lago, y estaba cómodamente situada para excursiones a todas partes de la provincia. Todo cuanto sucedía allí se sabía pronto en todas las regiones situadas alrededor.

Su vida en Capernaum

En Capernaum, pues, comenzó su ministerio en Galilea; y por muchos meses fue su costumbre estar allí con frecuencia, como centro de sus operaciones, haciendo viajes en todas direcciones y visitando los pueblos y aldeas de Galilea. Unas veces su viaje era tierra adentro, hacia el Poniente. Otras veces era una vuelta, siguiendo las poblaciones situadas a la ribera del lago, o una visita a la tierra del lado oriental. Tenía una nave que le servía para llevarlo donde quisiera. Volvía a Capernaum a veces sólo por un día, a veces por una semana o dos.

Su popularidad

A las pocas semanas, en toda la provincia resonaba su nombre. Era el tema de conversación en toda nave del lago y en cada casa de toda la región; las mentes de todos estaban movidas con una profunda excitación, y todos deseaban verlo. Las multitudes comenzaron a juntarse alrededor de él. Se hacían cada vez más grandes. Aumentaban hasta contarse por miles y por docenas de miles. Lo acompañaban dondequiera que iba. La noticia corrió por todas partes más allá de Galilea y traía multitudes de Jerusalén, Judea, y Perea, y aun de Idumea en el extremo Sur, y de Tiro y Sidón en el lejano Norte. A veces no podía quedarse en ninguna población, por cuanto las multitudes impedían el tránsito de las calles y se atropellaban unos a otros. Se veía obligado a sacarlos fuera, a los campos y desiertos. El país estaba conmovido del uno al otro extremo, y encendido con grande excitación respecto de él.

Los medios que empleaba

¿Cómo fue que Jesús produjo tan grande y tan extendido movimiento? No fue por declararse el Mesías. Es cierto que el haberlo hecho así hubiera despertado en todo pecho judaico la más profunda sensación de que era capaz. Pero por lo general, Jesús ocultaba su verdadero carácter, aunque se reveló de vez en cuando, como lo hizo en Nazaret. Sin duda el motivo de esto fue que entre las excitables multitudes de los incultos galileos con sus groseras esperanzas materialistas, semejante declaración hubiera causado un levantamiento revolucionario contra el gobierno, que hubiera distraído la atención del pueblo del verdadero objeto de Jesús y hubiera hecho caer sobre la cabeza de éste la espada romana, de la misma manera que en Judea esta declaración le hubiera traído un ataque fatal de parte de las autoridades judaicas. Para evitar interrupciones de una y otra clase, mantenía en reserva la revelación plena de sí mismo, esforzándose en preparar el espíritu público para recibirle en su verdadero significado interior y espiritual cuando llegara el debido momento para divulgarla y dejando entre tanto, que su identidad se comprendiera por su carácter y su obra.

Los dos grandes medios que Jesús empleaba, en su obra, y que excitaron tanta atención y entusiasmo, eran sus milagros y su predicación.

Milagros

Tal vez sus milagros movieron más hondamente la atención. Se nos refiere cómo se extendió por dondequiera con la rapidez de un incendio la noticia del primer milagro que hizo en Capernaum, hecho que atrajo multitudes a la casa en donde estaba; y siempre que hacía un nuevo milagro de carácter extraordinario, la excitación se hacía mayor y el rumor de él se extendía por todos lados. Cuando, por ejemplo, curó por primera vez la lepra, la enfermedad más maligna que se conocía en Palestina, el asombro del pueblo no tuvo límites. Lo mismo sucedió I la primera vez que venció un caso de posesión demoníaca; y cuando restauró al hijo de la viuda de Naín, I resultó una especie de temor abrumador, seguido de una I deliciosa admiración y del hablar de miles de lenguas. Toda Galilea estuvo por algún tiempo en movimiento, por lo numeroso de los enfermos de todas clases que andando o arrastrándose, llegaban hasta cerca de él, y de los grupos de solícitos amigos que llevaban sobre lechos y camillas a los que no podían andar. A uno y otro lado de las calles de las aldeas y ciudades estaban alineados los enfermos, al tiempo que pasaba el médico divino. Algunas veces tenía que atender a tantos que no tenía tiempo ni para comer, y en una época estaba tan absorto en sus benévolos trabajos y tan arrebatado de la santa excitación que le causaban, que sus parientes con indecorosa premura trataron de interrumpirlo, diciéndose unos a otros que estaba fuera de sí.

Los milagros de Jesús en su conjunto, eran de dos clases— milagros que se hacían sobre el hombre, y milagros hechos en la esfera de la naturaleza externa, tales como cambiar el agua en vino, calmar la tempestad, y multiplicar los panes. Aquéllos eran, por mucho, los más numerosos. Consistían principalmente en curar a los que tenían enfermedades más o menos malignas, tales como los cojos, ciegos, sordos, paráliticos, leprosos, etc. Parece haber variado mucho su modo de hacerlos por motivos que no podemos explicar. Algunas veces empleó medios materiales tales como el tacto, barro mojado puesto en la parte afectada, o haciendo que el paciente se bañara. En otras ocasiones los sanó sin el uso de medios, y aún a veces a distancia.

A más de estas curaciones físicas, curaba también las enfermedades mentales. Estas parecen haber prevalecido de una manera especial en Palestina en esa época, y haber excitado el temor más extremo. Se creía que eran acompañadas de la entrada de demonios en las pobres víctimas locas o rabiosas, y esta idea no era sino muy verdadera. El hombre a quien sanó Jesús entre los sepulcros de la tierra de los gadarenos fue ejemplo horroroso de esta clase de enfermedad, y el cuadro de él sentado a los pies de Jesús, vestido y en su juicio, demuestra el efecto que su presencia tan cariñosa, calmante y autoritativa, tenía en las mentes distraídas por estas enfermedades.

Pero los más extraordinarios de los milagros de Jesús sobre el hombre fueron los casos en que restauró los muertos a la vida. No eran frecuentes, pero como era natural, produjeron una impresión extraordinaria siempre que sucedían.

Los milagros de la otra clase—los que hizo sobre la naturaleza—eran del mismo carácter indescriptible. Algunas de sus curaciones de la enfermedad mental, si estuvieran solas, podrían ser explicadas por la influencia de una naturaleza poderosa sobre un alma perturbada; y de la misma manera algunas de sus curaciones corporales podrían ser explicadas por la influencia que ejercía sobre el cuerpo por medio de la mente. Pero un milagro como el andar sobre el tempestuoso mar está completamente fuera del alcance de toda explicación natural.

¿Por qué empleaba Jesús estos medios? Pueden darse a esta pregunta varias respuestas.

Primero, hizo milagros porque su Padre le dio estas señales como prueba de que él lo había enviado. Muchos de los profetas del Antiguo Testamento habían recibido la misma prueba de la autenticidad de su misión, y aunque como los Evangelios nos informan en su sencilla veracidad, Juan que revivió el oficio de profeta no hizo milagros, era de esperarse que Aquél que era un profeta mucho mayor que el más grande de los que habían venido antes de él, mostrara aun mayores señales de su misión divina que cualquier otro. Era una demanda estupenda la que él hacía sobre la fe de los hombres anunciándose como el Mesías, y habría sido injusto esperar que fuera admitida por una nación acostumbrada a los milagros como señales de una misión divina, si él no hubiera hecho ninguno.

En segundo lugar, los milagros de Cristo eran la manifestación natural de la plenitud divina que moraba en él. Dios estaba en él y su naturaleza humana estaba llena de los dones del Espíritu Santo sin medida. Era natural que un ser como él en el mundo, también manifestara prodigios en él. El mismo era el gran milagro, del cual sus milagros particulares no eran más que chispas o emanaciones. El era la interrupción máxima del orden natural, o más bien un nuevo elemento que había entrado en el orden natural para enriquecerlo y ennoblecerlo, y sus milagros entraron con él, no para perturbar sino para restaurar la armonía de la naturaleza. Por consiguiente todos sus milagros llevaban el sello de su carácter. No eran simples manifestaciones de poder, sino también de santidad, sabiduría y amor.

Los judíos a menudo le pedían simples prodigios gigantescos, para satisfacer su manía de maravillas. Pero él siempre los rechazaba, haciendo solamente los milagros que fueran auxilio para la fe. El exigía fe por parte de todas las personas a quienes curaba, y nunca respondía ni a la curiosidad ni a los desafíos incrédulos que se le hacían para que exhibiera maravillas. Esto

distingue sus milagros de los prodigios fabulosos de los antiguos nigromantes y de los "santos" de la Edad Media. Estaban caracterizados por una sabiduría y benevolencia invariables, porque eran la expresión de su carácter en su plenitud.

En tercer lugar, sus milagros eran símbolos de su obra espiritual y salvadora. No se necesita más que considerarlos por un momento para ver que todos eran triunfos sobre la miseria de este mundo. La humanidad es presa de mil males, y aun la naturaleza externa lleva señales de alguna catástrofe del pasado. "Toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora". Este vasto conjunto de males físicos en la suerte de la raza humana es la consecuencia del pecado. Esto no quiere decir que se puede hallar la relación entre cada enfermedad o desgracia y algún pecado especial, aunque puede hacerse en muchos casos. Las consecuencias de los pecados pasados recaen sobre toda la raza. La miseria del mundo es la sombra causada por el pecado. El mal físico y el mal moral, estando tan íntimamente relacionados, se explican uno al otro. Cuando él curaba la ceguera corporal, era un tipo de curación del ojo interior; cuando levantaba a los muertos, quería indicar que él era la resurrección y la vida en el mundo espiritual también; cuando sanó al leproso, su triunfo hablaba de otro triunfo sobre el pecado; cuando multiplicó los panes, siguió con el discurso sobre el pan de vida; cuando calmó la tempestad, era una seguridad de que podía hablar de paz a la conciencia perturbada.

De esta manera sus milagros eran una parte natural y esencial de su obra mesiánica. Eran un excelente medio de darse a conocer a la nación. Así los que eran curados se unían a él por las fuertes ligas de la gratitud, y sin duda, en muchos casos, la fe en él como hacedor de milagros conducía a una fe más elevada. Así fue en el caso de su devota seguidora María Magdalena, de quien echó siete demonios.

A él mismo, esta obra debe de haber traído gran pesar y gran gozo a la vez. Para su corazón tan tierno y exquisitamente simpático, que nunca se hizo insensible ni en el menor grado, debe de haber sido desgarrador tener contacto con tanta enfermedad, y ver los efectos espantosos del pecado. Pero él estaba en su lugar debido, pues convenía a su amor supremo estar en donde había necesidad de socorro. Y qué gozo debe de haberle causado distribuir bendiciones por todas partes y borrar las huellas del pecado; ver volver bajo su tacto la salud; recibir las miradas alegres y llenas de gratitud de los ojos que se abrían; oír las bendiciones de madres y hermanas, mientras restauraba sus amados a sus brazos; ver la luz de amor y bienvenida en los rostros de los pobres, al entrar en sus pueblos y aldeas. Bebía profundamente la bienaventuranza de hacer el bien del pozo del cual quería que sus discípulos estuvieran bebiendo siempre.

Predicación

El otro gran instrumento de que Jesús se servía para su obra era su enseñanza. Era, por mucho, el más importante de los dos. Sus milagros no eran más que la campana que llamaba al pueblo a oír sus palabras. Impresionaban a aquéllos que tal vez no hubieran sido susceptibles a la otra influencia más sutil, y los conducían hasta estar al alcance de ella.

Es probable que los milagros hicieran más ruido, pero su predicación también extendía su fama por todos lados. No hay otro poder cuya atracción sea más segura que el de la palabra elocuente. Los bárbaros que escuchaban a sus poetas y narradores de leyendas, los griegos que

escuchaban la refrenada pasión de sus oradores, y las naciones prácticas como los romanos, todos igualmente han confesado que el poder de la elocuencia es irresistible. Los judíos la apreciaban sobre casi todo otro atractivo, y entre las figuras de sus afamados antepasados, a ninguno reverenciaban más que a los profetas— aquellos elocuentes anunciadores de la verdad que el cielo les enviaba de edad en edad. Aunque el Bautista no hacía milagros, las multitudes acudían a él en tropel, porque reconocían en sus acentos el trueno de este poder, el cual ningún oído judío había escuchado por tantas generaciones. Jesús también fue reconocido como profeta, y por consiguiente su predicación causaba excitación intensa: "Hablaban en las sinagogas de ellos, siendo glorificado de todos". Sus palabras eran escuchadas con admiración y asombro. Algunas veces la multitud en la playa del lago le oprimía tanto para oírle, que él tenía que entrar en un navío y dirigirse a ellos desde la cubierta, mientras se extendían en semicírculo sobre la ascendente ribera. Sus mismos enemigos dieron testimonio de que "jamás habló hombre alguno como este hombre", y a pesar de ser poco lo que nos queda de su predicación, es muy suficiente para que nos hagamos eco del mismo sentimiento y comprendamos la impresión que producía. Todas sus palabras juntas que nos han sido conservadas no ocuparían más lugar, impresas, que una media docena de sermones ordinarios; pero no es exageración el afirmar que forman la herencia literaria más preciosa de la raza humana. Sus palabras, como sus milagros, eran expresiones de él mismo, y cada una de ellas tiene en sí algo de la grandeza de su carácter.

La forma de la predicación de Jesús era esencialmente judaica. La mente oriental no funciona de la misma manera que la occidental. El modo nuestro de pensar y hablar, en su mejor estado, es fluido, expansivo, y estrictamente lógico. La clase de discurso que más nos agrada es aquel que toma un asunto importante, lo divide en sus diferentes partes, lo trata ampliamente bajo cada una de sus divisiones, relaciona estrechamente una parte a otra, y concluye con una apelación conmovedora a los sentimientos, con el fin de influir en la voluntad, conduciéndola a algún resultado práctico.

La mente oriental, al contrario, suele meditar por mucho tiempo sobre un solo punto, verlo por todos lados, concentrar toda la verdad acerca de él, y emitiría en unas pocas palabras penetrantes y fáciles de grabarse en la memoria. El estilo es conciso, epigramático, magistral. El discurso del orador del Occidente es una estructura sistemática, o como una cadena en la cual cada eslabón está firmemente unido con los demás; el oriental es como el cielo en la noche, lleno de innumerables puntos ardientes, que brillan sobre un fondo oscuro.

Tal era la forma de la enseñanza de Jesús. Estaba constituida por muchas sentencias, cada una de las cuales contenía la mayor cantidad posible de verdades en la menor extensión posible, expresada en lenguaje tan conciso y penetrante que se fija en la memoria como una flecha. Leedlas y hallareis que cada una de ellas mientras las meditáis, absorbe la mente más y más como un vórtice, hasta que se pierde en sus profundidades. Hallaréis también que hay muy pocas de ellas que no sepáis de memoria. Se han arraigado en la memoria del cristianismo como ninguna otra palabra lo ha hecho. Aún antes de que se comprenda su sentido, la expresión, tan perfecta y sentenciosa, se fija con firmeza en la mente.

Pero había otro rasgo característico en la forma de la enseñanza de Jesús: estaba llena de figuras retóricas. Pensaba en imágenes. Había sido siempre un observador amante y exacto de la naturaleza eme le rodeaba —de los colores de las flores, las costumbres de las aves, el creci-

miento de los árboles, los cambios de estaciones- y un observador igualmente perspicaz de las costumbres de los hombres en todos los niveles de la vida: en la religión, en los negocios, y en el hogar. El resultado fue que no podía ni pensar ni hablar sin que su pensamiento se vertiera en el molde de alguna figura natural. Su predicación era vivificada con alusiones de esta naturaleza, y por consiguiente estaba llena de color, movimiento, y variadas formas. No eran afirmaciones abstractas; se transformaban en verdaderos cuadros.

De esta manera, en sus dichos podemos ver, como en un panorama, los aspectos del campo y de la vida de aquel tiempo: Los lirios movidos del viento, cuya hermosura vistosa deleitaba los ojos; las ovejas siguiendo al pastor; las puertas anchas y angostas de la ciudad; las vírgenes con sus lámparas, aguardando en la oscuridad la venida de la procesión nupcial; el fariseo con sus anchas filacterias y el publicano con la cabeza inclinada, orando juntos en el templo; el rico sentado en su palacio en banquete, y el mendigo echado a su puerta con los perros lamiendo sus llagas; y centenares de otros cuadros que descubren la vida íntima y minuciosa de aquella época sobre la cual la historia en general marcha descuidadamente con paso majestuoso.

Pero la forma más característica que empleaba era la parábola. Era una combinación de las dos cualidades ya mencionadas: la expresión concisa y fácil de grabarse en la memoria, y el estilo figurado. Usaba un incidente tomado de la vida común y lo transformaba en un cuadro hermoso, para expresar la correspondiente verdad en la región más elevada y espiritual.

Era entre los judíos un modo favorito de presentar la verdad, pero Jesús le impartió su más rico y perfecto desarrollo. Cerca de la tercera parte de todos los dichos suyos que nos han sido conservados son en forma de parábolas. Esto demuestra como se fijaban en la memoria de los discípulos. De la misma manera, es probable que los oyentes de los sermones de cualquier predicador, después de algunos años, se acordarán de los ejemplos mucho mejor que de cualquier otra parte de ellos ¡Cómo han quedado estas parábolas en la memoria de todas las generaciones desde entonces! El hijo pródigo, El sembrador, Las diez vírgenes, y otras muchas, son otros tantos cuadros colgados en millones de espíritus. ¿Cuáles pasajes de los grandes maestros de expresión —de Hornero, de Virgilio, de Dante, de Shakespeare— han conseguido para sí un poder tan universal sobre los hombres o se han conservado tan perennemente nuevos y verdaderos?

Nunca tuvo que ir lejos para buscar ejemplos. Como un maestro pintor hará, con un pedacito de yeso o de carbón, una cara que os hará reír, llorar, o maravillaros, así Jesús tomaba los objetos e incidentes más comunes alrededor de él —el coser un pedazo de género sobre un vestido viejo, la rotura de un odre viejo, los muchachos en la plaza jugando a matrimonios o a funerales, o la caída de una choza en una tempestad— y los transformaba en cuadros perfectos, haciéndolos, para el mundo, los vehículos de la verdad inmortal. ¡No era extraño que las multitudes le siguieran! Aun el más ignorante tendría gusto en semejantes cuadros y llevaría, como un tesoro para toda su vida, al menos la expresión de las ideas de Jesús, aunque podría necesitarse el pensamiento de generaciones para penetrar las cristalinas profundidades de ellas. Nunca hubo discursos tan sencillos y sin embargo tan profundos, tan pintorescos y sin embargo tan absolutamente verdaderos.

Tales eran las cualidades de su estilo. Las cualidades del predicador mismo han sido

conservadas para nosotros en las críticas de sus oyentes y se manifiestan en sus discursos contenidos en los Evangelios.

La más prominente de estas cualidades parece haber sido su autoridad: "Las gentes se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas".

La primera cosa que notaron sus oyentes fue el contraste entre sus palabras y la predicación que acostumbraban oír de los escribas en las sinagogas. Estos eran los representantes del sistema más muerto y más árido de teología que haya sido considerado como religión en cualquier siglo. En vez de explicar las Escrituras, que estaban en sus manos y que hubieran prestado a sus palabras un poder vivo, no hacían más que referir las opiniones de los comentadores, y tenían miedo de presentar cualquiera afirmación que no estuviera sostenida por la autoridad de algún maestro. En lugar de ocuparse de los grandes temas de la justicia y la misericordia, del amor y de Dios, torturaban el texto sagrado para hacer de él un manual de ceremonias, y predicaban sobre la debida anchura de las filacterias, las debidas posturas en la oración, la debida duración de los ayunos, la distancia que era permitido andar el sábado, y otras cosas por el estilo; porque en estas cosas consistía la religión de aquel tiempo.

Para ver en los tiempos modernos, alguna cosa un poco parecida a la predicación que prevalecía entonces, tenemos que volver para atrás hasta el período de la Reforma, cuando según nos dice el biógrafo de Knox, las arengas pronunciadas por los monjes eran vacías, ridículas y miserables en extremo. "Cuentos fabulosos tocantes al fundador de alguna orden religiosa, los milagros que hacía, sus combates con el demonio, sus veladas, ayunos y flagelaciones; las virtudes del agua bendita, el crisma, el persignarse, y el exorcismo; los horrores del purgatorio, y el número de individuos libertados de él por la intercesión de algún santo poderoso. Estos, con groseras bromas, charlas y chismes de viejas formaban los temas favoritos de los predicadores, y eran presentados al pueblo en lugar de las puras, saludables y sublimes doctrinas de la Biblia "

Tal vez el contraste que el pueblo escocés, tres siglos y medio ha, sintió entre semejantes arengas y las elevadas palabras de Wishart y Knox, nos dé la mejor idea que podemos formarnos del efecto que la predicación de Jesús producía en sus contemporáneos. Nada sabía él de la autoridad de los maestros y escuelas de interpretación, pero hablaba como uno que había visto con sus propios ojos los objetos del mundo eterno. No necesitaba que nadie le hablara de Dios ni del hombre, porque conocía a ambos perfectamente. Estaba posesionado del conocimiento de su misión, el cual lo llevaba adelante e impartía vehemencia a toda palabra y acción. Se conocía a sí mismo como enviado de Dios, y sus palabras como las de Dios y no suyas propias. No vacilaba en decir a los que desatendían sus palabras que en el día del juicio serían ellos condenados por los de Nínive y por la reina de Saba, quienes habían escuchado a Jonás y a Salomón, porque ellos estaban oyendo a uno mayor que todo profeta o rey de la antigüedad. Los amonestaba que de la aceptación o rechazamiento del mensaje que él traía, dependía su eterna felicidad o miseria. Tal era el tono de solicitud, de majestad y de autoridad que hirió con asombro a sus oyentes.

Otra cualidad que el pueblo notaba en él era su *intrepidez*: "Pues, mirad, habla intrépidamente" (Valera "públicamente", Juan 7:26). Esto les parecía más asombroso porque él era hombre indocto, que ni había cursado las escuelas de Jerusalén, ni recibido licencia de

ninguna autoridad terrenal. Pero esta cualidad provenía de la misma causa que su autoridad. La timidez nace generalmente de la conciencia de sí mismo. El predicador que teme a sus oyentes y respeta la persona de los grandes y sabios, está pensando en sí mismo y en lo que se dirá de lo que hace. Pero aquel que se siente impulsado a una misión divina se olvida de sí mismo. Para él toda congregación es igual a cualquiera otra, sean nobles o plebeyos; piensa sólo en el mensaje que tiene que dar.

Jesús siempre miraba directamente a las realidades espirituales y eternas. El encanto de la grandeza de ellas se había apoderado de él y todas las distinciones humanas desaparecían en presencia de ellas; los hombres de todas clases no eran más que hombres para él. Era llevado adelante por el torrente de su misión, y ninguna cosa que pudiera sucederle podía detenerle en temores o dudas.

Manifestó su valor principalmente atacando los abusos e ideales de su tiempo. Sería una equivocación completa pensar en él como todo dulzura y humildad. Casi no hay otro elemento más saliente en sus palabras que una vena de ardiente indignación. Era una edad de imposturas más que cualquiera otra que haya habido. Ellas ocupaban todo alto puesto. Se ostentaban en la vida social, ocupaban las cátedras de la enseñanza y sobre todo, degradaban la religión en todas sus partes. La hipocresía había llegado a ser tan universal que ya había dejado de desconfiar de sí misma. Los ideales del pueblo eran completamente mezquinos y erróneos. Se siente, pulsando en todas las palabras de Jesús desde el principio hasta el fin, una indignación contra todo esto, que había comenzado con su primera observación en Nazaret y se maduraba a medida que crecía en su conocimiento de la época. Según él afirmaba terminantemente, las cosas más apreciadas entre los hombres eran una ofensa a la vista de Dios. Nunca hubo en la historia del lenguaje una polémica tan asolado», tan aniquiladora, como la de él contra las figuras a quienes, antes de que sus ardientes palabras fueran descargadas sobre ellos, la multitud rendía honores: el escriba, el fariseo, el sacerdote y el levita.

Una tercera cualidad que sus oyentes notaban era su *poder*: "Su palabra era con potestad". Esto fue el resultado de aquella unción del Espíritu Santo sin la cual aun las verdades más solemnes caen en el oído sin efecto. Estaba lleno del Espíritu sin medida. Por consiguiente la verdad se apoderó de él. Ardía y se henchía en su pecho, y él la hablaba de corazón a corazón. Tenía el Espíritu no sólo en tal grado que le llenaba a él mismo, sino que lo podía impartir a otros. Se derramaba con sus palabras y se apoderaba de las almas de sus oyentes, llenando de entusiasmo la mente y el corazón.

Una cuarta cualidad que se observaba en su predicación, y que de seguro fue muy prominente era su *gracia*: "Estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca". A pesar de su tono de autoridad y sus ataques severos y denodados contra la época, se difundía sobre todo lo que decía un brillo de gracia y de amor. En esto especialmente se manifestaba su carácter. ¿Cómo podía Aquél que era la encarnación del amor hacer menos que dejar que el brillo y el calor del fuego celestial que moraba en él se difundieran sobre sus palabras? Los escribas de aquel tiempo eran duros, orgullosos y sin amor. Lisonjaban a los ricos y honraban a los sabios, pero de las grandes masas de sus oyentes decían: "Esta gente no sabe la ley, malditos son". Pero para Jesús toda alma era infinitamente preciosa. No importaba bajo qué humilde vestido o deformidad social estaba escondida la perla; no importaba aun bajo qué basura

e inmundicia de pecado estaba sepultado; nunca la perdía de vista, ni por un instante. Por consiguiente, hablaba con el mismo respeto a sus oyentes de todos los grados sociales. Verdaderamente las parábolas del capítulo 15 de San Lucas eran el amor divino mismo manifestándose desde lo más íntimo del ser divino.

Tales eran algunas de las cualidades del predicador. Cabe mencionar una más, que quizás incluya a todas las demás, y es tal vez la cualidad más elevada de todo discurso público. *Se dirigía a los hombres como hombres, no como miembros de alguna clase o como poseedores de alguna cultura peculiar.* Las diferencias que dividen a los hombres, tales como riquezas, rango, y educación, son todas superficiales. Los elementos en que todos son iguales —el extenso sentido del entendimiento, las grandes pasiones del corazón, los instintos primarios de la conciencia— son profundos. No quiero decir que sean los mismos en todos los hombres. En algunos son más profundos, en otros menos; pero en todos son más profundos que otra cosa cualquiera. Aquel que se dirige a estos sentimientos apela a lo más profundo de sus oyentes. Será inteligible para todos igualmente. Todo oyente recibirá de él su propia porción; la mente estrecha y de poca profundidad recibirá todo lo que puede tomar, y la más grande y profunda se llenará en el mismo banquete. Es por eso que las palabras de Jesús son perennes en su frescura. Son para todas las generaciones, y para todas igualmente. Apelan a los elementos más profundos de la naturaleza humana hoy, en Inglaterra o en China, tanto como lo hacían en Palestina cuando fueron pronunciadas.

Cuando llegamos ahora a investigar cuál era *la materia de la predicación de Jesús*, esperamos tal vez encontrarle explicando el sistema de doctrina que conocemos, tal como viene expuesto en un catecismo o en una confesión de fe. Pero lo que hallamos es muy diferente. No hizo uso de ningún sistema de doctrina. Es verdad que no podemos dudar de que todas las numerosas y variadas ideas de su predicación, así como aquellas a que no dio expresión, coexistían en su mente como un sistema perfectamente desarrollado de verdad. Pero no coexistieron así en su predicación. No empleaba la fraseología teológica, hablando de la Trinidad, de la predestinación o del llamamiento eficaz, aunque las ideas que estos términos abarcan formaban la base de sus palabras, no hay que dudar de que sea el deber de la ciencia descubrirlas. Pero él hablaba el lenguaje de la vida ordinaria y concentraba su predicación en unos cuantos puntos luminosos que afectaban el corazón, la conciencia y la época.

La idea central y la frase más común de su predicación era *el reino de Dios*. Todos recordarán cuántas de sus parábolas comienzan con "El reino de los cielos es semejante" a esto o a aquello. El dijo: es menester que también a las otras ciudades predique yo el reino de Dios", caracterizando así el asunto de su predicación; y de la misma manera se dice que envió a sus apóstoles "a predicar el reino de Dios". El no inventó la frase. Era una expresión histórica, traída del pasado, y muy común en la boca de sus contemporáneos. El Bautista había hecho gran uso de ella, siendo la sustancia de su mensaje: "El reino de Dios se acerca".

¿Qué significa esta expresión? Se refería a una nueva era que los profetas habían predicho y los santos habían esperado. El tiempo de espera estaba cumplido. Muchos profetas y justos, decía Jesús a sus contemporáneos, habían deseado ver lo que ellos veían, pero no lo habían visto. Afirmaba que tan grandes eran los privilegios y las glorias de la nueva época, que el que menos participaba de ellas era mayor que el Bautista, aunque éste había sido el mayor

representante del tiempo antiguo.

Todo esto no era más que lo que sus contemporáneos habrían esperado oír, si hubieran comprendido que el reino de Dios realmente había venido. Pero miraban en todas direcciones y preguntaban en dónde estaba la nueva era que Jesús decía que había traído.

En este punto, él y ellos estaban en completo desacuerdo. Ellos se fijaban más en la primera parte de la frase, "el reino", él en la segunda, "de Dios". Ellos esperaban que la nueva era apareciera bajo magníficas formas materiales; en un reino del que Dios sería en verdad el gobernador, pero que mostraría, en sí mismo, esplendor mundanal, fuerza de armas, y un imperio universal. Jesús veía la nueva era en un imperio de Dios sobre el corazón amante y la voluntad obediente. Ellos lo buscaban afuera. El decía: "Está dentro de vosotros". Ellos esperaban una era de gloria y felicidad externas. El basaba la gloria y la bienaventuranza del nuevo tiempo en el carácter. Y era un carácter totalmente diferente de aquel que se consideraba entonces como el que impartía gloria y bienaventuranza al individuo que lo poseía: el del orgulloso fariseo, del rico saduceo o del sabio escriba. Bienaventurados -decía él- son los pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacificadores, los que son perseguidos a causa de la justicia.

La tendencia principal de su predicación era exponer esta idea del reino de Dios, el carácter de sus miembros, su felicidad en poseer el amor y comunión de su Padre en los cielos, sus expectativas en el mundo venidero. Ponía de relieve el contraste entre este reino y la religión de exterioridades de la época, con su carencia de espiritualidad y su sustitución de observancias ceremoniales en lugar del carácter. Invitaba a su reino a todas las clases sociales. Invitaba a los ricos, demostrando, como en la parábola del rico y Lázaro, la vanidad y el peligro de buscar la felicidad en las riquezas; y a los pobres, infundiéndoles un sentimiento de su propia dignidad, persuadiéndoles con el afecto más exuberante y las palabras más convincentes que la única riqueza verdadera consiste en el carácter, y asegurándoles que si buscaban primero el reino de Dios, su Padre celestial, que alimentaba a las aves y vestía los lirios, no los dejaría sufrir.

Pero el centro y el alma de su predicación era *él mismo*. En él estaba la nueva era. El nuevo carácter que hacía a los hombres súbditos del reino y participantes en los privilegios de ese reino, podía conseguirse sólo en él. Por esto el resultado práctico de cada uno de los discursos de Cristo era el mandato de venir a él, aprender de él, seguirle a él. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados" era la palabra principal, la más profunda, y la final de todos sus discursos.

Es imposible leer los discursos de Jesús sin notar que maravillosos como son, sin embargo, algunas de *las doctrinas más características del cristianismo* tal como están expuestas en las epístolas de San Pablo, ahora conservadas con aprecio en las almas de los cristianos más devotos y más sabios, ocupan en ellos un lugar insignificante.

Especialmente esto se echa de ver respecto a las grandes doctrinas del Evangelio, tales como la manera en que el pecador se reconcilia con Dios, y cómo en su alma perdonada se produce gradualmente el carácter que lo hace parecido a Cristo y aceptable al Padre. La falta de referencia a tales doctrinas puede haberse exagerado mucho, siendo el hecho que no hay una sola

doctrina prominente del gran apóstol cuyos gérmenes no se encuentren en la enseñanza de Cristo mismo. Sin embargo, el contraste es lo suficiente marcado para dar cierta excusa a los que niegan que las doctrinas distintivas de San Pablo sean elementos legítimos del cristianismo.

Pero la verdadera explicación del fenómeno es muy diferente. Jesús no era sólo un instructor. Su carácter era más grande que sus palabras, y así lo era también su obra. La parte principal de esa obra era hacer expiación por los pecados del mundo con su muerte en la cruz. Pero sus discípulos más íntimos nunca quisieron creer que él había de morir, y hasta que se verificara su muerte, era imposible explicar su significado más profundo. Las doctrinas más distintivas de San Pablo no son más que explicaciones de dos grandes hechos: la muerte de Cristo y el Espíritu enviado por el Redentor glorificado. Es obvio que estos hechos no podían ser bien explicados en las palabras de Jesús mismo, cuando todavía no se habían verificado; pero suprimir la explicación inspirada de ellos sería apagar la luz del evangelio y robarle a Cristo su gloria más elevada.

El auditorio de Jesús variaba en diferentes ocasiones, tanto en su número como en su carácter. Muchas veces era una gran multitud. Se dirigía a éstas en todas partes: sobre la montaña, en la orilla del mar, en el camino, en las sinagogas, en los atrios del templo. Pero estaba igualmente pronto a hablar con un solo individuo, por humilde que fuera. Se aprovechaba de toda oportunidad para hacerlo así. A pesar de estar rendido de cansancio, habló con la mujer junto al pozo de Jacob. Recibió a Nicodemo a solas y enseñó a María en su casa. Se dice que en los Evangelios se mencionan diecinueve de estas entrevistas privadas. Dan a sus discípulos un ejemplo notable. Esta es tal vez la más eficaz de todas las formas de instrucción, y de todos modos, constituye la mejor prueba de solicitud en enseñar. El hombre que predica con entusiasmo a miles de personas puede ser un simple orador; pero aquel que busca oportunidad para hablar directamente al individuo sobre la condición de su alma, debe de tener el verdadero fuego celestial ardiendo en su corazón.

Frecuentemente su auditorio se componía del círculo de sus discípulos. Su predicación hacía división entre sus oyentes. El mismo, en sus parábolas, tales como el sembrador, la cizaña y el trigo, la fiesta de bodas, etc., describía con una vividez sin igual, los efectos de su predicación sobre las diferentes clases. A algunos su predicación los repelía totalmente. Otros la escuchaban con asombro, sin que les tocara el corazón; otros eran afectados por algún tiempo, pero pronto volvían a sus antiguos intereses. Es terrible pensar cuan pocos eran, aun cuando era el Hijo de Dios quien predicaba, los que oían para la salvación. Los que lo hicieron así gradualmente formaron a su alrededor un cuerpo de discípulos. Le seguían, escuchando todos sus discursos, y con frecuencia les hablaba a solas. Tales eran los quinientos a quienes apareció en Galilea después de su resurrección. Algunos de ellos eran mujeres, tales como María Magdalena, Susana y Juana la esposa del mayordomo de Herodes, quien como era rica, suplía con gusto sus pocas y sencillas necesidades.

A estos discípulos les daba una instrucción más perfecta que a las multitudes. Les explicaba en privado cualquiera cosa que fuera oscura en su enseñanza pública. Más de una vez hizo la extraña aseveración de que hablaba en parábolas a la multitud, para que oyendo no entendiesen. Esto no podía sino significar que a aquellos que realmente no tenían interés en la verdad no se les daba más que la hermosa corteza, pero que el fin de la falta de claridad era

incitar a una investigación más profunda, así como un velo que medio cubre un bello rostro hace más intenso el deseo de verlo; y que a aquellos que tenían una ansiedad espiritual de saber más, gustosamente les comunicaría el secreto. Estos últimos, cuando se hizo evidente que la nación en general no era digna de ser el instrumento de la obra del Mesías, llegaron a formar el núcleo de aquella sociedad espiritual, elevada por encima de todas las limitaciones locales y las distinciones de rango y nacionalidad, por medio de la cual el espíritu y la doctrina de Cristo habían de ser diseminados y perpetuados en el mundo.

El apostolado

Llamamiento y educación de los doce. Quizá la formación del apostolado debe colocarse a la par de los milagros y la predicación como un tercer medio por el cual él efectuaba su obra. Los hombres que llegaron a ser los doce apóstoles no eran más, al principio, que discípulos ordinarios como otros muchos. Esta, al menos, era la posición de los que ya eran sus seguidores durante el primer año de su ministerio. Al comenzar su actividad en Galilea, sus relaciones con él pasaron a un grado más alto. Los llamó para que abandonaran sus empleos ordinarios y estuviesen constantemente con él, y es probable que no pasaron muchas semanas antes de que los ascendiese al tercero y final grado de intimidad con él, ordenándolos como apóstoles.

Fue cuando su obra había llegado a ser tan extensa y apremiante que le era completamente imposible abarcarla toda, que por decirlo así, se multiplicó a sí mismo, nombrándoles a ellos como sus ayudantes. Los comisionó a enseñar los elementos más sencillos de su doctrina, y les confirió poderes milagrosos semejantes a los suyos propios. De esta manera fueron evangelizadas muchas poblaciones que él no tenía tiempo para visitar, y muchas personas que no pudieron llegar a tener contacto personal con él, fueron curadas.

Pero, como lo demostraron los sucesos futuros, sus fines al nombrarlos tenían un alcance mucho mayor. Su obra era para todo tiempo y para todo el mundo. No era posible que fuese terminada durante la vida de una sola persona. Previo esto, e hizo provisión para ello, haciendo una temprana elección de agentes que pudieran llevar adelante sus planes después de su partida y por medio de los cuales pudiera extender su influencia sobre la humanidad. El mismo no escribió nada. Pudiera pensarse que escribir hubiera sido el mejor modo de perpetuar su influencia, y de dar al mundo una idea perfecta de sí mismo; y no podemos menos que imaginarnos, animados de un vehemente deseo, lo que sería un volumen escrito por sus propias manos. Pero por razones sabias él se abstuvo de esta clase de trabajo y se resolvió a vivir, después de su muerte, en la vida de hombres escogidos.

Es sorprendente ver qué clase de personas escogió él para tan grande destino. No pertenecían a las clases instruidas y de más influencia. Sin dudas los cabecillas y caudillos de la nación debían haber sido los instrumentos de su Mesías, pero ellos mismos se mostraron totalmente indignos de tan alta vocación. El no los necesitaba; no le hacía falta la influencia de poder y sabiduría carnales. Siendo su costumbre hacer uso de aquellos elementos de carácter que no se limitan a ninguna condición de vida o grado de cultura, no vaciló en confiar su causa a doce hombres sencillos que carecían de instrucción y que pertenecían al pueblo común.

Hizo la elección después de una noche de oración, y sin duda después de muchos días de

deliberación. El resultado demostró con qué penetración de carácter él había actuado. Resultaron ser instrumentos perfectamente adecuados para el gran designio; cuando menos dos de ellos eran hombres de dones supremos; y aunque uno de los doce resultó ser traidor, y es probable que aun después de hechas todas las explicaciones la elección de él seguirá siendo un misterio explicado apenas en parte; sin embargo, la elección de agentes que al principio daban tan poca esperanza, pero que al fin alcanzaron tan grande éxito, será siempre uno de los principales momentos de la incomparable originalidad de Jesús.

Sería sin embargo una explicación muy inadecuada de la relación que existía entre Jesús y los doce, señalar solamente la penetración con que descubrió en ellos los gérmenes de aptitud para su grande porvenir. Llegaron a ser hombres muy notables, y al fundar la iglesia ejecutaron una obra de importancia inconmensurable. Se puede decir, en un sentido, que ellos ni soñaron que estarían sentados en tronos, gobernando al mundo moderno. Ellos se levantan como una hilera de columnas majestuosas al través de las llanuras de la historia. Pero la luz que los baña y los hace visibles proviene sólo de Cristo. El les dio toda su grandeza; y la de ellos es una notable prueba de la de él.

¡Qué no debe de haber sido Aquél cuya influencia les daba tanta magnitud de carácter, y los hizo aptos para tan gigantesca tarea! Al principio eran rudos y carnales en extremo. ¿Qué esperanza había de que alguna vez pudieran apreciar los designios de una mente como la de él, heredar su obra, poseer en grado alguno un espíritu tan exquisito, y transmitir a generaciones futuras una representación fiel de su carácter? Pero los educaba con la paciencia más cariñosa, soportando sus vulgares esperanzas y sus torpes interpretaciones de lo que él quería decir. No olvidándose ni por un momento del papel que ellos iban a hacer en el futuro, se dedicó a enseñarles, como su obra principal.

Estaban en compañía con él más constantemente aun que el cuerpo general de los discípulos, viendo todo lo que él hacía en público y escuchando todo lo que decía. Muchas veces ellos formaban el auditorio, y en tales ocasiones él les descubría las glorias y los misterios de su doctrina, sembrando en sus mentes la semilla de la verdad que después con el tiempo y la experiencia debía fructificar.

Pero la parte más importante de su educación era algo que quizás notaron poco entonces, a pesar de que estaba produciendo tan magníficos resultados: la influencia silenciosa y constante del carácter de Jesús sobre ellos. Los atraía a sí mismo e imprimía en ellos su propia imagen. Esto fue lo que los hizo llegar a ser lo que fueron. Por medio de esto, más que por otra cosa alguna, las generaciones de los que lo aman dirigen sus miradas a ellos con envidia. Admiramos y adoramos aun a tan grande distancia las cualidades de su carácter, pero ¡Qué sería haberlas visto en la unidad de su vida, y sentir durante años enteros su influencia transformadora! ¿Podemos conocer con alguna exactitud los rasgos distintivos de ese carácter, cuya gloria ellos veían y bajo cuya potencia vivían?

£7 *carácter humano de Jesús.* Tal vez el rasgo que notarían primero los discípulos en Jesús sería su concentración en su propósito. Es indudable que esta cualidad marca el tono fundamental que se oye en todos sus dichos que nos han sido conservados, y es el pulso que sentimos latir en todas sus acciones cuyo recuerdo tenemos. Estaba posesionado de un propósito

que lo guiaba y lo impulsaba hacia adelante.

La mayor parte de las vidas no se dirigen hacia ningún fin particular, sino que se dejan llevar adelante, bajo la influencia de variados sentimientos e instintos o por las corrientes de la sociedad, y nada terminan. Pero es evidente que Jesús tenía por delante un objetivo definido, que absorbía sus pensamientos y desarrollaba toda su energía. A menudo daba como motivo para no hacer algo: "Mi hora no ha llegado", como si su designio absorbiera cada momento y como si cada hora tuviera designada su parte propia en la tarea. Esto impartía a su vida un celo y rapidez de ejecución de que la mayor parte de las vidas carecen. Esto le salvó también de perder su energía en detalles, y del cuidado por las cosas pequeñas en que se disipan las vidas de los que no tienen una vocación definida; y esto hizo que su vida, a pesar de ser tan variadas sus actividades, fuera una perfecta unidad.

Muy íntimamente relacionada con esta cualidad había otra muy saliente, que puede llamarse *su fe* por la cual se quiere decir su asombrosa confianza en la realización de su propósito, y una aparente desatención a los medios y a la oposición. Si se considera, aun de la manera más general, cuan vasto era su propósito —reformular su nación y emprender un movimiento religioso que debía ser eterno y universal—; si se toma en consideración la oposición que encontraba y que él preveía que su causa tendría que encontrar a cada paso; y si se recuerda lo que él, como hombre, era —un indocto campesino de Galilea— su tranquila e intrépida confianza en su buen éxito aparecerá tan sólo menos notable que el buen éxito mismo.

Después de leer los Evangelios, una persona se pregunta con asombro qué hizo él para producir una impresión tan tremenda en el mundo. No creó ninguna maquinaria complicada para asegurar el efecto. No puso su mano sobre los centros de influencia: educación, riquezas, gobierno, etc. Es cierto que instituyó la iglesia. Pero no dejó ninguna explicación detallada de la naturaleza de ella ni reglas para su constitución. Era la sencillez de una fe que no busca medios, ni hace preparativos, sino que sencillamente sigue adelante y ejecuta su obra. Era la misma cualidad que según él, podía traspasar montañas, y la que más deseaba ver en sus discípulos. Era la insensatez del evangelio, de que se jactaba Pablo, saliendo con el denuedo que da el poder, pero con una escasez ridícula de equipo, para conquistar al mundo griego y romano.

Una tercera cualidad saliente de su carácter era su *originalidad*. La mayor parte de las vidas se explican fácilmente. No son más que productos de las circunstancias y copia de miles de otras vidas semejantes que coexisten con ellas o las han precedido. Nos modelan los hábitos y costumbres del país a que pertenecemos, la moda, y el gusto de nuestra generación, las tradiciones de nuestra educación, las preocupaciones de nuestra escuela o secta. La obra que ejecutamos nos es determinada por un concurso fortuito de circunstancias; en lugar de crecer nuestras convicciones naturalmente desde adentro, las maneja una autoridad que viene de afuera; nuestras opiniones no son traídas en fragmentos por cada viento que sopla.

Pero, ¿cuáles circunstancias formaron al Hombre Cristo Jesús? Nunca hubo otra edad más árida y estéril que aquella en que él nació. Era como una alta y vigorosa palmera nacida en un desierto. ¿Qué había en la vida estrecha de Nazaret para producir un carácter tan gigantesco? ¿Cómo era posible que la aldea notoriamente pecadora produjera una pureza tan viviente? Quizás algún escriba le haya enseñado las letras y los rudimentos del saber, pero su doctrina era

una contradicción completa de todo lo que los escribas enseñaban. Nunca se apoderaron de su espíritu libre, las modas de las sectas. ¡Cuan claramente, en medio de los sonidos que llenaban el oído de su época, oía él la desatendida voz de la verdad, tan diferente de aquéllos! ¡Cuan claramente, detrás de las pretensiones y las formas aceptadas de la piedad, veía la hermosa y desatendida figura de la santidad verdadera! Crecía desde adentro. Dirigía sus ojos directamente a los hechos de la naturaleza y de la vida, y creía lo que veía, en vez de permitir que su vista fuese modificada por lo que otros decían haber visto.

Era igualmente fiel a la verdad en sus palabras. Se presentaba y hablaba sin vacilación lo que creía, aunque sacudía hasta sus cimientos las instituciones, los credos, y las costumbres de su país, y desataba las opiniones del pueblo en centenares de los puntos en que habían sido educados.

Puede decirse en verdad, que a pesar de que la nación judaica de su tiempo era un terreno totalmente árido, del que no era posible esperar que creciera cosa alguna que fuera vigorosa o grande, él se volvió a la primitiva historia de su nación y nutría su espíritu con las ideas de Moisés y de los profetas. Hay algo de verdad en esto. Pero, a pesar de su cariñosa y constante familiaridad con ellos, los trataba con mano libre e intrépida. Los libró de sí mismos y exhibió en su perfección las ideas que ellos enseñaban sólo en germen. ¡Qué contraste entre el Dios del pacto con Israel y el Padre en los cielos que él revelaba; entre el templo con sus sacerdotes y sacrificios cruentos, y el culto en espíritu y verdad; entre la moralidad nacional y ceremonial de la ley y la moralidad de la conciencia y del corazón! Aun en comparación con las figuras de Moisés Elías, e Isaías, él se eleva sobre ellos en solitaria originalidad.

Una cuarta y muy gloriosa cualidad de su carácter era *su amor a los hombres*. Ya se ha dicho que estaba posesionado de un propósito que dominaba todo. Pero en el fondo de un gran propósito es necesario que haya una gran pasión que le dé forma y lo sostenga. El amor al hombre era la pasión que dirigía e inspiraba a Jesús.

No se nos dice de manera explícita, cómo nació y crecía este amor en el retiro de Nazaret, y de qué elementos se nutría. Sólo sabemos que cuando apareció en público ésta era una pasión dominante que sofocaba todo amor propio, le llenaba de una compasión ilimitada hacia la miseria humana, y le hacía capaz de seguir adelante, sin vacilar, en la empresa a que se había consagrado. Sólo sabemos en general que este amor se nutría del concepto que tenía del valor infinito del alma humana. Sobrepasaba todos los límites que otros hombres han puesto a su benevolencia.

Generalmente las diferencias de clase y de nacionalidad enfrían el interés de los hombres unos por otros. En casi todo país se ha considerado como una virtud aborrecer a los enemigos; y hay acuerdo general en aborrecer y evitar a aquellos que hayan violado las leyes de la respetabilidad. Pero Jesús no hacía caso de estas convenciones, teniendo en contra de ellas el concepto dominante del valor que percibía igualmente en el enemigo, el extranjero y el proscrito de la sociedad.

Este amor dio forma al propósito de su vida. Le dio la simpatía más tierna e intensa hacia toda especie de dolor y de miseria. Era su motivo más profundo para adoptar la vocación de

sanar. En donde más necesidad había de socorro, hacia allá lo impulsaba su compasivo corazón. Pero era especialmente a salvar el alma a lo que su amor le impelía. Sabía que ésta era la verdadera joya, para rescatar la cual debía emprenderse todo, y que las angustias y los peligros de ella eran los mayores de todos. Ha habido a veces un amor a otros sin este designio vital. Pero la sabiduría dirigía su amor hacia el verdadero bienestar de aquellos a quienes amaba. Comprendía que estaba haciendo lo mejor posible para ellos cuando los salvaba de sus pecados.

Pero el atributo más prominente de su carácter era *su amor hacia Dios*. Es el supremo honor y privilegio del hombre ser uno con Dios en sentimiento, pensamiento, y propósito. Jesús tenía esta cualidad en grado perfecto.

Para nosotros es muy difícil formarnos en nuestro interior un concepto adecuado de Dios. La mayoría de los hombres apenas piensan en él alguna vez, y aun los más piadosos tienen que confesar que les cuesta un esfuerzo supremo disciplinar su mente hasta formar el hábito de tenerlo siempre presente. Cuando pensamos en él, es con un sentimiento penoso de la falta de armonía entre lo que hay en nosotros y lo que hay en él. No podemos quedarnos ni por pocos momentos en su presencia, sin sentir en cierto grado que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos.

Con Jesús no fue así. Siempre estaba consciente de la presencia de Dios. Nunca pasó una hora, nunca efectuó una acción, sin referencia directa a Dios. Dios lo rodeaba como el aire que respiraba o la luz del sol en que andaba. Sus pensamientos eran los pensamientos de Dios; sus deseos nunca fueron, en lo mínimo, diferentes de los de Dios; su propósito, según su más plena convicción, era el propósito de Dios para él.

¿Cómo llegó a tener esta armonía absoluta con Dios? En gran parte debe atribuirse a la perfecta armonía de su naturaleza en sí, pero en cierta medida la adquirió por los mismos medios por los cuales nosotros la procuramos con tanto trabajo; por el estudio de los pensamientos y propósitos de Dios, revelados en su Palabra, la cual desde su niñez era su gozo constante; cultivando en toda su vida la costumbre de orar, para la cual hallaba tiempo aun cuando no tenía tiempo para comer; y resistiendo con paciencia la tentación de dar lugar a sus propios pensamientos y propósitos que fueran diferentes de los de Dios.

Esto fue lo que le dio tanta fe e intrepidez en su obra; sabía que el llamamiento para ejecutarla venía de Dios, y que él no debía morir hasta que fuese concluida. Esto fue lo que hizo de él, con toda su conciencia de sí mismo y su originalidad, un modelo de humildad y sumisión; porque siempre reducía todo pensamiento y deseo a la obediencia a la voluntad de su Padre. Este fue el secreto de la paz y la majestuosa calma que impartían tanta grandeza a su conducta en las horas más aflictivas de su vida. Sabía que lo peor que pudiera sucederle sería contrariar la voluntad de su Padre acerca de él. Tenía siempre a mano un retiro de perfecto descanso, silencio y luz, en el cual podía refugiarse del clamor y la confusión que le rodeaba. Este era el gran secreto que legó a sus discípulos cuando les dijo al partir: "La paz os dejo, mi paz os doy".

La impecabilidad de Jesús ha sido indicada con frecuencia como el atributo culminante de su carácter. Las Escrituras, que refieren con tanta franqueza los errores de sus héroes más grandes, tales como Abraham y Moisés no tuvieron que registrar ningún pecado de él.

No hay otro rasgo de los santos de la antigüedad más notable que su penitencia. Cuanto más perfectamente santos fueron, tanto más abundantes y amargas fueron sus lágrimas y lamentaciones por su naturaleza pecadora. Pero aunque es admitido de todos que Jesús era la suprema figura religiosa en la historia, él nunca manifestó este distintivo de la santidad; nunca hizo confesión de pecado alguno. ¿No debe ser esto porque no tenía pecado que confesar?

Sin embargo, la idea de la impecabilidad es demasiado negativa para expresar la perfección de su carácter. Él era sin pecado; pero lo era porque estaba completamente lleno de amor. El pecado contra Dios no es más que la expresión de la falta de amor hacia Dios, y el pecado contra el hombre es falta de amor al hombre. Un ser completamente lleno de amor tanto a Dios como al hombre, no puede, de ninguna manera, pecar contra el uno o el otro. Esta plenitud de amor a su Padre y a la humanidad, dominando toda manifestación de su ser, constituía la perfección de su carácter.

A la impresión producida en ellos por su prolongado contacto con su Maestro, debían los doce todo lo que llegaron a ser. No podemos indicar con exactitud en qué tiempo comenzaron a comprender la verdad central del cristianismo, que tenían que publicar al mundo después, es a saber que detrás de la ternura y majestad de este carácter humano, había en él algo más augusto; ni por qué grados sus impresiones se maduraron hasta llegar a la plena convicción de que en él la humanidad perfecta estaba en unión con la divinidad perfecta. Este era el término de todas las revelaciones que les hacía de sí mismo. Pero el quebrantamiento de su fe al tiempo de la muerte de él muestra cuán poco maduras deben haber estado hasta entonces sus convicciones con respecto a su personalidad, por más dignamente que hayan podido, en ciertas horas felices, expresar su fe en él. Fue la experiencia de la Resurrección y Ascensión la que dio a las impresiones inestables que por largo tiempo habían estado acumulándose en su mente, el toque que las hizo cristalizarse en la convicción inmovible de que en Aquél con el cual les fue concedido asociarse tan íntimamente, Dios estaba manifestado en la carne.

Capítulo 5

EL AÑO DE OPOSICIÓN

El cambio de sentimientos hacia él.

Durante todo un año Jesús prosiguió su obra en Galilea con energía incesante, andando entre las multitudes dignas de lástima que solicitaban su ayuda milagrosa y aprovechando toda oportunidad para derramar sus palabras de gracia y verdad en el oído de la muchedumbre o del ansioso inquiridor solitario. En centenares de hogares a cuyos miembros había devuelto la salud y la alegría, su nombre debe de haber llegado a ser el asunto principal de conversación. Miles de espíritus cuyas profundidades habían sido movidas por su predicación, pensaban en él con gratitud y amor. El eco de su fama resonaba cada vez más distante. Por algún tiempo parecía que

todos los de Galilea iban a ser sus discípulos y que el movimiento comenzado de esta manera podría con facilidad extenderse hacia el sur, venciendo toda oposición y envolviendo todo el país en un entusiasmo de amor para con el que los curaba, y de obediencia al Maestro.

Pero apenas habían pasado doce meses, cuando se hizo tristemente evidente que esto no había de ser. La mente galilea resultó ser terreno pedregoso, en donde la semilla del reino brotó con rapidez, pero con igual rapidez se marchitó. El cambio fue repentino y completo, y alteró de una vez todas las condiciones de la vida de Jesús. Permaneció en Galilea otros seis meses: pero éstos fueron muy diferentes de los doce anteriores. Las voces que se oían alrededor de él ya no eran aclamaciones resonantes de gratitud y aplauso, sino voces amargas y blasfemas de oposición. Ya no se le podía ver moviéndose de una población grande a otra en el centro del país, bien recibido por los que lo aguardaban para ver o experimentar sus milagros, y seguido por miles, ansiosos de no perder ni una sola palabra de sus discursos. Era un fugitivo buscando los lugares más distantes y extraños y acompañado sólo por un número reducido de discípulos.

Al fin de los seis meses dejó a Galilea para siempre, pero no como en un tiempo pudiera haberse esperado, llevado en alto sobre la crecida ola de reconocimiento público, para hacer fácil conquista de los corazones en la parte meridional del país y tomar posesión victoriosa de Jerusalén, hecha incapaz de resistir a la voz unánime del pueblo. Es cierto que trabajó por otros seis meses en la parte meridional del país —Judea y Perea— y que donde sus milagros eran vistos por primera vez no faltaban las mismas señales de entusiasmo público que había encontrado en los primeros meses de gozo en Galilea; pero lo más que hizo fue añadir unos pocos a la compañía de los fieles discípulos.

En verdad, desde el día en que salió de Galilea, se dirigió constantemente hacia Jerusalén; y los seis meses que pasó en Perea y Judea pueden considerarse como ocupados en un lento viaje para allá; pero el viaje fue emprendido con la plena convicción, que expresaba abiertamente a sus discípulos, de que en la capital no habría de conseguir ningún triunfo sobre corazones entusiastas y mentes convencidas, sino un rechazamiento nacional definitivo, ser muerto en vez de coronado.

Debemos indicar las causas y el progreso de este cambio de sentimiento de parte de los galileos, y de este triste cambio en la carrera de Jesús.

Causas de la oposición

Desde el principio, las clases influyentes e instruidas habían tomado una actitud de oposición a Jesús. Los sectores más mundanos de ellas —los saduceos y los herodianos— por largo tiempo les prestaron poca atención. Tenían sus propios negocios en que ocuparse: sus riquezas, su influencia política y sus diversiones. Poco les interesaba el movimiento religioso que se verificaba entre las clases inferiores. El rumor público de que había aparecido uno que profesaba ser el Mesías no despertó ningún interés en ellos, porque no participaban de las esperanzas populares sobre el asunto. Se decían unos a otros que éste no era más que otro de los pretendientes que las ideas peculiares del pueblo seguramente levantarían de tiempo en tiempo. Fue sólo cuando les pareció que el movimiento amenazaba conducir a una revolución política, la cual atraería sobre el país la mano férrea de sus gobernantes romanos y daría al Procurador una

excusa para nuevas extorsiones en que peligrarían las propiedades y comodidades de ellos mismos, que se despertaron y fijaron su atención en él.

Motivos de la oposición de los fariseos

Fue muy diferente la reacción de los sectores más religiosos de las clases elevadas: los fariseos y los escribas. Ellos tomaban un interés profundo en todos los acontecimientos eclesiásticos y religiosos. Un movimiento de carácter religioso entre el pueblo excitaba fuertemente su atención, porque ellos mismos aspiraban a la influencia popular. Una voz nueva en el campo profético o la promulgación de una nueva doctrina o dogma cautivaba su oído inmediatamente. Pero sobre todo, cualquiera persona que se presentara como el Mesías, producía en ellos una grande excitación, ya que abrigan los más ardientes deseos mesiánicos, y en este tiempo sufrían intensamente bajo el yugo extranjero.

En su relación con el resto de la comunidad, ellos correspondían a nuestro clero y principales legos religiosos, y es probable que formaran una proporción similar de la población y ejercían cuando menos tanta influencia como éstos tienen entre nosotros. Se ha calculado que el número de ellos puede haber llegado a seis mil. Se consideraban como las personas mejores del país, los que conservaban la respetabilidad y la ortodoxia, y las masas los respetaban como personas que tenían el derecho de juzgar y determinar todos los asuntos religiosos.

No se les puede acusar de haber desatendido a Jesús. Le daban su más empeñosa atención desde el principio. Le seguían paso a paso. Discutían sus doctrinas y sus pretensiones, y tomaron por fin una decisión respecto a él. Esta decisión fue adversa, y la confirmaron con hechos, no disminuyendo su actividad ni por una hora.

Esta es tal vez la más solemne y asombrosa circunstancia en toda la tragedia de la vida de Cristo. Aquellos que lo rechazaban, lo perseguían como a una fiera, y lo asesinaron, eran los hombres que se consideraban como los mejores de la nación, como sus maestros y modelos, los que celosamente conservaban las Escrituras y las tradiciones del pasado. Eran hombres que esperaban ansiosamente al Mesías, quienes juzgaron a Jesús, según ellos creían, de conformidad con las Escrituras, y pensaban que estaban obedeciendo los dictados de su conciencia y sirviendo a Dios al tratarle como lo hacían.

No puede dejar de pasar a veces por la mente del lector de los Evangelios un fuerte sentimiento de lástima y una especie de simpatía hacia ellos. ¡Jesús era tan diferente del Mesías que ellos esperaban y que sus padres les habían enseñado a esperar! ¡Contrariaba tan completamente sus preocupaciones y máximas, y deshonraba tantas cosas que ellos habían aprendido a considerar como sagradas! Se les puede compadecer seguramente; nunca hubo crimen como el de ellos, y nunca hubo castigo como el de ellos. Sentimos la misma tristeza con respecto a aquellos que se hallan arrojados en medio de cualquiera grande crisis en la historia del mundo y que, no entendiendo las señales del tiempo, han caído en errores fatales, como lo hicieron, por ejemplo aquellos que en el tiempo de la Reforma no pudieron declararse y seguir la marcha de la Providencia.

Sin embargo, ¿qué era lo que les pasaba en el fondo? Era precisamente que estaban tan

cegados por el pecado que no podían ver la luz. Sus opiniones con respecto al Mesías habían sido pervertidas por siglos enteros de apego al mundo y de falta de espiritualidad. En esto eran herederos parecidos a sus antepasados. Consideraban a Jesús como pecador, porque no se conformaba con las ordenanzas que sus padres profanamente habían añadido a la Palabra de Dios, y porque el concepto que ellos tenían de lo que es un hombre bueno, al cual concepto no correspondía Jesús, era completamente falso.

Jesús les daba evidencia suficiente, pero no podía darles ojos para verla. Hay algo en el fondo de los corazones buenos y sinceros que, por más larga y profundamente que haya sido sepultado bajo la preocupación y el pecado, salta con alegría y con el deseo de abrazar lo que sea verdadero, lo que sea venerable, lo que sea puro y grande, cuando se acerca. Pero nada de esto había en ellos; sus corazones estaban cauterizados, endurecidos y muertos. Para juzgarle, usaban sus reglas anticuadas y normas arbitrarias, y nunca bastó la grandeza de él para desviarles de su fatal actitud de oposición. El les ponía delante la verdad, pero no tenían el oído afecto a la verdad para reconocer su sonido encantador. Les traía la más deslumbrante pureza, tal que hubiera hecho a los arcángeles velar sus semblantes para mirarla, pero ellos no fueron intimidados. Les acercó el rostro mismo de misericordia y amor celestial, pero sus ofuscados ojos no respondieron.

Podemos en verdad tener lástima de la conducta de tales personas como una espantosa calamidad, pero es mejor temerla y temblar ante ella como una espantosa culpabilidad. Mientras más completamente pecaminosos llegan a ser los hombres, más inevitable es que pequen; en cuanto más grande se hace el cúmulo de pecado de una nación, más inevitable es que se cometa algún horrendo crimen nacional. Pero cuando lo inevitable sucede, es objeto no sólo de lástima, sino también de santa y celosa ira.

Una cosa en Jesús que desde el principio excitó la oposición de ellos fue *lo humilde de su origen*. Sus ojos estaban deslumbrados por las preocupaciones propias de los ricos y sabios, y no podían ver la grandeza del alma cuando se les presentaba aparte de los accidentes de posición y cultura. El era hijo del pueblo. Había sido carpintero, y según creían ellos, había nacido en la ruda y malvada Galilea. No había cursado las escuelas de Jerusalén, ni bebido de las fuentes acreditadas de sabiduría que existían allí. Creían que un profeta, y sobre todo el Mesías, debía nacer en Judea, educarse en Jerusalén como el centro de la cultura y de la religión, y aliarse con todo lo que fuera distinguido e influyente en la nación.

Por el mismo motivo se ofendían a causa de *los discípulos* que él escogió y en cuya compañía andaba. Sus instrumentos escogidos no eran de entre ellos mismos, los sabios y de alta cuna, sino legos sin educación, pobres pescadores. Aún más, uno de ellos era publicano.

Nada de lo que Jesús hizo, tal vez, ofendió más que la elección de Mateo, recaudador de tributos, para apóstol. Como agentes de una potencia extranjera, los recaudadores de impuestos eran odiados por todo patriota y por toda persona respetable, tanto por su ocupación como por sus extorsiones y su carácter. ¿Cómo podía Jesús esperar que hombres respetables y educados entraran en un círculo como el que había formado alrededor de sí?

Además, se mezclaba libremente con la clase ínfima de la población; con publicanos,

rameras y pecadores. Nosotros que vivimos en los tiempos cristianos hemos aprendido a amarle más por esto que por otra cosa alguna. Nos es fácil ver que si en verdad él era el que salvaba del pecado, no podía hallarse en una compañía que le conviniera mejor que la de los que más necesitaban la salvación. Ahora sabemos que podía creer que muchas de aquellas almas perdidas eran más bien víctimas de las circunstancias, que pecadores voluntarios, y que pasando el imán por encima de la basura atraería muchos fragmentos de metal precioso. Los más puros de espíritu y los de más elevada cuna han aprendido, desde entonces, a seguir sus pisadas, bajando a los confines de la inmundicia y del vicio para buscar y hallar a los perdidos.

Pero ningún sentimiento de esta naturaleza se reconocía en el mundo antes de su venida. La masa de pecadores que estaban fuera de los límites de la respetabilidad eran despreciados y aborrecidos como enemigos de la sociedad, y no se hacía ningún esfuerzo para salvarlos. Al contrario, todos los que aspiraban a una distinción religiosa evitaban como una contaminación aun el contacto con ellos. Simón el fariseo, cuando hospedó a Jesús, no dudaba de que si fuera profeta y supiera quién era la mujer que le tocaba, la hubiera despedido.

Tales eran los sentimientos del tiempo. Sin embargo cuando Jesús trajo al mundo el nuevo sentimiento y les mostró el rostro divino de misericordia, debían haberlo reconocido. Si sus corazones no hubieran sido completamente duros y crueles habrían corrido a dar la bienvenida a esta revelación humana de lo divino. El espectáculo de pecadores que abandonaban sus malos caminos, de mujeres pecaminosas que lloraban a causa de su mala vida, y de extorsionadores como Zaqueo que se volvían sinceros y generosos, debía haberles deleitado. Pero no produjo este resultado, sino sólo que aborreciesen a Jesús por su compasión, y le llamasen amigo de publicanos y pecadores.

Un tercer y muy grave motivo de oposición era que *él mismo no practicaba ni instaba a sus discípulos a practicar muchas de las observancias rituales*, tales como ayunos, escrupulosidad en el lavamiento de manos antes de la comida, etc., que se consideraban entonces como los distintivos de un hombre santo.

Se ha explicado ya cómo tuvieron principio estas costumbres. Habían sido inventadas en una edad fervorosa pero mecánica, con el fin de hacer resaltar las peculiaridades del carácter judaico y mantener la separación entre los judíos y las demás naciones. La intención en su origen fue buena, pero el resultado fue deplorable. Pronto se olvidó que no eran más que invenciones humanas; se consideraban como obligatorias por autoridad divina, y fueron multiplicadas hasta regir toda hora del día y toda acción de la vida. Para la mayoría de los hombres, llegaron a sustituir a la verdadera piedad y moralidad. Para las conciencias sensibles formaban una carga intolerable, porque apenas se podía dar un paso o mover un dedo, sin peligro de infringir alguna de ellas. Pero nadie dudaba de su autoridad, y la observancia escrupulosa de ellas era reputada como la insignia de una vida santa.

Jesús las consideraba como el mal más grande de la época. Por esto las desatendía y animaba a otros a hacer lo mismo, conduciéndolos al mismo tiempo a los grandes principios de juicio, misericordia y fe, y haciéndolos sentir la majestad de la conciencia y la profundidad y espiritualidad de la ley. Pero de allí resultó que Jesús fue considerado como impío y engañador del pueblo.

Especialmente en *lo referente al sábado* se notaba la diferencia entre él y los maestros religiosos. Sobre este punto las restricciones y reglas arbitrarias inventadas por ellos habían llegado a la más portentosa exageración, hasta el grado de cambiar el día de descanso, de gozo y bendición, en una carga insoportable. El acostumbraba hacer sus curaciones en el sábado. Ellos creían que semejantes trabajos eran una violación del mandamiento. El expuso el error de su objeción repetidas veces, explicándoles el carácter de la institución misma como hecha "para el hombre", haciendo referencia a los antiguos santos, y aun a la analogía de las costumbres de ellos mismos en el día santo. Pero no se convencieron, y como él seguía con su práctica a pesar de las objeciones de ellos, quedó esto como motivo constante y amargo para que lo odiaran.

Se comprenderá fácilmente que habiendo llegado a estas conclusiones por consideraciones tan mezquinas, no estaban de ningún modo dispuestos a escucharle cuando se anunciaba a sí mismo como el Mesías, profesaba perdonar el pecado, e insinuaba su relación superior con Dios. Habiéndose convencido de que él era impostor y engañador, consideraban semejantes aseveraciones como blasfemias odiosas, y no podían menos que desear tapar la boca al que las profería.

Puede parecer extraño que no fueran convencidos por los milagros que hacía. Si realmente hacía los numerosos y estupendos milagros que se refieren de él, ¿cómo podían resistir a una prueba tan evidente de su misión divina? La discusión entre las autoridades y el rudo razonadora quien Jesús curó de la ceguera, en el capítulo nueve de San Juan, demuestra cuan estrechados se veía a veces por razonamientos semejantes. Pero se habían satisfecho a sí mismos con una réplica audaz. Debe recordarse que entre los judíos, los milagros nunca se habían considerado como prueba concluyente de una misión divina; podían ser hechos por profetas falsos lo mismo que por los verdaderos. Podían ser atribuidos a la acción divina o a la diabólica. Si era una cosa o la otra, debía determinarse por otras consideraciones. Por estas otras consideraciones ellos habían llegado a la conclusión de que él no era enviado por Dios; por consiguiente, *atribuían sus milagros a una alianza con los poderes de las tinieblas*. Jesús combatió esta interpretación blasfema con toda la fuerza de una indignación santa y con argumentos concluyentes; pero es fácil ver que ésta era una posición en que espíritus como los de sus opositores podían atrincherarse con un sentimiento de mucha confianza.

Muy temprano ellos habían formado un juicio adverso a él, y nunca lo cambiaron. Aun durante su primer año en Judea, ya estaba casi formada la decisión en su contra. Cuando se extendió la noticia de su éxito en Galilea, los llenó de consternación, y enviaron comisiones desde Jerusalén, para actuar de acuerdo con los adherentes locales de ellos para hacerle oposición.

Aun durante su año de regocijo Jesús tuvo repetidos encuentros con ellos. Al principio los trataba con consideración y apelaba a su inteligencia y a su corazón. Pero pronto vio que esto era inútil, y aceptó su oposición como inevitable. Exponía a sus oyentes lo vacío de las pretensiones de aquéllos, y amonestaba a sus discípulos en contra de ellos. *Entre tanto, ellos hacían todo lo que podían para envenenar la mente del público en contra de él*. Su éxito fue tristemente completo. Cuando a fines del año la ola de popularidad de Jesús comenzó a retroceder, se aprovecharon de esa ventaja, atacándole más y más atrevidamente.

En su propósito maligno incluso llegaron a azuzar los espíritus fríos de los saduceos y herodianos, persuadiéndoles, sin duda, de que él estaba fomentando una revuelta popular que pondría en peligro el trono de su amo *Herodes*, que reinaba sobre Galilea.

Aquel príncipe despreciable y sin carácter se hizo también perseguidor de Jesús. Tenía otros motivos de temerlo además de los que indicaron sus cortesanos. Hacía tiempo él había asesinado a Juan Bautista. Era uno de los crímenes más viles y detestables que se hallan en la historia, ejemplo aterrador del modo en que el pecado conduce al pecado, y de la perseverancia maligna con que una mujer mala consigue su objeto. Poco después de cometido este crimen, sus cortesanos vinieron para hablar de los supuestos designios políticos de Jesús. Pero cuando tuvo noticia del nuevo profeta, un pensamiento aterrador atravesó su conciencia culpable. "Es Juan Bautista", exclamó él, "a quien degollé. Se ha levantado de entre los muertos". Sin embargo deseaba verlo, sobrepujando su curiosidad a su terror.

Era el deseo del león de ver al cordero. Jesús nunca respondió a la invitación. Pero precisamente por esto Herodes puede haber estado más inclinado a escuchar las sugerencias de sus cortesanos de que lo arrestara como persona peligrosa. No pasó mucho tiempo sin que procurase matarlo. Jesús se mantenía fuera de su alcance, y sin duda esto, a la vez que otros motivos más importantes, ayudó a cambiar el carácter de la vida de Jesús en Galilea durante los últimos seis meses de su permanencia allí.

Enajenación del pueblo común

Opiniones populares acerca de él. Había parecido por algún tiempo que su dominio sobre el espíritu y el corazón del pueblo común llegaría a ser tan poderoso que traería irresistiblemente un reconocimiento nacional. Muchos son los movimientos vistos al principio con desagrado por autoridades y dignatarios que, encomendándose a las clases inferiores y consiguiendo su entusiasta reconocimiento, han podido llegar a posesionarse de las clases más elevadas y conquistar los centros de influencia. Hay en el consentimiento nacional un punto en donde cualquier movimiento que a él llega se vuelve avalancha contra la cual la preocupación y el desagrado oficial, por grandes que sean, no pueden sostenerse.

Jesús se entregó al pueblo común de Galilea y ellos le dieron en cambio su amor y admiración. En lugar de odiarlo como lo hacían los fariseos y los escribas, y llamarlo comilón y bebedor de vino, lo consideraban como profeta. Lo comparaban con las más grandes figuras del pasado, y muchos, según se impresionaban más por lo sublime o lo conmovedor de sus enseñanzas, decían que era Isaías o Jeremías, resucitado de entre los muertos.

Era una idea común de la época que la venida del Mesías debía ser precedida por la resurrección de algún profeta. Aquel en quien más se pensaba era Elías. Por consiguiente, algunas personas creían que Jesús era Elías. Pero lo consideraban sólo como el precursor del Mesías, y no como el Mesías mismo. El no correspondía en nada a su concepto groseramente materialista del Libertador venidero. De vez en cuando en verdad, después de que él había hecho algún milagro extraordinariamente notable se levantaba una o algunas pocas voces, diciendo: "¿No es éste el que había de venir?" Pero maravillosos como eran sus hechos y sus palabras, sin embargo, todo el aspecto de su vida era tan diferente de las preocupaciones de ellos, que la

verdad no alcanzó a imponerse en sus espíritus fuerte y universalmente.

Efecto de alimentar a los cinco mil. Por fin pareció haber llegado la hora decisiva. Esto fue precisamente en aquel punto crítico a que nos hemos referido a menudo: el fin de los doce meses en Galilea. Jesús había sabido de la muerte del Bautista, e inmediatamente se apresuró a ir con sus discípulos a un lugar desierto para meditar y hablar sobre el funesto suceso. Navegó al lado oriental del lago, y desembarcando con sus discípulos en la verde llanura de Betsaida, subió con ellos a una montaña.

Pronto se juntó al pie de la montaña una gran multitud para oírle y verle. Supieron en donde estaba, y vinieron a él de todas partes. Siempre pronto a sacrificarse por otros, descendió para hablarles y curarles. Se iba acercando la noche al mismo tiempo que se prolongaba su discurso, cuando movido de un impulso de compasión por la multitud necesitada, efectuó el estupendo milagro de alimentar a los cinco mil.

El efecto fue tremendo. Ellos se convencieron instantáneamente de que éste no era otro sino el Mesías, y como no tenían sino un solo concepto de lo que esto quería decir, procuraron tomarlo por la fuerza y hacerlo rey. Querían obligarlo a hacerse el jefe de una revuelta mesiánica, por la cual podrían arrebatar el trono al César y a los principillos que éste había establecido sobre las diferentes provincias.

Negativa de Jesús a ser su rey. Parecía ser la hora suprema del buen éxito. Pero para Jesús mismo era una hora de triste y amarga vergüenza. ¡Este era el único resultado de su año de trabajo! ¡Este era el concepto que todavía tenían de él! ¡Y querían ellos determinar el curso de sus acciones, en vez de preguntarle humildemente qué quería que ellos hicieran!

Aceptó esto como una indicación decisiva del efecto de su obra en Galilea. Vio cuán poco profundos eran sus resultados. Galilea se había sentenciado a sí misma como indigna de ser el centro desde donde su reino pudiera extenderse sobre el resto del país. Huyó de tales deseos carnales, y al día siguiente, encontrándolos otra vez en Capernaum, les dijo cuánto se habían equivocado respecto de él. Ellos buscaban un rey de pan, que les diera ociosidad y abundancia, montañas de pan, ríos de leche, toda clase de comodidad sin trabajar. Lo que él tenía para dar era el pan de vida eterna.

Su discurso fue como una corriente de agua fría sobre el entusiasmo fogoso de aquellas turbas. Desde esa hora la causa de Jesús estaba perdida en Galilea. "Muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y no andaban más con él". Esto era lo que él buscaba. El mismo dio el golpe mortal a su popularidad. Resolvió dedicarse desde entonces a los pocos que realmente entendían su carácter y que eran capaces de ser adherentes de una empresa espiritual.

El aspecto cambiado de su ministerio

Prueba de los discípulos. Sin embargo, a pesar de que el pueblo de Galilea, en su generalidad, se había mostrado indigno de él, un número considerable permanecía fiel. El núcleo de este grupo lo formaban los apóstoles; pero había también otros, probablemente hasta el número de algunos centenares.

Estos llegaron ahora a ser objeto de su cuidado especial. Los había salvado como "tizones arrebatados 'de en medio del fuego'", cuando toda la Galilea lo había abandonado. Para ellos debe de haber sido un tiempo de grande prueba. Sus opiniones eran, en gran parte, las del pueblo. Ellos también esperaban un Mesías de esplendor mundano. Es cierto que habían aprendido a incluir en su concepto elementos más profundos y espirituales, pero este concepto contenía además los elementos tradicionales y materialistas. Debe de haber sido un misterio penoso para ellos que Jesús tardara tanto en ceñirse la corona. Tan penoso había sido esto para el Bautista en su solitaria prisión, que comenzó a dudar si no habrían sido ilusiones la visión que había tenido en la ribera del Jordán y las grandes convicciones de su vida, y envió a preguntar a Jesús si él realmente era el Cristo. La muerte del Bautista debe de haberles sido un golpe tremendo. Si Jesús era el Poderoso que ellos pensaban, ¿cómo podía permitir que su amigo llegase a tal fin?

Pero a pesar de esto, no lo abandonaron. Mostraron qué éralo que los retenía cerca de él por la respuesta que uno de ellos dio cuando, después de la dispersión que siguió al discurso de Capernaum, les hizo la triste pregunta: "¿Queréis acaso irnos también vosotros?" Le respondió Simón Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna". Sus opiniones no eran claras; estaban en medio de perplejidades; pero sabían que de él estaban recibiendo la vida eterna. Esto los ligaba estrechamente con él, y les dio fuerza para esperar hasta que les aclarara aquellos misterios.

Durante los últimos seis meses que pasó en Galilea, abandonó en gran parte su antiguo trabajo de predicar y hacer milagros, y se consagró a la instrucción de estos adherentes. Hizo con ellos largos viajes a las partes más distantes de la provincia, evitando la publicidad en cuanto fuera posible. Así lo hallamos en Tiro y Sidón, lejos al noroeste; en Cesárea de Filipo, en el lejano nordeste; y en Decápolis al sur y oriente del lago. Estos viajes, o más bien huidas, se debían en parte a la amarga oposición de los fariseos y en parte al temor de Herodes, pero principalmente al deseo de estar a solas con sus discípulos. El resultado precioso de estos viajes se ve en un incidente que se verificó en Cesárea de Filipo. Jesús comenzó a preguntar a sus discípulos cuáles eran las opiniones populares acerca de él, y le dijeron las varias conjeturas que circulaban: que era un profeta, que era Elías, que era Juan Bautista, etc. "Pero vosotros, ¿quién decís que soy", preguntó él; y Pedro contestó por todos; " ¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo! ". Esta era la convicción deliberada y definitiva en la cual ellos estaban resueltos a permanecer, sucediera lo que sucediera. Jesús recibió esta confesión con grande regocijo, e inmediatamente reconoció en los que la hicieron el núcleo de la futura iglesia que iba a ser edificada sobre la verdad a que ellos habían dado expresión.*

Pero el haber alcanzado ellos esto no hizo sino prepararles para una nueva prueba de su fe. Desde entonces, se nos dice, *comenzó él a informarles sobre sus sufrimientos y muerte que se aproximaban*. Estos acontecimientos se destacaban con claridad en su propia mente como el único fin que podía esperarse de su carrera. Esto lo había indicado a ellos antes; pero con esa fina y cariñosa consideración con la que siempre acomodaba su enseñanza a la capacidad de ellos, no se refería a estas cosas con frecuencia. Pero ahora que eran capaces hasta cierto punto de soportarlo, y como era inevitable y estaba ya cerca, lo afirmaba constantemente.

Sin embargo, ellos mismos nos dicen que no lo entendían ni en lo más mínimo. En unión de sus compatriotas esperaban a un Mesías que se sentara en el trono de David, y cuyo reino no

tendría fin. Creían que Jesús era este Mesías; y les era completamente incomprensible cómo, en lugar de reinar, había de ser muerto al llegar a Jerusalén. Le escuchaban, discutían sus palabras entre sí, pero consideraban la significación literal de lo que decía como una absoluta imposibilidad. Pensaban que él no hacía más que emplear una de las expresiones parábolicas a que era tan afecto, y que el verdadero significado era que la humilde forma actual de su obra había de morir y desaparecer, y que su causa se levantaría, por decirlo así, del sepulcro en una forma gloriosa y triunfante. El procuraba desengañarlos, entrando más y más minuciosamente en los detalles de sus sufrimientos venideros. Pero sus mentes no podían recibir la verdad.

Las frecuentes disputas entre ellos en este período, sobre quién sería el mayor de ellos en el reino venidero, y la petición de Salomé, que deseaba que sus hijos se sentaran el uno a la derecha de Jesús y el otro a su izquierda en su reino, demuestran cuan lejos del sentido verdadero estaban aun los mejores de ellos. Cuando dejaron a Galilea y subieron a Jerusalén, fue con la convicción de que "el reino de Dios iba a ser manifestado inmediatamente", es decir, que Jesús, al llegar a la capital, dejaría la apariencia de humillación que había llevado hasta entonces, y venciendo todo obstáculo por alguna manifestación de su gloria hasta entonces oculta, se sentaría sobre el trono de sus padres.

¿Cuáles eran los pensamientos y sentimientos de Jesús mismo durante este año? Para él fue un año de dolorosa prueba. Ahora por primera vez las profundas líneas de ansiedad y dolor se trazaban en su semblante. Durante el año de trabajos prósperos en Galilea, él estaba sostenido por el gozo de su constante buen éxito. Pero ahora llegaba a ser, en el sentido más exacto el "varón de dolores". Detrás de él estaba su rechazamiento por Galilea. La tristeza que sentía al ver que el terreno en el cual había empleado tanto trabajo resultaba ser estéril, puede medirse sólo por la grandeza de su amor a las almas que deseaba salvar, y la profundidad de su consagración a su obra. Delante de él estaba su rechazamiento en Jerusalén. De este rechazamiento en Jerusalén estaba ahora seguro; se le presentaba y se destacaba constantemente y de una manera inequívoca a sus ojos, cada vez que los dirigía hacia el futuro. Absorbía sus pensamientos. Era una perspectiva terrible; y ya que se acercaba, conmovía a veces su alma con un conflicto de sentimientos tales que apenas nos atrevemos a imaginárnoslos.

Permanecía mucho tiempo en oración. Este había sido siempre su deleite y su recurso. En su período de mayor ocupación estuvo a menudo tan cansado de los trabajos del día, que al acercarse la noche estaba para dejarse caer rendido de fatiga. A pesar de esto, acostumbraba escaparse de las multitudes y de sus discípulos y subir a la cima de una montaña, donde pasaba la noche en solitaria comunión con su Padre. Nunca dio un paso importante sin pasar una noche así. Pero ahora él estaba a solas con mucha mayor frecuencia que en ningún otro período, exponiendo su situación a Dios "con vehemente clamor y lágrimas".

Sus oraciones recibieron una respuesta admirable en *la Transfiguración*. Esta escena gloriosa se verificó a mediados del año de oposición, un poco antes de que dejara a Galilea y emprendiera su viaje final.

La Transfiguración se verificó en parte para bien de los tres discípulos que lo acompañaron a la cima de la montaña, para aumentar su fe y hacerlos capaces de confirmar a sus hermanos. Pero tuvo un propósito especial referente a él mismo. Era una gracia especial de su

Padre, un reconocimiento de su fidelidad hasta esta hora y una preparación para lo que aún le esperaba. Su partida, que iba a efectuar en Jerusalén, fue el tema de que conversaba con sus grandes predecesores Moisés y Elías, quienes podían participar de sus mismos sentimientos y a cuya obra había de dar cima con su muerte.

Inmediatamente después de este suceso, dejó a Galilea y se dirigió hacia el sur. Ocupó seis meses en el camino a Jerusalén. Era parte de su misión predicar el reino en todo el país, y así lo hizo. Envió setenta de sus discípulos delante de él a fin de preparar las aldeas y poblaciones para recibirlo. Otra vez, en este nuevo campo, hubo las mismas manifestaciones que se habían visto en Galilea durante los primeros meses de su trabajo allí; las multitudes que le seguían, las maravillosas curaciones, etc.

No tenemos sobre este período informes suficientes para seguirlo paso a paso. Lo encontramos en los confines de Samaria, en Perea, en las riberas del Jordán, en Betania, en la aldea de Efraín. Pero Jerusalén era su término. Puso su rostro como un pedernal para ir allí. A veces estaba tan absorto en la anticipación de lo que le iba a suceder allí, que sus discípulos, viéndole caminar delante de ellos rápidamente y en silencio, quedaban llenos de asombro y aterrados. Una que otra vez, es cierto, cedía en algo su exaltación, como cuando bendecía a los niños o cuando visitaba la casa de sus amigos en Betania. Pero su modo de ser en este período era más austero, absorto y excitado que nunca. Sus disputas con sus enemigos eran más violentas, y las condiciones que imponía a los que se ofrecían para ser discípulos eran más rigurosas. Todo indicaba que el fin se acercaba. Estaba poseído de su gran propósito de expiar los pecados del mundo, y su alma se angustiaba hasta que no fuera cumplido.

La catástrofe se acercaba rápidamente. Durante los últimos seis meses de su vida hizo dos visitas breves a Jerusalén antes de la última de todas. *En cada ocasión la oposición de las autoridades tomó una forma más amenazante.* Procuraron arrestarlo en la primera ocasión, y tomaron piedras para apedrearlo en la segunda. Ya habían decretado que cualquiera que lo reconociese como el Mesías fuese excomulgado. Pero la excitación producida en el espíritu popular por la resurrección de Lázaro a las puertas mismas de la ciudadela eclesiástica fue lo que acabó de convencer a las autoridades de que no podían quedar satisfechas sino con su muerte. Así lo resolvieron en su concilio. Esto se verificó sólo un mes antes de que llegase el fin, y le hizo salir, por lo pronto, de las inmediaciones de Jerusalén. Pero se retiró solamente hasta que sonara la hora que su Padre le había designado.

Capítulo 6

EL FIN

La Pascua

Estaba por terminarse el tercer año del ministerio de Jesús, cuando las estaciones trajeron en su giro la gran fiesta anual de la Pascua. Se dice que en semejante ocasión se juntaban en

Jerusalén hasta dos o tres millones de forasteros. No sólo se congregaban de todas partes de Palestina, sino que venían por mar y por tierra de todos los países en donde la raza de Abraham estaba dispersa, para celebrar el suceso que dio comienzo a su historia nacional.

Eran atraídos por varios motivos. Algunos venían con los pensamientos solemnes y el profundo gozo religioso que correspondían al recuerdo venerable que se celebraba. Algunos deseaban principalmente reunirse con parientes y amigos de quienes habían estado largo tiempo separados por residir en tierras lejanas. No pocos de los más bajos traían consigo las pasiones favoritas de su raza, y se interesaban principalmente por hacer algún buen negocio en un concurso tan grande.

Pero este año, los espíritus de miles de personas estaban llenos de excitación especial y venían a la capital esperando ver algo más notable que todo lo que habían visto hasta entonces. Esperaban ver en la fiesta a Jesús, y abrigaban muchos vagos presagios sobre lo que pudiera suceder relativo a él. El nombre de él era la palabra que más que ninguna otra, pasaba de boca en boca entre los grupos de peregrinos que llenaban los caminos, y entre las reuniones de judíos que conversaban entre sí sobre la cubierta de las naves que venían de Asia Menor y de Egipto.

Sin duda estarían presentes casi todos los discípulos de Jesús, abrigando la ardiente esperanza de que por fin, en esta reunión nacional él dejaría la apariencia de humillación que ocultaba su gloria, y de alguna manera irresistible demostraría que era el Mesías. Debe de haber acudido multitud de personas de la parte meridional del país, en donde él había pasado los últimos meses, llenos de las mismas opiniones entusiastas acerca de él que habían prevalecido en Galilea a fines de su primer año allá. Sin duda había también miles de galileos favorablemente dispuestos hacia él y prontos a tomar el más profundo interés en todo nuevo aspecto de sus asuntos. Otros miles, de puntos más lejanos, que habían oído hablar de él pero nunca lo habían visto, subían a la capital con la esperanza de que él estaría allí, y de que tendrían la ocasión de ver un milagro o de escuchar las palabras del nuevo profeta.

Las autoridades de Jerusalén también esperaban su venida, aunque con sentimientos muy diferentes. Esperaban que algún suceso les daría por fin la oportunidad de quitarlo de en medio; pero no podían menos que temer que él se presentase a la cabeza de un séquito provincial que le diera la supremacía sobre ellos.

El rompimiento final con la nación Su arribo a Betania

Seis días antes de que comenzara la Pascua, Jesús llegó a Betania, la aldea de sus amigos Marta, María y Lázaro, situada a media hora de distancia de la ciudad al otro lado de la cumbre del Monte de los Olivos. Era un lugar muy a propósito para vivir durante la fiesta, y allí se alojó con sus amigos. Las solemnidades comenzaban el jueves, de modo que fue el viernes de la semana anterior cuando él llegó a Betania. Había sido acompañado, en los últimos 30 kilómetros, por una inmensa multitud de peregrinos, de quienes él era el centro de interés. Lo habían visto curar al ciego Bartimeo en Jericó y el milagro había producido en ellos una excitación extraordinaria. La aldea resonaba con la reciente resurrección de Lázaro, cuando los peregrinos llegaron a Betania y en seguida llevaron a las multitudes que desde todas partes se habían reunido ya en Jerusalén, la noticia de que Jesús había llegado.

Entrada triunfal en Jerusalén

Por consiguiente, cuando después de descansar en Betania durante el sábado, salió el domingo para ir a la ciudad, halló las calles de la aldea y los caminos cercanos llenos de una vasta multitud. Estaba formada en parte por los que lo habían acompañado el viernes, en parte, por nuevas aglomeraciones que habían venido tras él desde Jericó y habían oído hablar en el camino de sus milagros, y en parte por aquellos, que, oyendo que él se acercaba, habían salido en gran número para verlo.

Lo recibieron con entusiasmo, y comenzaron a exclamar " ¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas! ". Era un movimiento mesiánico tal como aquellos que él antes había evitado. Pero ahora él lo aceptó. Probablemente estaba satisfecho de la sinceridad del homenaje que se le tributaba; y la hora había llegado en que ninguna consideración podía permitirle ocultar más a la nación el carácter con que él se presentaba y lo que exigía de la fe de ellos. Pero al ceder a los deseos de la multitud de que asumiera el carácter de un rey, mostró de una manera inequívoca en qué sentido aceptaba tal honor. Mandó traer un pollino de asno, y habiendo sus discípulos puesto sobre el animal sus vestidos, se sentó encima y caminó a la cabeza de la multitud. No venía armado de pies a cabeza, ni montado en caballo de guerra, sino como Rey de sencillez y de paz.

El cortejo pasó la cuesta del Olivete y bajó por su costado; atravesó el Cedrón, y subiendo el declive que conducía a la puerta de la ciudad, pasó por las calles hasta llegar al templo. La procesión se aumentaba conforme avanzaba. Gentes en gran número corrían de todas direcciones para unirse a ella. Las aclamaciones resonaban cada vez más fuertes. Los de la comitiva cortaban ramas de palmeras y de olivos y las agitaban triunfalmente. Los ciudadanos de Jerusalén corrían a sus puertas, se asomaban a sus balcones, y preguntaban: "¿Quién es éste?". Los de la procesión contestaban: "Este es Jesús, el profeta de Nazaret".

Fue en efecto, una demostración enteramente provincial. Los de Jerusalén no tomaron parte en ella, sino que se abstuvieron con indiferencia. Las autoridades sabían demasiado bien lo que aquello quería decir, y lo vieron con ira y temor. Llegaron a Jesús y le mandaron dar orden a sus seguidores de que se callasen, insinuando sin duda que si no lo hacía, la guarnición romana que tenía su cuartel cerca, descendería sobre él y sobre ellos, y castigaría la ciudad misma por un acto de traición al César.

No hay punto en la vida de Jesús en el cual nos sintamos más inclinados a preguntar: ¿Qué habría sucedido, si sus aspiraciones se hubieran realizado; si los ciudadanos de Jerusalén hubieran sido arrastrados por el entusiasmo de los provincianos, y si las preocupaciones de los sacerdotes y escribas hubieran sido vencidas por el torrente de la aprobación pública? Estas cuestiones nos llevan muy pronto a un punto donde no hallamos fondo, pero ningún lector inteligente de los Evangelios puede menos que hacérselas.

Jesús se había ofrecido formalmente a la capital y a las autoridades de la nación, pero no lo aceptaron. El reconocimiento provincial de sus pretensiones no bastaba para conseguir el consentimiento nacional. Aceptó la decisión como final. La multitud esperaba una señal de él, y en su condición excitada la hubiera obedecido, cualquiera que hubiera sido. Pero no les dio

ninguna y, después de mirar un poco a su alrededor en el templo, los dejó y volvió a Betania.

Frustrada así las esperanzas de la multitud, las autoridades tuvieron una oportunidad de la cual no tardaron en aprovecharse. Los fariseos no necesitaban estímulo, y aun los saduceos, aquellos fríos y orgullosos amigos del buen orden, viendo en el estado del espíritu popular un peligro para la paz pública, se aliaron con sus acerbos enemigos en la decisión de quitarlo de en medio.

El gran día de controversia

El lunes y el martes volvió a aparecer en la ciudad y se ocupó de su antiguo trabajo de sanar y enseñar. Pero en el segundo de estos días intervinieron las autoridades. Fariseos, saduceos y herodianos. pontífices, sacerdotes y escribas, hicieron en esta sola ocasión causa común. Vinieron a él mientras enseñaba en el templo y le preguntaron con qué autoridad hacía estas cosas.

Con toda la pompa de traje oficial, de orgullo social y de celebridad popular, se pusieron en contra del sencillo galileo, mientras las multitudes presenciaban la escena. Entraron en una astuta y prolongada controversia con él, sobre puntos escogidos de antemano, poniéndole al frente sus más hábiles controversias para sorprenderle en sus propias palabras.

Procuraban o desacreditarlo ante la concurrencia, o sacar de sus labios, en el calor de la discusión, algo que sirviera de base para acusarlo ante la autoridad civil. Así, por ejemplo, le preguntaron si era lícito dar tributo a César. Si contestaba que sí, ellos sabían que su popularidad se acabaría al instante, porque esta sería una contradicción completa a las ideas mesiánicas del pueblo. Si por el contrario contestaba que no, lo acusarían ante el gobernador romano.

Pero Jesús era en extremo superior a ellos. Hora por hora rechazaba el ataque con firmeza. Su rectitud ponía en vergüenza la duplicidad de ellos, y su destreza en el argumento volvió contra el pecho de ellos todos los dardos que le dirigían. Por fin él llevó la lucha a los terrenos de ellos mismos, y les convenció de tanta ignorancia o tanta falta de sinceridad que les puso en completa vergüenza delante de los espectadores. Entonces, cuando los hubo hecho callar, soltó sobre ellos la tempestad de su indignación en la filípica que nos ha sido conservada en el capítulo veintitrés de San Mateo. Expresando sin restricción alguna el juicio adverso que había estado formando durante toda su vida sin haberlo manifestado, expuso las hipócritas prácticas de ellos en frases que caían como rayos e hicieron de ellos un objeto de escarnio y de risa, no sólo para los oyentes en aquella ocasión, sino desde entonces para el mundo entero.

Este fue el rompimiento final entre él y ellos. Habían sido completamente humillados delante de todo el pueblo, sobre el cual estaban puestos en autoridad y honor. Esto les parecía intolerable, y se resolvieron a no perder ni una hora en buscar la venganza. Esa misma noche el Concilio Sanedrín celebró una sesión, en el calor de su ira, con el fin de formar algún plan para deshacerse de él. Quizás Nicodemo y José de Arimatea hayan protestado contra los procedimientos; pero los hicieron callar con indignación, y por unanimidad acordaron matarlo inmediatamente.

Pero las circunstancias contuvieron su cruel premura. Convenía guardar cuando menos las apariencias de la justicia, y además, era evidente que Jesús gozaba de una popularidad inmensa entre los forasteros que llenaban la ciudad. ¿Qué no podía hacer esa multitud ociosa si se le arrestaba en presencia suya? Era necesario esperar hasta que la masa de los peregrinos saliera de la ciudad. Acababan de llegar con grande repugnancia a esta conclusión, cuando recibieron una sorpresa inesperada y muy grata; uno de los propios discípulos de él se presentó y ofreció entregarlo por precio.

Judas Iscariote

Judas Iscariote es la palabra de escarnio usada por toda la raza humana. En su "Visión del infierno", Dante lo coloca en el más profundo de todos los círculos de los condenados, como el único que participa con Satanás mismo del castigo más extremado; y al fallo del poeta corresponde el de toda la humanidad.

Sin embargo, Judas no era un monstruo de iniquidad tal que esté más allá de nuestra comprensión o aun de nuestra simpatía. La historia de su vil y espantosa caída es perfectamente inteligible. El se había unido con los discípulos de Jesús, como lo hicieron los otros apóstoles, con la esperanza de tomar parte en una revolución política y de ocupar algún alto puesto en un reino terrenal. Parece inconcebible* que Jesús lo hubiera hecho apóstol si no hubiera habido en él, en algún tiempo, un entusiasmo noble y una consagración a él.

Que era persona de energía superior y de capacidad administrativa, puede inferirse del hecho de que era tesorero de la compañía apostólica. Pero había en la raíz de su carácter un germen de corrupción que gradualmente absorbió todo lo que había de bueno en él, y se convirtió en una pasión tiránica. Era el amor al dinero. Lo alimentaba con los hurtos de las pequeñas sumas de dinero que Jesús recibía de sus amigos para las necesidades de su acompañamiento y para el auxilio de los pobres entre los cuales él estaba continuamente. Judas esperaba dar satisfacción ilimitada a esta pasión cuando llegara a ser canciller de la tesorería en el nuevo reino.

Las miras de los otros apóstoles eran quizás tan mundanas, al principio, como las de él. Pero el efecto de sus relaciones con el Maestro fue muy diferente. Ellos se hacían cada vez más espirituales; él se hacía siempre más mundano. En verdad, mientras Jesús vivía, ellos nunca alcanzaron a tener la idea de un reino espiritual aparte de uno terrenal, pero los elementos espirituales que su Maestro les había enseñado a agregar a su concepto material se hacían cada vez más prominentes. En gran manera fue quitado todo lo esencial de su concepto mundano, y quedó solamente la corteza, que a su debido tiempo sería destruida y desaparecería.

Pero las ideas terrenales de Judas lo ocupaban más y más, y lo despojaban cada vez más de todo lo que hubiera en él de espiritual. Se impacientaba por la realización de estas ideas. Predicar y curar a los enfermos le parecía pérdida de tiempo; la pureza y la espiritualidad de Jesús lo irritaban. ¿Por qué no establecía el reino de una vez? ¡Después podría predicar tanto como quisiera! Por fin comenzaba a sospechar que no habría reino alguno tal como lo había esperado. Se consideraba como engañado, y comenzó no sólo a despreciar a su Maestro, sino a aborrecerlo.

El hecho de que Jesús no se hubiese aprovechado de la buena disposición del pueblo en el Domingo de Ramos, acabó de convencerlo de que era inútil continuar más en la causa. Vio que el barco se hundía, y se resolvió a abandonarlo. Llevó a cabo su resolución de una manera tal que correspondía a su pasión dominante y ganaba para sí el favor de las autoridades. El ofrecimiento de Judas llegó a éstas en el momento más a propósito. Lo aceptaron ansiosamente, y habiendo convenido en el precio con este hombre miserable, lo enviaron a que buscara la oportunidad conveniente para entregarlo. La halló más pronto de lo que ellos esperaban; a la segunda noche después de haberse concluido el vil contrato.

Jesús en presencia de la muerte Multitud de sus pensamientos

El cristianismo no tiene otra posesión más preciosa que el recuerdo de Jesús durante la semana en la cual estuvo cara a cara con la muerte. Inefablemente grande como era siempre, puede decirse reverentemente que nunca fue tan grande como durante estos días de la más horrenda calamidad. Todo lo que tenía de más sublime y de más tierno, los aspectos humano y divino de su carácter fue manifestado como nunca lo había sido antes.

Jesús vino a Jerusalén con el conocimiento pleno de que su muerte se acercaba. Durante todo un año el hecho había estado constantemente a su vista, y llegó por fin lo que por mucho tiempo se había esperado. Sabía que era la voluntad de su Padre, y cuando llegó la hora dirigió sus pasos con valor sublime al lugar fatal. Pero no fue sin un conflicto terrible de sentimientos; flujo y reflujo de las más diversas emociones. Angustia y éxtasis, el abatimiento más prolongado y abrumador, el gozo más triunfante y la paz más majestuosa iban y venían dentro de él como los movimientos de un vasto océano.

La muerte en perspectiva

Algunas personas han dudado en atribuir a Jesús algo del horror a la muerte tan natural en los hombres, pero seguramente carecen de razones suficientes. Es un instinto perfectamente inocente; quizás el mismo hecho de que el organismo físico de Jesús era puro y perfecto, puede haber sido causa de que este instinto fuera más fuerte en él que en nosotros. Téngase presente cuan joven era. Tenía apenas treinta y tres años, y las corrientes de la vida eran fuertes en él. Estaba lleno de actividad. Que estas corrientes poderosas fuesen detenidas y que la luz y el calor de su vida fuesen apagados en las aguas heladas de la muerte, debe de haberle sido completamente repugnante.

La visita de los griegos

Un incidente acaecido el lunes le causó un grande acceso de este dolor instintivo. Algunos griegos que habían venido a la fiesta expresaron por conducto de dos de los apóstoles su deseo de tener una entrevista con él. Había en este período muchos paganos en diferentes partes del mundo donde se hablaba el griego, que habían hallado en la religión de los judíos radicados entre ellos un asilo contra el ateísmo y la repugnante inmoralidad de la época, y se habían hecho prosélitos del culto a Jehová. A esta clase pertenecían estos que le buscaban. Pero su petición conmovió a Jesús con pensamientos que ellos ni se imaginaban.

Solamente dos o tres veces en el curso de su ministerio, según parece, tuvo contacto con los representantes del mundo de más allá de los límites de su propio pueblo, siendo su misión exclusivamente para las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero en cada una de estas ocasiones encontró una fe, una cortesía, y una nobleza que contrastaba con la incredulidad, la grosería y la pequeñez de los judíos. ¿Cómo podía él menos que ansiar sobrepasar los límites estrechos de Palestina y visitar naciones de genio tan sencillo y generoso? Debe de haber tenido a menudo visiones de una carrera como la que Pablo efectuó después, cuando llevó las gozosas nuevas de tierra en tierra y evangelizó a Atenas, Roma y los demás grandes centros del Occidente. ¡Qué gozo habría proporcionado a Jesús semejante carrera, que sentía dentro de sí la energía y la abundante benevolencia tan a propósito para ese objeto! Pero la muerte estaba cerca para extinguirlo todo.

La visita de los griegos hizo que lo inundara una grande ola de pensamientos. En vez de responder a su petición, permaneció absorto, su semblante se oscureció, y su cuerpo se estremecía con la angustia del conflicto interior. Pero pronto se recobró y dio expresión a los pensamientos con los cuales fortificaba su alma en aquellos días: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva". "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo". Podía ver más allá de la muerte, por terrible y extraña que fuese la perspectiva, y podía asegurarse de que el efecto del sacrificio de sí mismo sería infinitamente más grande y más extenso que jamás podría serlo el de una misión personal al mundo pagano. Además, la muerte era lo que su Padre le había designado. Esta era la última y más profunda consolación con la que calmaba su alma humilde y fiel en esta ocasión como en otras semejantes: "Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora! Mas por esto he venido en esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!"

Comasión por su patria

La muerte se le acercaba con todo su acompañamiento terrible. Debía ser víctima de la traición de uno de sus propios discípulos a quienes había escogido y amado. Su vida iba a ser arrebatada por manos de los de su propia nación, en la ciudad tan querida de él. Había venido para exaltar su nación hasta el cielo, y la había amado con una consagración nutrida de la más inteligente y tierna familiaridad con su historia pasada y con los grandes hombres que la habían amado antes de él, y también del conocimiento de todo lo que podía hacer por ella. Pero su muerte haría descender el azote de mil maldiciones sobre Palestina y Jerusalén.

Cuan claramente preveía el porvenir, lo muestra el memorable discurso profético de Mateo 24, que pronunció a sus discípulos en la tarde del martes, sentado en la pendiente del Monte de los Olivos, con la desgraciada ciudad a sus pies. Cuan amarga era la angustia que le causaba quedó demostrado el domingo, cuando aun en la hora de su triunfo, mientras la multitud gozosa lo conducía por el camino de la montaña, se detuvo en el punto en que la ciudad se presenta a la vista, y con lágrimas y lamentaciones predijo su ruina. Este debía haber sido el día de bodas de la hermosa ciudad, cuando se desposara con el Hijo de Dios; pero la palidez de la muerte estaba ya sobre su faz. El, que la hubiera estrechado contra su corazón, como la gallina recoge sus polluelos debajo de sus alas, veía las águilas ya en el cielo, volando velozmente para despedazarla.

Soledad

En las tardes de esta semana iba a Betania; pero es lo más probable que haya pasado la mayor parte de las noches a solas, al aire libre. Vagaba por la soledad de la cumbre y entre los olivares y jardines que cubrían las laderas de la colina, quizá pasando muchas veces por el mismo camino por donde la procesión había avanzado. Mientras miraba al través del valle, desde el punto en que se había detenido antes, a la ciudad que dormía a la luz de la luna, interrumpía el silencio de la noche con gritos más amargos que las lamentaciones que había intimidado a la multitud; repitiendo muchas veces a su solitario corazón las grandes verdades que había pronunciado en presencia de los griegos.

Su aislamiento era terrible. Todo el mundo estaba en su contra: Jerusalén que ansiaba su muerte con odio apasionado, y los miles de provincianos que se habían apartado de él por el desengaño que habían sufrido. Ni uno solo de sus apóstoles, ni aun Juan, comprendía en el menor grado la situación, ni era capaz de ser el depositario de los pensamientos de Jesús. Esta era una de las gotas más amargas de su cáliz. Comprendía, como ninguna otra persona lo ha comprendido, la necesidad de vivir en el mundo después de su muerte. La causa que él había inaugurado no debía morir. Era para todo el mundo, y había de durar por todas las generaciones y alcanzar todas las partes del globo. Pero después de su partida, quedaría en manos de los apóstoles, quienes se mostraban ahora tan débiles, tan indiferentes e ignorantes. ¿Eran capaces de desempeñar la obra? ¿No había resultado uno de ellos ser traidor? ¿No naufragaría la causa, ya ido él? —tal vez así le decía el tentador— y todos sus extensos planes para la regeneración del mundo ¿no desaparecerían como las visiones imaginarias de un sueño?

Consuelo en la oración

Sin embargo, no estaba solo. Entre las densas sombras de los huertos y en la cima del Olivete, buscaba el recurso inagotable de otros y más felices tiempos, y lo halló en su necesidad extrema. Su Padre estaba con él, y ofreciendo súplicas con vehemente clamor y lágrimas, fue oído y librado de su temor. Tranquilizaba su espíritu la convicción de que el perfecto amor y sabiduría de su Padre determinaban todo lo que le sucedía, y de que estaba glorificando a su Padre y cumpliendo con la obra que le había encomendado. Esto bastaba para desvanecer todo temor, y llenarlo de un gozo inefable y glorioso.

En el cenáculo

Por fin se aproximaba la conclusión. Llegó la noche del jueves, cuando en toda casa de Jerusalén se comía la Pascua. Jesús también, con los doce, se sentó para comerla. El sabía que ésta era su última noche sobre la tierra y que ésta era su reunión de despedida de los suyos. Afortunadamente se nos ha conservado una historia bastante completa de esta ocasión, la cual es bien conocida de todo cristiano. Fue la noche cumbre de su vida. Su alma rebosaba ternura y grandeza indescriptibles. Algunas sombras, es verdad, cruzaron su espíritu en las primeras horas de la noche. Pero pronto pasaron; y durante las escenas de lavar los pies de los apóstoles, comer la Pascua, instituir la cena del Señor, el discurso de despedida, y la oración pontifical, toda la gloria de su carácter se daba a conocer. Se dejó llevar completamente de los alegres impulsos de la amistad, manifestando sin límite su amor a los suyos. Como si se hubiera olvidado de las

imperfecciones de los discípulos, se regocijaba previendo las futuras victorias de ellos y el triunfo de su propia causa. Ninguna sombra interceptaba a su vista el rostro de su Padre, ni disminuía la satisfacción con que miraba su obra ya a punto de consumarse. Era como si la Pasión hubiera pasado ya, y la gloria de su exaltación comenzase a brillar sobre él.

Getsemaní Pero muy pronto vino la reacción. Levantándose de la mesa a la media noche, pasaron por las calles y salieron fuera de la población por la puerta oriental de la ciudad; atravesando el Cedrón, llegaron a un lugar muy frecuentado por él al pie del Olivete; el huerto de Getsemaní. Aquí siguió la pasmosa y memorable agonía. Fue el acceso final del espíritu de depresión que había estado luchando toda la semana con el espíritu de gozo y confianza que llegó a su colmo mientras estuvieron a la mesa. Fue el ataque final de la tentación, de la cual su vida nunca había estado exenta. Pero no nos atrevemos a analizar los elementos de la escena. Sabemos que todo concepto nuestro ha de ser completamente incapaz de agotar su significado. ¿De qué manera, sobre todo, podemos apreciar aun en el menor grado, lo que formaba el elemento principal de esa escena, el peso abrumador, aselador, del pecado del mundo, que él expiaba?

Pero la lucha terminó en una victoria completa. Mientras los pobres discípulos pasaban dormidos las horas de preparación para la crisis que ya estaba cerca, El se había preparado completamente para ella. Había subyugado los últimos restos de tentación; la amargura de la muerte había pasado ya; y pudo sostener las escenas que siguieron con una calma que nada podía alterar, y con una majestad que convirtió su juicio y crucifixión en el orgullo y la gloria de la humanidad.

El juicio

Acababa de triunfar en esta lucha cuando por entre las ramas de los olivos vio moverse a la luz de la luna la turba de sus enemigos, que venían bajando por la ladera opuesta, con el fin de arrestarlo. El traidor estaba a la cabeza de ellos. El conocía bien este sitio tan favorito de su Maestro, y probablemente esperaba hallarlo allí dormido. Por este motivo había escogido para su negro intento la media noche. Esta hora convenía también a los que lo enviaban, porque temían el estado exaltado de los forasteros galileos que llenaban la ciudad. Por otra parte sabían cuánto horror causarían a sus amigos si habiendo terminado el juicio durante la noche, lo podían presentar al despertarse el pueblo por la mañana, como un criminal ya sentenciado y en manos de los que habían de ejecutar la ley.

Habían traído linternas y antorchas, pensando que podrían hallar a su víctima escondido en alguna cueva o que tendrían que perseguirlo por entre el bosque. Pero él salió a encontrarlos a la entrada del huerto, y ellos temblaron cobardemente ante su mirada majestuosa y sus asoladoras palabras. El se entregó voluntariamente y lo condujeron otra vez a la ciudad. Probablemente era cerca de la media noche, y las horas restantes de la noche y de la madrugada fueron ocupadas con los procedimientos legales que debían observar antes de que pudieran satisfacer su sed de venganza.

El juicio doble; motivo de esto

Hubo dos juicios: uno eclesiástico y otro civil, en cada uno de los cuales hubo tres grados. Aquel se verificó primero ante Anas, luego ante Caifás, y una comisión irregular del Concilio Sanedrín y finalmente ante una sesión formal de esta corte; el juicio civil se verificó, primero ante Pilato, luego ante Herodes, y por fin ante Pilato otra vez.

La razón de este juicio doble era la situación política del país. Judea, como ya se ha explicado, estaba sujeta directamente al imperio romano. Formaba parte de la provincia de Siria, y era gobernada por un oficial romano que residía en Cesárea. Pero no era la política de Roma despojar de todas las formas de gobierno propio a los países que había subyugado. Aunque regía con manos de hierro, recolectando tributos con severidad, suprimiendo con prontitud toda señal de rebelión y haciendo efectiva su autoridad suprema en las grandes ocasiones, concedía sin embargo a los conquistados, tanto como podía, las insignias de su antiguo poder.

Era especialmente tolerante en materia de religión. En Palestina permitía al Concilio Sanedrín, corte suprema eclesiástica de los judíos, juzgar todas las causas religiosas. Solamente si la sentencia era de pena capital, su ejecución no podía verificarse sin que la causa fuese revisada por el gobernador. Cuando un reo era sentenciado a la pena capital por el tribunal eclesiástico judío, debía ser enviado a Cesárea y procesado ante la corte civil, a menos que el gobernador estuviera por acaso, en ese tiempo en Jerusalén. El crimen de que fue acusado Jesús correspondía naturalmente a la corte eclesiástica. Esta corte le sentenció a la última pena. Pero no tenía el poder para ejecutarla. Debía entregarlo al tribunal del gobernador, que estaba en ese tiempo en la capital, pues era su costumbre visitada en la Pascua.

El juicio eclesiástico

Jesús fue conducido primero al palacio de Anas. Este era un anciano de setenta años, que había sido sumo sacerdote veinte años antes, y aún conservaba el título, como lo hacían cinco de sus hijos que le habían sucedido, aunque su yerno Caifás era el sumo sacerdote actual. Su edad, su inteligencia y la influencia de su familia le daban una inmensa importancia social y era en la realidad aunque no en la forma, cabeza del Concilio

Sanedrín. No juzgó a Jesús, pero quiso verlo y hacerle algunas preguntas, de modo que pronto fue llevado del palacio de Anas al de Caifás, que probablemente formaba parte del mismo grupo de edificios oficiales.

Caifás, como actual sumo sacerdote, era presidente del Concilio Sanedrín ante el cual Jesús fue juzgado. Una sesión legal de esta corte no podía verificarse antes de que saliera el sol, quizá cerca de las seis. Pero muchos de sus miembros estaban ya presentes, atraídos por su interés en el juicio. Estaban ansiosos de emprender su trabajo, tanto para satisfacer su propio odio contra él, como para evitar que el pueblo interviniera en los procedimientos. Por esto resolvieron tener una sesión irregular, en la cual pudiera prepararse la acusación, las pruebas y lo demás, de modo que cuando llegara la hora legal de abrir las puertas, no hubiera más que hacer que repetir las formalidades necesarias y llevarlo al gobernador. Así se hizo; y mientras Jerusalén dormía, estos "jueces celosos" se apresuraron a poner por obra sus negros designios.

No comenzaron como podría haberse esperado, con una exposición clara del crimen de que le acusaban. En verdad, les hubiera sido difícil hacerlo así porque estaban muy divididos entre sí mismos. Muchas de las cosas de la vida de Jesús que los fariseos consideraban como criminales eran vistas por los saduceos con indiferencia; y otros de sus actos tales como la purificación del templo, que habían causado enojo entre los saduceos, agradaban a los fariseos.

El sumo sacerdote comenzó por preguntarle acerca de sus discípulos y su doctrina, evidentemente con el propósito de descubrir si había enseñado algunos principios revolucionarios que pudieran formar la base de una acusación ante el gobernador. Pero Jesús rechazó la insinuación, afirmando con indignación que siempre había hablado abiertamente ante todo el mundo, y exigiendo que indicaran y probaran cualquier mal que él hubiera hecho. Esta réplica poco común indujo a uno de los sirvientes de la corte a herirle en el rostro con una bofetada, acto que según parece, la corte no reprimió, y que demostraba qué clase de "justicia" podía él esperar de parte de sus jueces.

Después se intentó presentar testigos contra Jesús, y varios se presentaron repitiendo afirmaciones que decían haber oído de él, de las cuales se esperaba poder formar una acusación. Pero esto no dio resultado alguno. Los testigos no concordaban entre sí; y cuando por fin, se logró que dos se unieran en una relación torcida de algo que él había dicho al principio de su ministerio, la cual parecía tener algún carácter criminal, resultó ser tan insuficiente que hubiera sido absurdo presentarse con eso ante el gobernador como la base de una grave acusación.

Ellos estaban resueltos a que él había de morir; pero parecía que la presa se les escapaba de las manos. Jesús contemplaba todo en absoluto silencio, mientras los testimonios contradictorios de los testigos se destruían mutuamente. Tranquilamente tomó su posición natural de superioridad sobre sus jueces. Lo comprendían; y por fin el presidente, en un raptó de ira e irritación, se levantó y le mandó que hablase. ¿Por qué habló el presidente en voz tan alta y penetrante? El espectáculo humillante que se estaba verificando en el tribunal y la dignidad silenciosa de Jesús comenzaban a turbar las conciencias aun de estos hombres así congregados al amparo de la noche.

La causa se había perdido por completo, cuando Caifás se levantó de su asiento y con una solemnidad teatral le hizo esta pregunta: " ¡Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios!". Fue una pregunta hecha simplemente con el fin de que se recriminara a sí mismo. Pero él, que había guardado silencio cuando bien podía haber hablado, ahora habló cuando podía haber guardado silencio. Con gran solemnidad contestó afirmativamente que sí, que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Nada más necesitaron sus jueces. Por unanimidad lo declararon culpable de blasfemia y digno de muerte.

Todo el juicio se había conducido con precipitación y con total desatención a las debidas formalidades de un cuerpo judicial. Todo era dictado por el deseo de descubrir alguna criminalidad y no de hacer justicia. Las mismas personas eran a la vez acusadores y jueces. Ni se pensó en presentar testigos a favor de la defensa. Aunque los jueces actuaban, sin duda, en conciencia al dar el fallo, su decisión era la de espíritus cerrados desde mucho antes contra la verdad y poseídos de las pasiones más amargas y vengativas.

El juicio se consideró como terminado ya, siendo una mera formalidad los procedimientos legales después de la salida del sol, que se concluirían en pocos momentos. Por consiguiente, *Jesús fue entregado como reo sentenciado, a la crueldad de sus carceleros y del gentío.*

Siguió una escena sobre la cual quisiéramos correr un velo. Estalló sobre él una brutalidad oriental de ultrajes tal que hieló la sangre. Parece que los mismos miembros del Concilio Sanedrín tomaron parte en ella. Este hombre que los había confundido, disminuido su autoridad y expuesto su hipocresía, era para ellos muy odioso. Aun la frialdad de los saduceos podía hervir con bastante calor, una vez que se excitara. El fanatismo farisaico inventó nuevas crueldades. Le dieron de bofetadas, le escupieron, y cubriéndole el rostro y mofándose de sus dones proféticos le mandaban profetizar quién le había herido, mientras le golpeaban cada uno a su turno. Pero no nos detendremos en contemplar una escena tan vergonzosa para la naturaleza humana.

El juicio civil

Probablemente fue entre las seis y las siete de la mañana cuando llevaron a Jesús, atado de cadenas, a la residencia del gobernador. ¡Qué espectáculo! ¡Los sacerdotes, maestros y jueces de la nación judaica conduciendo a su Mesías, para pedirle a un gentil que le diera la muerte! Era la hora del suicidio de la nación. ¡Esto era todo lo que había resultado de la elección que Dios había hecho de ellos, tomándolos sobre alas de águilas, y sosteniéndolos todos los días de la antigüedad, enviándoles profetas y libertadores, redimiéndolos de Egipto y de Babilonia, y haciendo que su divina gloria por muchos siglos pasase delante de sus ojos! Parecía estar burlada la misma Providencia. Pero Dios no puede ser burlado. Sus designios marchan a través de todo el hilo de la historia con paso irresistible, sin atender a la voluntad del hombre; y aun esta hora trágica, en que la nación judaica convertía los beneficios divinos en objeto de irrisión, estaba destinada a demostrar las profundidades de su amor y de su sabiduría.

El hombre ante cuyo tribunal iba Jesús a aparecer era *Pondo Pilato, gobernador de Judea* desde hacía seis años. Era el tipo de un romano, no de los sencillos del tiempo antiguo, sino de los del tiempo del imperio; un hombre cuya alma carecía por completo de la antigua justicia romana, pero amante de los placeres, imperioso y corrompido. Aborrecía a los judíos a quienes gobernaba, y en momentos de cólera derramaba libremente la sangre de ellos. Los judíos correspondían con pasión a su aborrecimiento, y lo acusaban de todo crimen, mala administración, crueldad y robo. Visitaba a Jerusalén con la menor frecuencia posible; porque en verdad, para una persona acostumbrada a los placeres de Roma, con sus teatros, baños, juegos y alegre sociedad, Jerusalén, con su religiosidad y el espíritu revoltoso de sus habitantes, era una residencia triste. Cuando la visitaba, habitaba en el magnífico palacio de Herodes el Grande, pues era costumbre común que los oficiales enviados por Roma a los países conquistados ocuparan los palacios de los soberanos depuestos.

Por la ancha avenida que conducía al frente del edificio, atravesando un magnífico parque, arreglado con calles, estanques y árboles de todas clases, los miembros del Concilio Sanedrín y la multitud que se había ido uniendo a la procesión a su paso por las calles, condujeron a Jesús. El tribunal estaba al aire libre, sobre un embaldosado de mosaico, al frente de

aquella porción del palacio que unía sus dos colosales alas.

Las autoridades judaicas esperaban que Pilato aceptara la decisión de ellos como suya propia, y que sin entrar en los pormenores del asunto pronunciara la sentencia que deseaban. Los gobernadores de las provincias hacían esto con frecuencia, especialmente en asuntos de religión, los que, como extranjeros, no era de esperarse que entendiesen. Por esto, cuando él preguntó cuál era el crimen de Jesús, ellos respondieron: "Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado". Pero él no estaba en disposición de hacer concesiones, y les dijo que si él no juzgaba al criminal, ellos tendrían que contentarse con aplicarle el castigo que la ley les permitía.

Parece que él sabía algo de Jesús. "Sabía que por envidia lo habían entregado". Es seguro que estaba informado de la procesión triunfal del domingo; y el hecho de que Jesús no hiciera uso de aquella demostración para realizar algún fin político, puede haberle convencido de que no era peligroso bajo este punto de vista. El sueño de su esposa puede indicar que Jesús había sido objeto de conversación en el palacio; y quizá el hombre de sociedad y su esposa hayan sentido que su tedio por la visita a Jerusalén había disminuido con la historia del entusiasta y joven aldeano que desafiaba a los fanáticos sacerdotes.

Forzados, contra lo que esperaban, a hacer cargos formales, las autoridades judaicas arrojaron una andanada de acusaciones, de entre las cuales sobresalían estas tres: que pervertía la nación, que prohibía pagar el tributo romano y que se había establecido como rey. En el Concilio Sanedrín ellos lo habían condenado por blasfemia; pero tal acusación habría sido tratada por Pilato, como ellos bien sabían, de la misma manera que fue tratada después por el gobernador romano, Galión, cuando los judíos de Corinto la presentaron contra Pablo. Por eso tuvieron que inventar nuevas acusaciones, las cuales presentarán a Jesús como peligroso al gobierno. Es humillante pensar que al hacerlo así, no sólo llegaron a la más grosera hipocresía, sino hasta a falsedades deliberadas; porque ¿de qué otro modo podemos calificar la segunda acusación, cuando recordamos la respuesta que él dio a esta misma pregunta el martes anterior?

Pilato comprendía su pretendido celo por la autoridad romana. Conocía el valor de esta vehemente ansiedad de que el tributo romano fuese pagado. Levantándose de su asiento para escapar de los gritos fanáticos de la turba, condujo a Jesús al interior del palacio con el objeto de interrogarlo. Aunque no lo sabía, era para él un momento solemne. ¡Qué suerte tan terrible era la suya que le conducía a ese lugar y en tal tiempo! Había centenares de oficiales romanos esparcidos por el imperio, que regían su vida por los mismos principios que normaban la de él. ¿Por qué le tocó a él venir a aplicar estos principios a este caso?

Pilato no tenía ni la más remota idea de los resultados que estaba determinando. El reo puede haberle parecido un poco más interesante y su causa más difícil que las de otros; pero era solamente uno de los centenares que pasaban diariamente por sus manos. ¿No era posible que le ocurriera que, aunque él parecía ser el juez, tanto él como el sistema que representaba comparecían ante el juicio de Uno cuya perfección juzgaba y descubría el carácter de todo hombre y sistema que se aproximaba a él. Le preguntó acerca de las acusaciones hechas en su contra, informándose especialmente de si era verdad que pretendía ser rey. Jesús respondió que no había sustentado tal pretensión en un sentido político, sino solamente en el terreno espiritual, como Rey de la verdad.

Esta respuesta habría conmovido a cualquiera de aquellos espíritus más nobles del paganismo que pasaban su vida en busca de la verdad; y fue dada tal vez para ver si en el espíritu de Pilato había respuesta a tal sugestión. Pero éste no abrigaba tal pasión por la verdad, y pasó adelante con una risa de desprecio. Sin embargo, estaba convencido de que detrás de ese rostro puro, pacífico y melancólico no había nada de demagogo o revolucionario mesiánico y volviendo al tribunal, dijo a los acusadores que lo había absuelto.

Este anuncio fue recibido con gritos de ira contrariada, y con la reiteración en alta voz de las acusaciones en contra de Jesús. Era aquel un espectáculo enteramente judaico. Muchas veces esta chusma fanática había vencido los deseos y decisiones de sus gobernantes extranjeros, solamente por sus clamores y pertinacia. Pilato debía haberlo librado y protegido inmediatamente. Pero él era un verdadero hijo del sistema en que había sido educado; la política de conveniencias y estratagemas. En medio de los gritos que herían sus oídos tuvo el gusto de oír uno que le brindaba una excusa para deshacerse de todo el negocio. Ellos gritaban que Jesús había excitado al pueblo "por todo el país, comenzando desde Galilea, hasta este lugar". Esto le recordó que Herodes, gobernador de Galilea, estaba en la ciudad y que podía excusarse de tan dificultoso asunto enviándoselo a él, pues era un procedimiento común de la ley romana transferir un prisionero del tribunal en que era arrestado al del territorio en que residía. Por esto lo mandó en manos de los soldados de su guardia y acompañado por los infatigables acusadores, al palacio de *Herodes*.

Hallaron a este principillo, que había venido a Jerusalén para asistir a la fiesta, en medio de su pequeña corte de aduladores y alegres compañeros, y rodeado de los guardias que mantenía en imitación de sus amos extranjeros. Mucho se alegró al ver a Jesús, cuya fama había sonado por tanto tiempo en todo el territorio que él gobernaba. Era el tipo de un príncipe oriental; tenía un solo pensamiento en su vida: su propio placer y diversión. Fue a la Pascua solamente para distraerse. La venida de Jesús parecía prometerle una nueva sensación, cosa de la cual él y su corte tenían a menudo necesidad urgente; esperaba ver a Jesús hacer algún milagro.

Era un hombre completamente incapaz de tomar en serio cosa alguna, y aun pasó por alto el negocio por el que los judíos estaban tan preocupados, y comenzó a proferir un diluvio de preguntas y observaciones sin dar lugar a la respuesta. Pero al fin se cansó, y entonces esperó la contestación de Jesús. Pero esperó en vano, pues Jesús no se dignó dirigirle una sola palabra de ninguna clase.

Herodes había olvidado el asesinato del Bautista, pues en su alma sin carácter toda impresión era como escrita en el agua; pero Jesús no lo había olvidado. Comprendía que Herodes debía avergonzarse al ver en su presencia al amigo del Bautista. No se humillaría ni aun hablando a un hombre capaz de tratarlo como un simple operador de milagros que podía comprar el favor de su juez exhibiendo su habilidad; miraba con tristeza y vergüenza a aquel que había abusado tanto de sí mismo que ya no le quedaba ni conciencia ni virilidad. Pero Herodes era incapaz de sentir la fuerza aniquiladora del desdén de aquel silencio. El y sus hombres de guerra tuvieron en nada a Jesús. Echaron sobre sus hombros una túnica blanca a imitación de la que usaban en Roma los candidatos que aspiraban a algún cargo, para indicar que era candidato al trono de los judíos, pero tan ridículo que era inútil tratarlo sino con desprecio, y lo mandó volver a Pilato. En ese traje volvió Jesús sus cansados pasos al tribunal del romano.

Entonces siguió de parte de *Pilato* una serie de procedimientos que hicieron de su persona el tipo del contemporizador, para ser exhibido a los siglos bajo la luz de Cristo que todo lo revela. Era evidentemente su deber, cuando Cristo volvió de Herodes, pronunciar desde luego el fallo de absolución. Pero en vez de hacerlo así, echó mano a la política y, forzado de un paso falso a otro, fue por fin despeñado al precipicio de una completa traición a la justicia.

La ejecución de aquel monstruoso propósito fue sin embargo interrumpida por un incidente que parecía ofrecer a Pilato una vez más, un medio de escaparse de la dificultad. Era costumbre del gobernador romano, en la mañana de la Pascua, poner en libertad cualesquiera de los presos que el pueblo deseara. Era un privilegio altamente apreciado por los habitantes de Jerusalén, porque siempre había en la cárcel una abundancia de presos, a quienes la multitud consideraba como héroes, por haberse rebelado contra el aborrecido yugo extranjero. En este momento del juicio de Jesús la turba de la ciudad, desbordándose de las calles y callejuelas a la manera de los orientales, llegó como un torrente por toda la avenida, hasta frente del palacio, pidiendo a gritos su prerrogativa anual.

Por esta vez la petición agradó a Pilato, porque vio en ella una manera de escaparse de su desagradable posición. Pero esto resultó ser un lazo en que estaba metiendo el cuello. Ofreció a la turba la vida de Jesús. Por un momento ésta quedó indecisa. Pero ellos tenían un favorito, un caudillo distinguido contra la dominación romana. Además empezó inmediatamente a correr por todos los oídos una voz que acudía a todo motivo de persuasión con el objeto de inducirles a que no aceptaran a Jesús. En lugar del celo que una hora antes habían mostrado tener para con la ley y el orden, los miembros del Concilio Sanedrín no tuvieron escrúpulo en ponerse del lado del campeón de la revuelta, y tuvieron muy buen éxito en envenenar la mente del pueblo, que comenzó a clamar a favor de su propio héroe Barrabás. "¿Qué, pues, haré con Jesús?", preguntó Pilato, esperando que la respuesta de ellos fuera: "Dánselo también". Pero él se equivocaba; las autoridades judaicas habían ejecutado con éxito su trabajo. De miles de pechos resonó el grito: "¡Sea crucificado!". Tales sacerdotes, tal pueblo: la nación ratificaba lo que sus gobernantes decían. Completamente confundido, Poncio Pilato preguntó con enojo: "¿Por qué? ¿Qué mal les ha hecho?". Pero él había puesto la decisión en sus manos, y ellos gritaron: "¡Fuera con él! ¡Crucifícale, crucifícale!".

Pilato no pensaba todavía en sacrificar la justicia por completo. Todavía tenía un recurso en reserva, pero entre tanto mandó a azotar a Jesús; el acostumbrado preliminar de la crucifixión. Los soldados lo llevaron al cuartel vecino, y allí satisficieron sus instintos crueles con los sufrimientos de Jesús. No podemos describir la vergüenza, y el dolor de este repugnante castigo, ¡Qué sería para él, con su honor y amor a la naturaleza humana, el ser maltratado por aquellos hombres groseros y ver tan de cerca la más extrema crueldad de la naturaleza humana!

Los soldados se daban gusto en esta obra, y agregaban el insulto a la crueldad. Cuando acabaron de azotarle, le hicieron sentar, pusieron sobre sus hombros un manto de grana en burlesca imitación de la púrpura real y un pedazo de caña en las manos como cetro; y tejiendo algunas ramas espinosas de una zarza cercana y dándole la apariencia grosera de una corona, clavaron las punzantes espinas sobre sus sienes. Entonces, pasando por delante de él, cada uno por turno hincaba la rodilla, mientras al mismo tiempo escupían su semblante y tomando de su mano la caña, le herían en la cabeza y en el rostro.

Al fin, habiendo saciado su crueldad, lo condujeron nuevamente al tribunal, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Al ver la mofa de los soldados las multitudes lanzaron gritos y carcajadas insensatas. Pilato, con semblante burlesco, empujó adelante a Jesús, para que las miradas de todos se concentraran en él, y exclamó: " ¡He aquí el hombre! " Quería decir que seguramente no era necesario hacer más con él; que no valía la pena ocuparse de él. ¿Acaso podría uno tan quebrantado y tan miserable hacer algún daño?

¡Cuan poco entendía sus propias palabras! Aquel " ¡Ecce Homo! " resuena todavía por todo el mundo y atrae las miradas de todas las generaciones a aquel rostro maltratado. Y contemplándolo, la vergüenza desaparece; se ha quitado de él para caer sobre Pilato mismo, sobre los soldados, los sacerdotes y la multitud. La deslumbrante gloria ha destruido el último resto de ignominia, y ha tachonado la corona de espinas con centenares de puntos de deslumbrante brillantez.

Pero Pilato estaba igualmente equivocado en su concepto del pueblo que gobernaba, cuando supuso que la vista de la miseria y debilidad de Jesús satisfaría la sed de venganza. La objeción que ellos habían hecho siempre contra él había sido que uno tan pobre y sin ambición quisiera ser el Mesías; y la vista de él ahora, azotado y escarnecido por el soldado extranjero pero todavía queriendo ser rey, hizo que su ira rayara en locura. Ahora más que nunca, gritaron: " ¡Crucifícale!"

Ahora también por fin dejaron escapar la acusación verdadera, la que hacía mucho que tenía lacerando sus corazones y que ya no podían soportar por más tiempo: "Nosotros tenemos una ley", gritaron, "y según nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios".

Estas palabras tocaron en el corazón de Pilato una fibra en la cual ellos no pensaron. En las antiguas tradiciones de su tierra natal había muchas leyendas de hijos de los dioses que en tiempos pasados habían vivido sobre la tierra de modo tan humilde que no se podían distinguir del común de los hombres. Era peligroso tener que ver con ellos, pues un mal que se les hiciera atraería sobre el ofensor la ira de los dioses padres.

La fe en estos antiguos mitos había desaparecido desde hacía mucho tiempo, porque no se veían en la tierra hombres tan distintos de sus semejantes que hiciera necesaria semejante explicación. Mas en Jesús, Pilato había visto algo inexplicable que le había llenado de un terror indefinido. Y ahora las palabras de la multitud: "El se hizo Hijo de Dios...", cayeron como un rayo. Hicieron volver de lo más escondido de su memoria las antiguas y olvidadas historias de su niñez, y revivieron el terror pagano, que forma el tema de algunos de los más grandes dramas griegos, de cometer inadvertidamente un crimen que desatara la venganza tremenda de los cielos. Su mente pagana razonaba de este modo: ¿No podría Jesús ser el Hijo del Jehová de los hebreos, como Castor y Pólux lo fueron de Júpiter? Apresuradamente lo hizo entrar otra vez al palacio y mirándole con nuevo pavor y curiosidad, le preguntó: "¿De dónde eres tú?"

Pero Jesús no le respondió ni una palabra. Pilato no le había escuchado cuando Jesús deseaba explicarle todo; había ultrajado su propio sentimiento de justicia por la flagelación; y si un hombre vuelve la espalda a Cristo cuando él habla, la hora vendrá en que preguntará y no recibirá respuesta. El orgulloso gobernador estaba sorprendido e irritado a la vez, y preguntó:

"¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y que tengo potestad para soltarte? ". A lo que Jesús respondió, con la indescriptible dignidad de que la brutal vergüenza de su tortura no le había hecho perder nada: "Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba".

Pilato se había jactado del poder que tenía para hacer lo que quisiera con el prisionero; pero era en realidad muy débil. Volvió de su entrevista privada con la determinación de ponerlo en libertad inmediatamente. Los judíos vieron esta resolución pintada en su semblante y esto les hizo sacar su última arma, la que tenían en reserva desde el principio; amenazaron acusarle ante el emperador. Esto fue el significado del alarido con que interrumpieron sus primeras palabras: "Si a éste sueltas, no eres amigo de César". Esto había estado en la mente tanto de ellos como de Pilato en todo el curso del juicio. Esto era lo que le había hecho estar tan indeciso.

No había otra cosa que un gobernador romano temiera tanto como que fuese enviada por sus súbditos semejante queja. En este tiempo era especialmente peligroso; porque ocupaba el trono imperial un sombrío y desconfiado tirano, que se complacía en degradar a sus propios servidores, y que se encendería en un momento a la insinuación de que uno de sus subordinados favorecía a un aspirante al poder real. Pilato comprendía demasiado bien que su administración no podía resistir a una inspección, pues había sido cruel y corrompido en extremo. Nada puede estorbar tan absolutamente a un hombre en hacer el bien que quiere, como el mal que ha practicado en su vida pasada. Esta fue la tentación que rindió por fin a Pilato, precisamente cuando se había resuelto a obedecer a su conciencia. El no era un héroe que siguiera sus convicciones a toda costa. Era enteramente mundano, y vio que tenía que entregar a Jesús a la voluntad de ellos.

Sin embargo, él era preso no sólo de la ira por su completa derrota, sino también de un poderoso temor religioso. Pidiendo agua, se lavó las manos en presencia de la multitud, y exclamó: "Soy inocente de la sangre de este justo". Se lavó las manos cuando debía haberlas usado. El agua no lava tan fácilmente la sangre. Pero la turba, en triunfo completo, hizo mofa de sus escrúpulos llenando el aire con sus vociferaciones de: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos".

Pilato sintió vivamente el insulto, y volviendo contra ellos su enojo, quiso tener también su triunfo. Echó a Jesús delante de modo que todos lo vieran, comenzó a burlarse de ellos, pretendiendo considerarlo como verdaderamente su Rey, y preguntó: "¿A vuestro rey he de crucificar?". Ahora tocó a ellos su turno para sentir el a-guijón de la mofa y gritaron: " ¡No tenemos más rey que César!". ¡Qué confesión en boca de los judíos! Era renunciar a la libertad y la historia de la nación. Pilato les tomó la palabra y entregó inmediatamente a Jesús para que lo crucificaran.

La crucifixión

Ellos habían conseguido arrebatar a su víctima de las manos de Pilato, en contra de la voluntad de éste, y "tomaron entonces a Jesús y le condujeron fuera de la ciudad". Al fin podían satisfacer su odio en el más alto grado. Lo llevaron precipitadamente al lugar de ejecución, con todas las manifestaciones de un triunfo inhumano. Los ejecutores eran soldados de la guardia del

gobernador; pero moralmente la acción pertenecía por completo a las autoridades judías. Ni aun así quisieron dejarla a cargo de los empleados de la ley a quienes correspondía, sino que con indecorosa ansiedad se pusieron ellos mismos a la cabeza de la procesión, con el objeto de celebrar su venganza contemplando los sufrimientos de Jesús.

La turba

Deben de haber sido ya cerca de las diez de la mañana. La multitud frente al palacio se había ido aumentando. Cuando la procesión fatal, encabezada por los miembros del Concilio Sanedrín pasó por las calles, atrajo a muchos más. Era día de fiesta, de modo que había millares de ociosos, listos para cualquier novedad. Todos aquellos, especialmente, que habían sido inoculados con el fanatismo de las autoridades, salieron en gran número para presenciar la ejecución. Era pues en medio de millares de espectadores despreocupados y crueles que Jesús caminaba a la muerte.

El Calvario

El lugar donde él padeció no puede señalarse ahora con certeza. Estaba fuera de las puertas de la ciudad, y era indudablemente el lugar común de ejecución. Se llama generalmente el monte del Calvario, pero no hay nada en los Evangelios que justifique semejante nombre, ni parece haber habido ninguna colina en las inmediaciones sobre la cual pudiera haber tenido lugar. El nombre Gólgota, "lugar de la calavera", puede significar la cima de una colina que tuviese tal forma, pero más probablemente se refiere a las horribles reliquias allí esparcidas de las tragedias verificadas en aquel lugar. Era probablemente un espacio ancho y despejado, en el que podía reunirse una multitud de espectadores; y parece haber estado al lado de algún camino muy frecuentado, porque además de los espectadores estacionarios, había muchos otros que pasando por allí, hacían también mofa de Jesús en sus sufrimientos.

Los horrores de esta forma de muerte

La crucifixión era una muerte indeciblemente horrible. Como nos dice Cicerón, que estaba familiarizado con este suplicio, era el más cruel y vergonzoso de todos los castigos. Añade "que nunca al cuerpo de un ciudadano romano se acerque esto, ni aun a su pensamiento, vista ni oído". Estaba reservada para los esclavos y los revolucionarios, cuyo fin debía marcarse con especial infamia. Nada podía ser más contranatural y repugnante que colgar a un hombre con vida en semejante posición. La idea parece haber tenido su origen en la costumbre de clavar bestias dañinas en algún lugar público, como una especie de diversión vengativa.

Si la muerte hubiera venido durante los primeros golpes, aún así habría sido terrible y dolorosa. Pero generalmente la víctima padecía dos o tres días con el dolor ardiente de los clavos en sus manos y pies; la tortura de tener las venas sobrecargadas; y lo peor de todo, la sed insostenible que aumentaba cada vez más. Era imposible no moverse para aliviar sus penas; sin embargo, cada movimiento traía consigo una nueva y excesiva agonía.

Su triunfo sobre ellos

Pero con gusto nos apartamos del horrible espectáculo para pensar cómo, por la fuerza de su alma, su resignación y su amor, triunfó Jesús sobre la vergüenza, la crueldad, y el horror de esa muerte. De la misma manera que el sol, al ponerse con encamada gloria, hace que aun el charco corrompido brille como un escudo de oro, e inunda de esplendor aun los objetos más viles que alumbren sus rayos, así él convirtió el símbolo de la esclavitud, maldad y horror, en símbolo de lo más puro y glorioso en el mundo.

La cabeza estaba suelta en la crucifixión, de modo que él podía no sólo ver lo que sucedía abajo, sino también hablar. Pronunció a intervalos siete palabras, las cuales se nos han dejado como siete ventanas por las cuales podemos ver aun dentro de su misma mente y corazón y aprender las impresiones hechas en él por lo que acontecía. Ellas nos demuestran que mantenía inquebrantable la serenidad y majestad que le caracterizaron durante el juicio, y que exhibía de una manera sobresaliente todas las cualidades que ya habían hecho ilustre su carácter.

Triunfó sobre sus sufrimientos, no por la serenidad indiferente del estoico, sino por el amor que le hacía olvidarse de sí mismo. Cuando desmayaba en la vía dolorosa, bajo la carga de la cruz, olvidó su fatiga y ansiedad para compadecerse de las hijas de Jerusalén y de los hijos de ellas. Cuando lo clavaron en la cruz, estaba absorto en oración por sus asesinos. Olvidó los sufrimientos de las primeras horas de crucifixión por su interés en el ladrón arrepentido, y en su cuidado de proveer un nuevo hogar para su madre. Nunca mostró su verdadero carácter más completamente; carácter de absoluta negación en su trabajo por los demás.

Sus sufrimientos mentales

Fue en verdad, solamente por su amor que pudo sufrir tan profundamente. Sus sufrimientos físicos, aunque intensos y prolongados, no fueron mayores que los que han soportado otros, a menos que lo exquisito de su organismo físico los haya aumentado a un grado que a los demás hombres nos es inconcebible. El no duró más que cinco horas, tiempo más corto que el común, tanto que los soldados que estaban encargados de quebrarle las piernas, se sorprendieron al encontrarlo ya muerto. Sus peores sufrimientos eran los del espíritu. El, cuya vida era amor, que ansiaba el amor como el ciervo suspira por las corrientes de agua, estaba rodeado de un mar de odio y de pasiones oscuras, amargas e infernales, que surgían a su alrededor y rompían en oleadas contra la cruz. Su alma era completamente pura; la santidad era su misma vida; pero el pecado la rodeaba y la oprimía con su contacto detestable, que la hacía estremecerse en todas sus partes.

Los miembros del Concilio Sanedrín fueron los primeros en descargar sobre él todas las expresiones posibles de desprecio y de odio malicioso, y el pueblo seguía fielmente su ejemplo. Estos eran los hombres que él había amado y amaba aún con pasión inextinguible; y ellos le insultaban, le golpeaban y pisoteaban su amor. Por los labios de ellos el maligno reiteraba una y otra vez la tentación con la cual había acometido a Jesús durante toda su vida, la de salvarse a sí mismo y ganar la fe de la nación por alguna manifestación de poder sobrenatural hecha para su propia gloria.

Aquella masa agitada de seres humanos, de semblantes desfigurados por la pasión y que le miraban con ferocidad, era un epítome de la iniquidad de la raza humana. Los ojos de Jesús tuvieron que mirar todo esto, y la brutalidad, la tristeza, la falta de honor a Dios y esta exhibición de la vergüenza de la naturaleza humana fueron para él como un haz de lanzas concentradas en su pecho.

Llevando el pecado del mundo

Había otra angustia todavía más misteriosa. No solamente oprimía así su alma santa y amante el pecado del mundo reflejado en las personas de los que estaban a su alrededor; también venía a atormentarlo de lejos, del remoto pasado y-del futuro. El llevaba los pecados del mundo; y el fuego destructor del carácter de Dios, que es el reverso de la luz de su santidad y amor, flameaba contra él para destruir así el pecado. Así plugo al Señor afligirlo, cuando a Aquél que no conoció pecado, constituyó en pecado a causa de nosotros.

Oscuridad

Estos son los sufrimientos que hicieron aterradora la cruz. Después de dos horas, se apartó él completamente del mundo exterior y dirigió su mirada hacia el mundo eterno. Al mismo tiempo, una extraña oscuridad cubrió la tierra, y Jerusalén tembló bajo una nube cuyas lóbregas sombras parecían el comienzo de su condenación. El Gólgota estaba casi desierto. Jesús, silencioso, permanecía suspendido de la cruz, en medio de la oscuridad exterior e interior, hasta que al fin, de las profundidades de una angustia que ningún pensamiento humano sondeará jamás, salió la exclamación: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Este fue el momento en que el Angustiado bebió la copa de amargura hasta las últimas gotas.

Ultimas palabras

Pero la oscuridad pasó, y el sol volvió a brillar. También el espíritu de Cristo salió de su eclipse. Con la fuerza de la victoria obtenida en la última lucha, exclamó: " ¡Consumado está! " y entonces, con perfecta serenidad, entregó su espíritu con un texto de un salmo favorito: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

La resurrección y la ascensión La muerte del cristianismo

Nunca hubo en el mundo una empresa que pareciera más completamente terminada que la de Jesús, en aquel sábado que era el último de la antigua dispensación. El cristianismo moría con Cristo y era sepultado con él en la tumba. Es cierto que nosotros, mirando atrás desde esta distancia y viendo la piedra colocada a la boca del sepulcro, experimentamos poca emoción. Nosotros estamos ya en el secreto de la Providencia y sabemos lo que ha de suceder. Cuando él fue enterrado, no había un solo ser humano que creyera que él se levantaría antes del día del juicio.

Las autoridades judaicas estaban completamente satisfechas de esto. La muerte finaliza toda controversia; y había terminado aquella que existía entre Jesús y ellos, con el triunfo de ellos. El se había puesto delante como el Mesías, pero casi no tenía ninguna de las señales que

ellos esperaban de uno que se presentara con tales pretensiones. Nunca recibió ningún reconocimiento nacional de importancia. Sus adeptos eran pocos y sin influencia. Su carrera había sido muy corta. Ahora yacía en la tumba. No había que pensar más en él.

La reacción de los discípulos

El quebrantamiento de los discípulos había sido completo. Cuando él fue aprehendido, "dejándolo, huyeron". Pedro, en verdad, le siguió hasta el palacio del sumo sacerdote, pero sólo para caer más ignominiosamente que todos los demás. Juan le siguió hasta el Gólgota, y puede haber esperado, casi sin creerlo, que en el último momento descendiera de la cruz para ascender al trono mesiánico. Pero aun el último momento pasó sin que nada se hiciera. ¿Qué les quedaba, sino volver a sus hogares y a su pesca, como hombres engañados, que serían burlados durante el resto de su vida por la insensatez de seguir a un pretendiente, y a quienes se preguntaría por los tronos en que había prometido sentarlos?

Jesús, en verdad, había predicho sus sufrimientos, muerte y resurrección. Pero ellos nunca entendieron estas palabras; las olvidaron o les daban un significado alegórico, y cuando él estaba ya muerto, ellas no les impartían consuelo alguno. Las mujeres vinieron al sepulcro, el primer domingo cristiano no para ver la tumba vacía, sino para embalsamar el cuerpo. María corrió para decirles a los discípulos, no que había resucitado, sino que su cuerpo había sido quitado y puesto no sabía ella dónde. Cuando las mujeres dijeron a los demás discípulos que él las había encontrado, "sus palabras les parecían un desvarío, y no las creyeron". Pedro y Juan, como Juan mismo nos dice, "no conocían todavía la Escritura, que él había de resucitar de entre los muertos". ¿Podría haber otra cosa más patética que las palabras de los dos discípulos que iban a Emmaús: "Esperábamos que él era aquel que había de redimir a Israel?" Cuando los discípulos se reunieron, "estaban lamentándose y llorando". Nunca hubo hombres tan completamente desilusionados y desalentados.

Pero ahora nosotros podemos alegrarnos de que ellos se hayan entristecido tanto. Ellos dudaron para que nosotros pudiéramos creer. Porque ¿cómo se explica que estos mismos hombres, algunos días después, estuvieran llenos de confianza y gozo, su fe en Jesús reavivada, y la empresa de la cristiandad otra vez en movimiento con una vitalidad mucho mayor que la que había poseído jamás? Ellos nos dicen que la causa de esto es que Cristo ya había resucitado y que ellos lo habían visto.

Nos hablan de sus visitas a la tumba vacía, y de cómo él apareció a María Magdalena, a las otras mujeres, a Pedro, a los que iban a Emaús, a diez de ellos en una ocasión, a once de ellos en otra, a Santiago, a los quinientos, etc.

¿Son creíbles estas historias? Pudieran no serlo, si se encontrasen aisladas. Pero la afirmación de la resurrección de Cristo iba acompañada con la resurrección, indiscutible del cristianismo. ¿Y cómo se explica la segunda sino por la primera? Podría decirse que Jesús había llenado las mentes de sus discípulos con sueños de imperios que no había podido llevar a cabo; y que éstos, habiendo tenido una vez la idea de una tan magnífica carrera, no podían volver a sus redes, e inventaron esta historia con el objeto de llevar adelante la empresa por su propia cuenta. O podría decirse que solamente se imaginaron haber visto lo que cuentan acerca del

resucitado.

Pero lo que causa admiración es que cuando renovaron su fe en él, ya no se les ve más siguiendo fines mundanos, sino fines intensamente espirituales. Ya no esperaban tronos, sino la persecución y la muerte. Sin embargo, se dirigieron a su nueva obra con una fuerza de inteligencia, nunca antes habían mostrado. Así como Cristo se levantó de entre los muertos con un cuerpo transfigurado, lo mismo sucedió con el cristianismo. Se había desembarazado de todo lo que tenía de carnal. ¿Qué es lo que efectuó este cambio? Ellos dicen que fue la resurrección y la vista de Cristo resucitado. Pero no es el testimonio de ellos en sí la prueba de que él resucitó. La prueba incontestable es el cambio mismo, el hecho de que pronto llegaron a ser valientes, llenos de esperanza, creyentes, sabios, poseídos de ideas nobles y razonables sobre el porvenir del mundo, y preparados con recursos suficientes para fundar la iglesia, convertir al mundo, y establecer entre los hombres el cristianismo en toda su pureza.

Entre el último sábado de la antigua dispensación y el tiempo, pocas semanas después, en que este estupendo cambio se había indudablemente verificado, debe de haber intervenido algún acontecimiento que pueda presentarse como causa suficiente de tan grande efecto. Solamente la resurrección responde a las exigencias del problema, y en tal virtud, está probada con una demostración más convincente de lo que pudiera serlo cualquier otro testimonio. Es una felicidad que este acontecimiento sea capaz de tal prueba; porque si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe; pero si él resucitó, entonces toda su vida milagrosa es creíble, porque éste es el mayor de los milagros; su misión divina queda demostrada, porque debe de haber sido Dios quien lo resucitó, y se nos da la visión más consoladora que la historia ofrece de las verdades del mundo eterno.

Cristo resucitado

Cristo resucitado permaneció sobre la tierra el tiempo suficiente para satisfacer a sus adherentes de la verdad de su resurrección. Ellos no se convencieron fácilmente. Los apóstoles recibieron la noticia de las mujeres con incredulidad sarcástica; Tomás dudó del testimonio aun de los otros apóstoles, y algunos de los quinientos, a quienes él apareció sobre la montarla de Galilea, dudaron de su propia vista, y creyeron sólo cuando oyeron su voz. La paciencia tan tierna con que él trató a estos incrédulos muestra que aunque su apariencia física estaba cambiada, en su corazón era el mismo de siempre. Esto fue patéticamente demostrado también por los lugares que visitó en su forma gloriosa. Estos fueron los sitios queridos en los cuales había orado, predicado, trabajado y sufrido: las montañas de Galilea, el muy amado lago, el Monte de los Olivos, la aldea de Betania y sobre todo Jerusalén, la ciudad fatal que había matado a su propio hijo, pero a la cual él no podía dejar de amar.

La ascensión

A pesar de esto, había claras y evidentes indicaciones de que él no pertenecía ya a este mundo inferior. En su humanidad resucitada notamos cierta reserva que no existía antes. Prohibió a María Magdalena tocarle, cuando ella quiso besar sus pies. Se aparecía en medio de los suyos repentinamente y también repentinamente desaparecía de la vista. Sólo de vez en cuando estaba en su compañía, y ya no concediéndoles el trato constante y familiar de días pasados. Al fin, al cabo de cuarenta días, cuando el propósito que le detenía aún en la tierra

estuvo cumplido, y cuando los apóstoles, fortalecidos por su nuevo gozo, estaban listos para llevar las nuevas de Su vida y de Su obra a todas las naciones, su humanidad glorificada fue recibida arriba en aquel mundo a que pertenecía por perfecto derecho.

CONCLUSIÓN

Ninguna vida concluye, aun para este mundo, cuando el cuerpo que por un poco de tiempo la ha hecho visible, desaparece de sobre la faz de la tierra. Entra en la corriente de la siempre creciente vida de la humanidad y allí continúa actuando con toda su fuerza para siempre. En verdad, la magnitud real de un ser humano muchas veces sólo puede medirse por lo que esta vida posterior nos muestra que aquel era.

Así fue con Cristo. La modesta narración de los Evangelios apenas nos prepara para la demostración maravillosa de la fuerza creativa que produjo su vida, cuando parecía estar concluida. Su influencia en el mundo moderno es la prueba de cuan grande es, y es hasta hoy; porque debe haber tanto en la causa como hay en el efecto. Se ha extendido sobre la vida del hombre, y la ha hecho florecer con el vigor de una primavera espiritual. Ha absorbido en sí todas las otras influencias, como un poderoso río que corre por en medio de un continente recibe tributarios que bajan de centenares de montes. Y la cualidad ha sido aun más excepcional que su cantidad.

Pero la prueba más importante de lo que él era, no se halla en la historia general de la civilización moderna, ni en la historia pública de la iglesia visible, sino en la experiencia de la sucesión de los verdaderos creyentes que, como eslabones de una cadena, llegan hasta él, a través de las generaciones cristianas. La experiencia de millares de almas redimidas por él de sí mismas y del mundo, prueba que la historia quedó dividida con la aparición de un regenerador que no era un mero eslabón en la cadena de los hombres comunes, sino Uno a quien la raza no podía por sí misma producir; el tipo perfecto, el Hombre entre los hombres. La experiencia de millares de conciencias que, aunque permanecen sensibles a su propia depravación, sin embargo, son capaces de regocijarse en una paz con Dios a quien han hallado ser el más grande motivo de una vida santa, prueba que en medio de las edades fue hecho un acto de reconciliación por el cual los hombres pecadores pueden unirse con el santo Dios. La experiencia de millares de espíritus beatificados por la visión de un Dios que a los ojos purificados por la Palabra de Cristo es luz tan completa que no hay ninguna tiniebla en él, prueba que la revelación final del Eterno al mundo ha sido hecha por Uno que lo conocía tan perfectamente que él mismo no podía ser menos que divino. La vida de Cristo en la historia no puede cesar. Su influencia se aumenta cada vez más. Las naciones muertas esperan hasta que ésta les alcance, y ella es la esperanza de los espíritus más ardientes que están trayendo una nueva época. Todos los descubrimientos del mundo moderno, cada desarrollo de ideas más justas, de poderes más elevados, de sentimientos más exquisitos en la humanidad, son solamente nuevos auxilios para interpretar esa influencia. Levantar la vida al nivel de las ideas y del carácter de Cristo es el programa de la raza humana.
